

FRANQUISMO EN PARAGUAY

**ROCCO CARBONE
LORENA SOLER
(EDS.)**

**FRANQUISMO
EN PARAGUAY**

EL GOLPE



**COLECCIÓN A LA MANDÍBULA
ENSAYOS DE PELEA**

05

/EL 8VO. LOCO EDICIONES

Diseño de tapa: Laura Ojeda Bär
Contacto: laura.ojeda.bar@gmail.com
Ilustración de tapa: © Mónica Omayra R.

Franquismo en Paraguay : el golpe / edición literaria a cargo de Rocco Carbone y Lorena Soler
-1^a ed.- Buenos Aires: El 8vo. Loco, 2012.
148 pp.; 13x20 cms - (A la mandíbula. Ensayos de pelea / Rocco Carbone; 5)

ISBN 978-987-27015-2-9

1. Ciencias Políticas. I. Carbone, Rocco, ed. lit. II. Soler, Lorena, ed. lit.
CDD 320

© 2012, Rocco Carbone y Lorena Soler (por la edición y compilación)
© 2012, cada autor de su propio texto

© 2012, El 8vo. loco ediciones
Buenos Aires - Argentina
www.el8voloco.com.ar
el8vo.loco@gmail.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

ÍNDICE

Acerca de este libro. Intervenciones urgentes,	
<i>Rocco Carbone y Lorena Soler</i>	9
Pretexto. Líbelo Acusatorio contra el Presidente de la	
República Fernando Lugo Méndez.....	13
Introducción. Lugo: el palacio y la plaza,	
<i>Lorena Soler</i>	23
Breve panorama histórico. Autoritarismo y soja, una	
combinación letal,	
<i>Waldo Ansaldi</i>	31
1. Golpe	
La rescisión del contrato social,	
<i>Milda Rivarola</i>	43
Los motivos del lobo. O el Golpe parlamentario,	
<i>José Carlos Rodríguez</i>	49
La construcción de la democracia como relato nacional. A	
propósito del Golpe parlamentario,	
<i>Rossana Gómez</i>	57
2. Actores	
Franquismo (que no franqueza),	
<i>Rocco Carbone</i>	67
Las causas de la destrucción del Estado de derecho,	
<i>Ricardo Canese</i>	78
Los golpes. Algunas consideraciones sobre la reciente ruptura	
del orden democrático,	
<i>Ticio Escobar</i>	85

3. Ideología y cultura

El presente del pasado. Apuntes para un porvenir político, <i>Ana Inés Couchonnal Cancio</i>	95
Golpe o no Golpe ¿Es esa la cuestión?, <i>Ignacio Telesca</i>	105
ABC de un Golpe, <i>Gerardo Halpern</i>	111
Paraguay o la “democracia” que nos proponen, <i>Ricardo Aronskind</i>	122

4. Contextos

Paraguay, el eslabón más débil del Mercosur, <i>Emir Sader</i>	131
Impresiones porteñas, <i>Martín Rodríguez</i>	133
Bibliografía	139
Los autores	143

Acerca de este libro

INTERVENCIONES URGENTES

Cuando la coyuntura política apremia el pensamiento intelectual es reclamado por una práctica vertiginosa y categórica. Se vuelve *urgente* y lo que puede ser intelectual-académico aflora en su faceta militante. Intervenciones urgentes componen *Franquismo en Paraguay. El Golpe* y pretenden responder menos académica –pero sin solapar las prácticas más finas y sofisticadas de la academia– que militante a lo acontecido en Paraguay el 22 de junio de 2012 y a la perspectiva que el juicio político al Presidente Fernando Lugo abrió en la historia política presente y futura de ese país. O al revés: pretenden responder más ensayísticamente –con el vértigo que reclama ese género– que con una inflexión sosegada, plácida, apacible –muchas veces en reposo, como agua de tanque– de investigación llevada adelante en un gabinete. Y cuando decimos “ensayísticamente” pensamos al empirismo de la dupla ensayo/error.

Franquismo en Paraguay condensa una serie de intervenciones que reflexionan sobre el juicio político exprés que derrocó a un Presidente democráticamente electo en 2008 y destituido por el Congreso. Con motivo de ese Golpe a la democracia paraguaya y de una nueva forma de consagrar los intereses de los sectores minoritarios y dominantes violando la voluntad soberana, estas *intervenciones urgentes* nos parecen necesarias. Signo de solidaridad con la resistencia democrática paraguaya y *signo* –sin nada de simbólico– de defensa de la democracia. *Intervenciones: ensayos* para sentar posición respecto del presente político de Paraguay, de la región y –en la sincronía– de América Latina. Textos que quizá dentro de un tiempo –democrático: como expresión de deseos– nos reclamen –a otros o a nosotros mismos– volver a pensar sobre estas estelas incipientes y hasta

opinables (pero totalmente esmeradas) que formulamos aquí en nexo con la realidad político-cultural que abrieron los sucesos inaugurados a fines de junio.

Pues: con motivo del Golpe al gobierno de Fernando Lugo nos pareció necesario formular –a todos los colaboradores de este libro: a quienes aprovechamos para extender nuestro agradocimiento por haberse entusiasmado con la propuesta–, desde un pensamiento académico-militante, un conjunto de *urgencias*. Intervenciones con el objetivo de analizar desde distintos puntos de vista el Golpe dado menos al Presidente Lugo que al sistema democrático paraguayo en su conjunto.

La destitución de un Presidente elegido democráticamente (en 2008) vuelve a evidenciar, luego de Honduras 2009 (por ejemplo, aunque no exclusivamente), los nuevos mecanismos golpistas puestos en práctica en América Latina. Lo cual nos lleva como mínimo a la pregunta sobre los alcances de los procesos de integración en la región, sobre las formas en que se consagran los intereses de sectores minoritarios y dominantes en clara violación de la voluntad soberana. Las intervenciones que aquí juntamos, de alguna manera, responden a un mismo interrogante: ¿qué implicó el quiebre democrático a nivel político –pero también desde una perspectiva amplia en términos culturales– a escala nacional y latinoamericana, y desde la construcción política de los nuevos gobiernos posneoliberales? O, para ser más precisos, se interrogan sobre qué implica, qué implicó, el ademán del Golpe a nivel político regional, a escala latinoamericana y en lo que concierne a una construcción política progresista (en Paraguay mismo y en la región).

Desde distintos lenguajes, tradiciones, perspectivas, disciplinas, vectores intelectuales, reflexionan sobre la rescisión del contrato social, los motivos del Golpe, la construcción de la democracia y la ruptura del orden democrático, las dificultades de las construcciones colectivas bajo determinados modelos de desarrollo, las causas que desarticularon el Estado de derecho, el autoritarismo, la soja *round-up ready* y sus consecuencias, la cuestión campesina y agraria, la necesidad siempre nuclear de una reforma agraria, el papel de los partidos tradicionales, el simbolismo “franquista” y la apelación ideológica a un na-

cionalismo vernáculo, la situación de Paraguay en el contexto latinoamericano, entre otros focos de discusión.

Un relato del presente, desde el presente, visto desde Argentina y desde Paraguay en la sincronía, que se propone cuestionar el relato conservador y pretendidamente “no golpista” de una clase política y social minoritarias que a fuerza de golpes quiere conservar sus privilegios, devolver la política paraguaya a su antiguo sistema de predominancia y mantener el control sobre una ciudadanía que movilizada y politizada –no sólo en la Plaza, sino también y quizás sobre todo en las redes sociales– pretende cuestionar ese relato.

A esa ciudadanía están dirigidas éstas, nuestras *intervenciones urgentes*.

Rocco Carbone / Lorena Soler
Buenos Aires, agosto de 2012

Pretexto
LIBELO ACUSATORIO

ANEXO. artículo 1º inc. c) - resolución h. cámara de diputados
nº 1431/2012

1. OBJETO

El LÍBEO ACUSATORIO CONTRA EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FERNANDO LUGO MÉNDEZ, se funda en las consideraciones de hecho y de derecho que pasamos seguidamente a exponer.

Nuestra Constitución Nacional, en su art. 225, establece:

El Presidente de la República, el vicepresidente, los ministros del Poder Ejecutivo, los ministros de la Corte Suprema de Justicia, el Fiscal General del Estado, el Defensor del Pueblo, el Contralor General de la República, el Subcontralor y los integrantes del Tribunal Superior de Justicia Electoral, sólo podrán ser sometidos a juicio político por mal desempeño de sus funciones, por delitos cometidos en el ejercicio de sus cargos o por delitos comunes.

La acusación será formulada por la Cámara de Diputados, por mayoría de dos tercios.

Corresponderá a la Cámara de Senadores, por mayoría absoluta de dos tercios, juzgar en juicio público a los acusados por la Cámara de Diputados y, en su caso, declararlos culpables, al solo efecto de separarlos de sus cargos. En los casos de supuesta comisión de delitos, se pasarán los antecedentes a la justicia ordinaria.

2. LOS HECHOS QUE MOTIVAN ESTA ACUSACIÓN

2.1. Acto político en el Comando de Ingeniería de las Fuerzas Armadas

En el año 2009, con autorización del Presidente Lugo, se realizó una concentración política de jóvenes en el Comando de Ingeniería de las Fuerzas Armadas, el que fue financiado por instituciones del Estado, incluyendo la Entidad Binacional Yacyretá. Fernando Lugo, reconoció que la Entidad Binacional Yacyretá financió el encuentro de jóvenes socialistas de la región, llevado a cabo en el Comando de Ingeniería de las Fuerzas Armadas.

Esas instalaciones fueron utilizadas para la reunión de los jóvenes, quienes colgaron banderas con alusiones políticas, llegando a izarse una de ellas en sustitución del pabellón patrio.

Ese acto de naturaleza netamente política y con los exabruptos ampliamente difundidos por los medios de prensa sólo pudo ser realizado con la autorización del Comandante en

Jefe y prueba de que el Gobierno avaló, instigó y facilitó esos actos políticos dentro del cuartel es que varios importantes funcionarios del Gobierno participaron del evento pronunciando discursos instigando a la lucha de clases, como el pronunciado por el entonces ministro de la Secretaría de Emergencia Nacional, Camilo Soares.

2.2. Caso Ñacunday

Fue el Gobierno del Presidente Lugo el único responsable como instigador y facilitador de las recientes invasiones de tierras en la zona de Ñacunday. La falta de respuesta de las fuerzas policiales ante las invasiones de supuestos carperos y sin tierras a bienes del dominio privado, sólo han sido parte de esa conducta cómplice.

El Presidente Lugo ha utilizado las fuerzas militares para generar un verdadero estado de pánico en toda esa región, violando el derecho de propiedad e ingresando a inmuebles de colonos, so pretexto de realizar el trabajo de amojonamiento de la franja de exclusión fronteriza. Sin embargo, esos trabajos eran acompañados por dirigentes de la Asociación de Carperos,

quienes abiertamente dirigían la labor de los técnicos y de los integrantes de las fuerzas militares, que han dado lugar a interminables denuncias de los propietarios y también incontables publicaciones periodísticas referidas a esa situación.

Y mientras esas invasiones se producían y se daban a conocer amenazas de otras más en otros departamentos de la República, el Presidente Lugo se mostraba siempre con puertas abiertas a los líderes de esas invasiones, como es el caso de José Rodríguez, Victoriano López, Eulalio López, entre otros, dando un mensaje claro a toda la ciudadanía sobre su incondicional apoyo a esos actos de violencia y de comisión de delitos que eran propiciados y desarrollados a través de esas organizaciones.

Fernando Lugo ha sometido las fuerzas militares a los denominados “carperos”, quienes han realizado todo tipo de abusos, agresiones y atracos a la propiedad privada, a la vista de las fuerzas públicas, quienes no actuaron por la indisimulada complicidad del Presidente de la República con esos agresores.

Los miembros de esta cámara recordarán lo ocurrido con la intendente municipal de Santa Rosa del Monday, María Victoria Salinas Sosa, quien fue víctima de un violento ataque de carperos quienes la golpearon, patearon y destrozaron el vehículo en el que se desplazaba.

2.3. Creciente inseguridad

El Presidente Lugo ha sido absolutamente incapaz de desarrollar una política y programas que tiendan a disminuir la creciente inseguridad ciudadana.

En estos cuatro años de gobierno, a pesar de los importantes recursos financieros que le fueron proveídos por el Congreso Nacional para potenciar la fuerza pública, los resultados han sido no sólo insatisfactorios sino también ha quedado por demás demostrado la falta de voluntad del Gobierno para combatir al Ejército del Pueblo Paraguayo, que se ha convertido, al amparo y con la complicidad del Gobierno, en el azote de los ciudadanos de los departamentos de Concepción y San Pedro.

Los distintos operativos emprendidos por el Gobierno, muchas veces con gran cobertura periodística, han tenido como

único resultado el total fracaso. Nunca en la historia de este país, la Policía Nacional ha tenido tantas víctimas cobardemente asesinadas por los integrantes del EPP y, a pesar de ello, la conducta complaciente del Presidente siguió inalterable.

Todos los miembros de esta Honorable Cámara de Diputados conocemos los vínculos que el Presidente Lugo siempre ha mantenido con grupos de secuestradores, que anteriormente se vinculaban al movimiento-partido Patria Libre y cuya ala militar hoy se denomina EPP.

Los costosos operativos dispuestos por el Gobierno durante los dos estados de excepción no han dado resultado alguno y, por el contrario, sólo ha generado una mayor fortaleza de ese grupo terrorista armado a través del descrédito y las humillaciones a las que fueron sometidas las fuerzas militares y policiales asignadas al operativo.

El Presidente Lugo es el responsable de la creciente inseguridad y es responsable también por haber mantenido por tanto tiempo como ministro del Interior a una persona absolutamente inepta e incapaz para ocupar ese cargo. Esa ineptitud, sumada a la indisoluble relación cómplice entre el Presidente Lugo y los líderes de la asociación de carperos y otras organizaciones que fueron protagonistas de innumerables invasiones de tierras y otros tipos de agresiones son los que han propiciado y facilitado el lamentable suceso que costara la vida a 17 compatriotas, 6 de ellos pertenecientes a la Policía Nacional y que fueron cruelmente asesinados y a sangre fría por auténticos criminales, que también han incitado y manipulado a campesinos del lugar.

Luego de esa triste jornada, de la que felizmente se tienen importantes datos y filmaciones que han sido generosamente difundidas por distintos medios de prensa, sólo se ha tenido una posición absolutamente equívoca del Presidente de la República en relación a lo ocurrido.

Fernando Lugo Méndez y varios de sus ministros, y en especial Miguel López Perito y Esperanza Martínez, han pretendido tratar por igual a los policías cobardemente asesinados y a aquellos que fueron protagonistas de esos crímenes. El derecho a reclamar está consagrado por la Carta Magna pero nadie está autorizado a cometer crímenes so pretexto de reclamar derechos y, menos aún, acabar con la vida de policías desarmados.

Esta misma actitud, se manifestó en la conferencia de prensa brindada por Fernando Lugo con relación a lo ocurrido en la estancia Morumbí, en donde ni siquiera tuvo la delicadeza de prometer el castigo de los asesinos de esos policías y de quienes instigaron a los campesinos a tomar las armas so pretexto de luchar por sus derechos.

El Presidente Fernando Lugo está propiciando y fomentando, a través de algunos miembros de su gabinete y de sus cómplices que fungen de dirigentes carperos y otras organizaciones campesinas, un conflicto social de dimensiones impredecibles y que por su comprobada incapacidad no podrá luego solucionar.

Personalmente, desde luego, manifiesto mi convicción de que el camino de la crisis y el conflicto social y armado no será el producto de negligencia o simple impericia del Presidente sino directamente el objetivo que el mismo ha buscado durante el tiempo que fue obispo y que hoy pretende desarrollar para proyectar y consolidar su anhelo de un régimen autoritario, sin libertades, con la aniquilación de la libertad de prensa y la imposición del partido único que profesan los enemigos de la democracia y los adherentes del socialismo del siglo XXI.

Fernando Lugo y sus ministros deben respetar el derecho de todos los ciudadanos pero resulta inadmisible e injustificable que pretendan poner en pie de igualdad a los criminales y a sus víctimas, a los asesinos y a los policías que fueron cobardemente asesinados.

Mientras los familiares lloran por sus muertos, Fernando Lugo debe estar reuniéndose con los cabecillas e instigadores de los sucesos ocurridos el viernes pasado en Curuguaty y no se visualiza posibilidad alguna de que Fernando Lugo rectifique su conducta, que ya ha costado decenas de vidas de compatriotas que han caído víctimas de la inseguridad que él mismo se ha encargado y esforzado de generar.

2.4. Protocolo de Ushuaia II

Este documento constituye UN ATENTADO CONTRA LA SOBERANÍA de la República del Paraguay y ha sido suscrito por el Presidente FERNANDO LUGO MÉNDEZ con el avieso propósito de

obtener un supuesto respaldo en su descarada marcha contra la institucionalidad y el proceso democrático de la República.

Dicho documento ya ha motivado un pronunciamiento de la Comisión Permanente del Congreso Nacional, destacándose la falta de transparencia en el procedimiento que dio lugar a la firma del documento y a su contenido al punto de que hasta la fecha, el Poder Ejecutivo no lo ha remitido al Congreso para su conocimiento y consideración. A través de ese documento, los países vecinos podrían cortar el suministro de energía a la República del Paraguay.

El documento firmado en Montevideo, en diciembre de 2011, para remplazar el Protocolo de Ushuaia (Carta Democrática del Mercosur), tiene sus orígenes en un documento previo, presentado ante la Unasur (Unión de Naciones Suramericanas), que fue pergeñado por los presidentes de la región para protegerse unos a otros.

La principal características del Protocolo de Ushuaia II es la identificación del Estado con la figura de los presidentes para, en el nombre de la “defensa de la democracia”, defenderse unos a otros.

2.5. Caso matanza Curuguaty

Ha quedado demostrado con los *hechos* acaecidos en los Campos Morombí, Curuguaty, Departamento de Canindeyú, la patente inoperancia, negligencia, ineptitud e improvisación de este Gobierno liderado por Presidente Fernando Lugo Méndez, que *amerita la acusación de la Cámara de Diputados por mal desempeño de funciones* ante la Cámara de Senadores.

Fernando Lugo, hoy por hoy, representa lo más nefasto para el pueblo paraguayo, que se encuentra llorando la perdida de vidas inocentes debido a la criminal negligencia y desidia del actual Presidente de la Republica, quien desde que asumió la conducción del país, *gobierna promoviendo el odio entre los paraguayos, la lucha violenta entre pobres y ricos, la justicia por mano propia y la violación del derecho de propiedad, atentando de ese modo permanentemente contra la Carta Magna, las instituciones republicanas y el Estado de derecho.*

No cabe duda de que la responsabilidad política y penal de los trágicos eventos registrados 15 de junio del presente año, que costó la vida de 17 ciudadanos paraguayos entre policías y campesinos, recae en el Presidente de la República, *Fernando Lugo*, que por su inacción e incompetencia, dieron lugar a los hechos acaecidos, de conocimiento público, los cuales no necesitan ser probados, por ser hechos públicos y notorios.

El incidente no surgió espontáneamente, fue una emboscada a las fuerzas de seguridad; fue algo premeditado, producto de un plan debidamente concebido, planificado y llevado a la práctica, gracias a la complicidad e inacción del Gobierno de Fernando Lugo, responsable directo de la crisis que hoy atraviesa nuestra amada Patria.

Ya desde la Honorable Cámara de Diputados se levantaban voces de advertencia, ya se avizoraba lo que hoy es una realidad, la pérdida de vidas humanas.

Hoy, podemos afirmar que éste es el final que deseaba Fernando Lugo, éste fue siempre el plan ideado por él mismo, con la única finalidad de crear las condiciones de crisis social y, conmoción interna que justifiquen un asalto del Presidente Fernando Lugo y sus seguidores a las instituciones de la República, con el propósito de instalar un régimen contrario a nuestro sistema republicano. Este deseo desmedido, hoy nos hace lamentar la pérdida de vidas humanas, en una cantidad nunca antes vista en la historia contemporánea de la República del Paraguay.

Todas las evidencias, que son públicas, nos demuestran que los acontecimientos de la semana pasada no fueron fruto de una circunstancia derivada de un descontrol ocasional, por el contrario, fue un acto premeditado, donde se emboscó a las fuerzas del orden público, gracias a la actitud cómplice del Presidente de la República, quien hoy no sólo debe de ser removido por juicio político, sino que debe de ser sometido a la Justicia por los hechos ocurridos, a fin de que esto sirva de lección a futuros gobernantes.

Estos grupos extremistas, como el autodenominado Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP) o los mal llamados “Carperos”, se fortalecieron día a día gracias a la incompetencia y complacencia de Fernando Lugo, que en lugar de combatirlos, como era su obligación, los recibía y apadrinaba. No cabe la menor duda de que

Fernando Lugo ha fortalecido a estos grupos criminales, quienes hoy no sólo desafían y amenazan abiertamente a los ciudadanos honestos, sino que llegan a lo más bajo que puede caer un ser humano, que es atentar contra la vida de otro. Tan poco hoy importa al Presidente Lugo el Estado de derecho y la vida humana, que en lugar de enderezar rumbos, se mantiene en su posición, manifestando que seguirá reuniéndose con estos criminales.

Fernando Lugo es el directo responsable de que hoy nuestro país este viviendo días de luto. Tanto él como su incapaz ex ministro del Interior Carlos Filizzola, deben responder ante la ciudadanía por los trágicos acontecimientos registrados en el Departamento de Canindeyú.

No existe voluntad alguna de combatir estas formas de violencia, que tanto daño ya han causado a nuestra sociedad, es por ello que debemos de cumplir con nuestra obligación constitucional e iniciar el proceso de juicio político por mal desempeño contra el Presidente de la República, quien desde que asumió el gobierno ha instado al incumplimiento de órdenes judiciales de desalojo, así como a la promoción de mensuras judiciales sin mediar juicio entre las partes, o abasteciendo de provisiones y enseres a los ocupantes de tierras; estos han sido los signos que marcaron las acciones y el temperamento de este Gobierno.

3. PRUEBAS QUE SUSTENTAN LA ACUSACIÓN

Todas las causales mencionadas más arriba son de pública notoriedad, motivo por el cual no necesitan ser probadas, conforme a nuestro ordenamiento jurídico vigente.

4. CONCLUSIÓN

El Presidente de la Republica Fernando Lugo Méndez ha incurrido *en mal desempeño de sus funciones* en razón de haber ejercido el cargo que ostenta de una manera impropia, negligente e irresponsable, trayendo el caos y la inestabilidad política en toda la Republica, generando *así la constante confrontación y lucha de clases sociales, que como resultado final trajo la masacre*

entre compatriotas, hecho inédito en los anales de la historia desde de nuestra independencia nacional hasta la fecha, en tiempo de paz.

La causal de mal desempeño en sus funciones aparece en su actitud de desprecio ante el derecho y las instituciones republicanas, socavando los cimientos del Estado social de derecho proclamado en nuestra Carta Magna. Su complaciente actuar lo hace cómplice por acción y omisión en todos los casos antes citados, que legitiman la presente acusación.

5. DERECHO

Se funda la presente acusación por mal desempeño de funciones de conformidad a lo establecido en el art. 225 de la Constitución Nacional.

6. PETITORIO

6.1 Definitivamente, la gestión del presidente Fernando Armindo Lugo Méndez ha perjudicado enormemente los intereses supremos de la Nación, que de continuar, peligra gravemente la convivencia pacífica del pueblo paraguayo y la vigencia de los derechos y garantías constitucionales, por lo que se halla sobradamente justificado hacer lugar a la presente acusación contra el Presidente Fernando Armindo Lugo Méndez por la Honorable Cámara de Senadores, por mal desempeño de funciones.

6.2 En mérito a los argumentos precedentemente señalados dicten resolución, declarando culpable al Presidente Fernando Armindo Lugo Méndez y, en consecuencia, separarlo del cargo que ostenta, de conformidad a lo establecido en el art. 225 de la Constitución Nacional.

6.3 En consecuencia remitir los antecedentes a la Justicia Ordinaria.

Introducción LUGO: EL PALACIO Y LA PLAZA

Lorena Soler

Visito Asunción casi todos los años desde hace más de una década. Una búsqueda siempre me guía: desentrañar algo del sentido de su existencia y bucear en las subjetividades misteriosas del orden político. El viaje del miércoles 20 de junio era uno más de esa secuencia obsesiva y predecible: vida académica, encuentro con nuevos libros y largas charlas sobre política local y latinoamericana. Todo eso formaba parte de lo predecible, porque nunca sospeché que yo y mi generación podíamos ser testigos directos de la violación de la voluntad popular.

Pero así fue. En un vértigo inimaginable para la modorra paraguaya, se consumó en treinta horas un golpe de Estado. Como en Honduras, adoptó una versión parlamentarista y se sirvió de fundamentos legales, como si estos fueran portadores de una neutralidad valorativa que permitieran solapar el contenido profundamente ideológico.

Los argumentos esgrimidos por una clase política en decadencia para legitimar el nuevo orden, apelan a una obviedad discursiva que no merece repetirse. Ni tampoco recordar el fantasma de la lucha de clases, el demonio socialista venezolano y un nacionalismo vernáculo. Retórica que ni siquiera refinaron de cara a la nueva coyuntura política que acaban de inaugurar.

Pese a la temporalidad fugaz de los acontecimientos, nos congregamos de inmediato en la Plaza de Armas, la plaza de la “resistencia” frente al Congreso. Antes de llegar: dos requisas militares, vallas, canas de civil. La ciudad parecía silenciada y en duelo. No había transportes ni caminantes. Los puestos de chipá habían sido reemplazados por la venta de viejas radios. Sólo en las paradas de taxis, que conservan como estelas de la modernización setentista sus televisores colgados de viejas columnas, podían verse manifestantes que escuchaban entrecortada la

transmisión en vivo de la procesión hacia la plaza. Importaba la inmediatez de las noticias.

En la plaza se había improvisado un precario escenario (siempre a punto de caerse) con audio desafinado. Subieron varios ministros del frente político luguista, personalidades de la cultura y, paradojas de la historia, quien supo ser el gran líder pelílargo del Partido Liberal en la transición a la democracia, Domingo Laino. En sus discursos, todos apelaron al guaraní y a la consigna “dictadura nunca más”.

Frente al escenario, se congregaron ciudadanos sueltos, sobre todo jóvenes urbanos, trabajadores del Estado y militantes universitarios. No había banderas ni grandes consignas. Algunos levantaban pancartas de cartón –hechas bajo la urgencia– que expresaban odio, también de clase, contra los “senadores corruptos”. Predominaba el silencio y, ante la ausencia de redoblantes para improvisar un grito a la patria, la música provenía de los *ringtones* que sonaban desconsolados trayendo aún más rumores. Todos permanecimos ahí, en una suerte de vigilia infinita con final cerrado.

Por ese instante fetichista que brinda la ilusión política, alguien se animó a decirlo: “Parece que de un momento a otro llegan los campesinos”. Pero eso nunca ocurrió. Solo se asomó un puñadito de campesinos que, expulsados de sus tierras por los agronegocios, habitan ahora los márgenes de la gran urbe. La orfandad social de esa plaza era acaso la orfandad política de un Presidente en retirada. Una ausencia que contrastaba con otro contexto, el de la multitudinaria marcha de 40.000 personas del año 2006, que en el descrédito final del sistema político y de su clase, le ofreció a Lugo la postulación como candidato a la presidencia. Pero mucho más contrastaba con los 750.966 votos (un 40,82%) obtenidos apenas cuatro años atrás, uno de esos momentos excepcionales de la historia en los cuales todos estamos convencidos de que algo puede cambiar.

“El cura de los pobres” era ante todo un personaje prudente. Su origen campesino y religioso le aportaba su mayor fuente de legitimidad. Lo curioso es que su desvinculación del *status quo* y su arribo al poder por fuera del sistema político no lo convirtieron en un líder (fórmula que había funcionado en lugares tan disímiles como el Perú de Fujimori o el Ecuador de Correa).

Inscripto en una crisis profunda del sistema político, el candidato del “consenso” se reinventó, como buen hombre de la Iglesia en tierra jesuita, bajo consignas lo suficientemente universalistas. La derrota del Partido Colorado¹ fue sin duda un eslogan de campaña eficaz, pero no llegó a fundar un mito de origen tan fuerte como para afrontar grandes cambios. Sin partido político propio y con una casi inexistente representación legislativa, todo se agravó con la Constitución 1992 (concebida al calor de treinta y cinco años de stronismo), que traía consigo la ingenuidad de la “apertura democrática”: dejó al Poder Ejecutivo sin herramientas básicas de intervención, apostando a que la ley eliminaría por fin a los grandes dictadores de dicho país.

En ese frío inusual del viernes 22 de junio, la única esperanza era Unasur. Los cancilleres de los distintos países arribaron a Asunción, mantuvieron reuniones maratónicas con las más diversas fuerzas políticas y pronunciaron un comunicado contundente. No reconocerían a un presidente surgido de un proceso indebido como el que se estaba cursando. No obstante, la Unasur ya había tomado el pulso político interno y en su declaración no pudo adjetivar el proceso golpista. Nicolás Maduro, como buen chavista en tierras guaraníes, fue por más. Tomó el micrófono y gritando, dijo que Venezuela retiraba toda colaboración económica. Pero nada ya alcanzaba: asumió el Ejecutivo el vicepresidente Federico Franco, primer presidente del Partido Liberal desde 1939. El mismo partido que había configurado sus imaginarios políticos en torno a la República y a la democracia impoluta, accedía al poder mediante un golpe de Estado.

Mi amiga, “la Monto”, me escribió desde Buenos Aires. “Esconde te en la Embajada Argentina, pedí asilo y de ahí que te extraditen a tu país. No corras peligro. Habrá fuego.” ¿Cómo explicar en un mensaje cifrado que no estábamos en el 55, ni el 73 ni el 76? Y al mismo tiempo que Lugo era el mejor Presidente posible de toda la historia política de Paraguay y que lo que había ocurrido era un golpe de Estado. Y que Franco era por ello un dictador. En todo caso, las categorías utilizadas hasta ahora ya no podían explicar la complejidad de este proceso. No

1. El nombre completo del partido es: Asociación Nacional Republicana-Partido Colorado (ANR-PC). [N. de E.]

en vano, el campo académico las rechazaría porque no captaban los nuevos acontecimientos, aunque era imposible no darles significaciones ideológicas a los mismos. Se jugaba una novedosa batalla simbólica: cómo adjetivar un proceso destituyente sin apelar a viejas categorías o concepciones.

En pocos minutos, Lugo pronunció el discurso maldito, las palabras de quien acepta sin más la derrota con resignación cristiana y siente alivio por abandonar una vocación de poder que nunca sintió propia: “Me someto a la decisión del Congreso”. Y como si no alcanzara el teatro de la política, en su tono trágico expuso como argumento central que sólo es posible gobernar Paraguay si se pertenece a las mafias, la clase política o se pacta con el negocio del narcotráfico. En pocos minutos, la Plaza de Armas quedó vacía. El sentido último de lo público ya no tenía derecho a existir para los que se habían congregado en defensa de la democracia. No había lenguajes políticos disponibles para habitar esa plaza. Sólo quedaron las voces de las radios de fondo. Acaso, la consigna de campaña de Lugo –“El hambre no tiene ideología”– quedaba perfectamente refutada.

La desolación nos obligó a buscar más información que le diera inteligibilidad a lo sucedido; esa ingenuidad racionalista de creer que el “dato” empírico faltante puede explicar la fatalidad. El *zapping* se agotó pronto. Todos los canales retornaron a su grilla de programación habitual y los bares de la ciudad volvieron a trasmitir fútbol, siempre fútbol. Ya nada ameritaba continuar la transmisión en vivo de un Golpe guionado. El fin de lo noticioso cerraba un ciclo político que no deja de sorprender por la exactitud con la que se llevó a cabo, un guión en el que no hubo lugar para la improvisación. Ahí quizás radique la eficacia de las nuevas formas de los golpes de Estado en América Latina. Golpes de Estado en tiempos televisivos. La clase política predispuso los cuerpos y sus gestualidades para una estética televisiva. Los actores miraban a las cámaras, retocaban su maquillaje, combinaban colores y vestían de ocasión. El Parlamento fue esencialmente oligárquico: no se habló allí el guaraní.

Las corporaciones del agronegocio (que el Estado paraguayo dejó crecer a falta de un proyecto regional de desarrollo económico alternativo), junto con una la clase política alienada, borraron de un plumazo a un Presidente constitucional. En pocas

horas, Federico Franco tenía su nuevo gabinete. Quien gobierna con tanta normalidad en apenas unas horas después de haber usurpado el poder es porque lo gobernaba todo antes.

Sin embargo, el paso en falso provino del golpista Federico Franco. Como un gerente atento y conocedor de los carriles por donde discurren los nuevos tiempos de la política, la primera medida de su gobierno fue intervenir la TV Pública, recientemente creada. Aun así, las redes sociales –con un fuerte protagonismo juvenil y rebelde– impidieron que esto sucediera. A falta de plaza, la resistencia se movió a la puerta del canal público. Si el Golpe sucedía en tiempos televisivos, la resistencia pasaba por ocupar la pantalla. El único espacio público posible era el que lograba ser trasmítido: ¿era ésa la plaza luguista? Desde el canal, con un micrófono y cámara abierta, los jóvenes, adherentes ante todo al valor democrático en sí, intentaron ponerle palabras a su época: “Franco golpista, vos sos el terrorista”. Eran pibes de asamblea y barricada. Sabían pararse frente a la multitud y armar discursos con contenido ideológico. Fueron los portadores de una promesa, como en Chile, Argentina y el México electoral.

¿QUÉ NOS PASÓ?

Las encuestas que circulan en los *bunkers* de campaña indican que la mayoría de la población rechaza la orquesta golpista. El capricho de la voluntad aritmética de las mediciones revela que los candidatos que provengan del espacio luguista o sean designados (bendecidos) por éste tienen altas chances de obtener el sillón presidencial en 2013. Por eso, “¿Qué nos pasó?” era la pregunta que recorría la extensa mesa de la militancia luguista del sábado 23 de junio por la noche, donde los compañeros llegaban en busca de consuelo, cuando todo aún resultaba incommensurable.

“Explícame cómo nos pasó”, me increpó un ex ministro, como si los argumentos a ese padecimiento colectivo debieran provenir de un ente exterior. Ensayamos todas las hipótesis conspirativas posibles: la CIA, EE.UU., el narcotráfico, los colorados, los medios de comunicación y más. Armamos cuentos y novelamos la historia. Pero algo no cerraba.

“¿Para qué sirve la mayoría electoral si no puede constituirse en sujeto?” fue la interrogante que alguien balbuceó casi pidiendo permiso. “Se cansaron de hacer guita con nosotros y ahora nos sacan como ratas del gobierno”, agregó una de las pocas mujeres del encuentro. En la otra punta, el gramsciano del grupo gritó: “¡Gobernamos sin preguntarnos cómo se construye hegemonía después del fracaso de los proyectos neoliberales o cómo se recrean actores sociales capaces de sostener un orden social!”. Y también anotó: “¿Cuál fue el relato que reinventamos para este cambio de época? Sólo nos mirábamos. Allí descansaba parte del problema”.

Sin Parlamento ni fuerza política propia y ante movimientos campesinos a los que otra vez no les llegó la reforma agraria, el luguismo no construyó un actor político que pudiera ocupar las calles. Tampoco una nueva burguesía o algún tipo de alianza con la existente. De ahí que se topara una y otra vez con el stronismo, el núcleo del problema hasta hoy no resuelto.

Desde la crisis del stronismo en 1982, y con ella de una forma de acumulación, la transición *perenne* evidencia la imposibilidad de reemplazar o menguar el peso de las columnas de la dictadura. Ahí están los mismos dueños de las tierras que con ganancias extraordinarias muestran la estructura de tenencia de tierras más desigual de América Latina. Si la política no zanja esa brecha, en tanto búsqueda más o menos plausible del bien común, la seguirá resolviendo la fuerza de la historia (que siempre es desigual). ¿Cómo ser un Estado soberano cuando los ingresos dependen de la expropiación que el Estado y la burguesía brasileña ejercen en Itaipú o de las remesas de los inmigrantes?² Sin riqueza estatal, no hay soberanía posible y, en consecuencia, condiciones mínimas para la constitución de una voluntad pública que pueda imponerse en una trama de relaciones de fuerzas muy asimétrica.

En un escenario tan desigual, y frente a los poderes fácticos de los órdenes políticos actuales de América Latina, Fernando Lugo fue abatido por los gerentes de la palabra que, como ha ex-

2. En el año 2011, la mitad de la recaudación fiscal se debió al IVA, el impuesto más recessivo, mientras que los ingresos provenientes de las principales actividades económicas, la agricultura y la ganadería, no alcanzaron el 1%.

preso José Carlos Rodríguez, “acusan al gobierno de izquierda para evitar que lo sea”, al tiempo que el propio gobierno licuó sus apoyos sociales y electorales, expresados días antes del Golpe en las figuras de los ciudadanos indignados de las redes sociales y en los campesinos asesinados.

Los argumentos jurídicos acerca del “indebidio proceso” (o la inconstitucional de un juicio sin sustentos legales ni políticos) obliga a pensar en los actores y en una clase política que, por lo menos desde el stronismo, sigue manteniendo el control del Estado. Hoy, parte de esa clase política trasparentada en un decadente Congreso, sin representación social y aislada de los procesos latinoamericanos, se defiende aferrándose a los elementos más conservadores del sistema político: el control de la presidencia. Cree que con ello puede asegurar su reproducción en un sistema con una franca crisis de representación, mientras en cada uno de los rincones de ese dolorido país hay muchos que esperan una fuerza política capaz de interpelarlos.

En aras de legitimar la legalidad del golpe de Estado, sus responsables se preocuparon por articular las tramas del sentido político a través de la utilización de las herramientas legales habilitadas por la Constitución y, con ellas, presentar una impecable continuidad institucional. La apelación a la legalidad para conservar el poder (incluso para violarlo) no es una novedad en el mundo occidental, y mucho menos en estas tierras, donde gran parte del basamento y de la estabilidad stronista³ se explican gracias a ello. Sin embargo, la posibilidad de apelar a una legalidad abstracta, profundamente ideológica, pero disfrazada de imparcialidad, sólo es posible cuando no hay actores con incidencia para disputar esos argumentos.

El proceso luguista contiene algunas imágenes peronistas, en tanto movimiento popular que plantó sus bases en los sectores más postergados, pero no puede ser asimilable. La diferencia más obvia es el sustrato del sujeto. Pero no sólo. Tampoco es asimilable a lo acaecido en la Bolivia de Evo, la Venezuela chavista o el Ecuador de Correa. Los mismos relatos legales esgrimidos por los golpistas en esos países no logran desestabilizar

3. En lenguaje coloquial, en el Paraguay se emplea el término “stronista” –en lugar de “stroessnerista”– para designar todo lo referente al dictador Alfredo Stroessner. [N. de E.]

los proyectos democráticos. En esos tres casos, la polarización y el conflicto eran pronunciados. El pueblo plebeyo tanto como los sectores oligárquicos en pugna, percibían que lo que estaba en juego los afectaba de formas más o menos directa. O más: que un recambio presidencial tenía alguna relación con su vida cotidiana y mundana. Entonces, ¿qué es lo que ha ocurrido para que los cambios políticos e institucionales y su actual gravedad no repercutan en la vida diaria de muchísimos paraguayos? Ahí se devela la gran deuda del luguismo. Gracias a esa brecha amplísima entre dos mundos escindidos, desconectados –la vida política y la reproducción social– Lugo pudo ser Presidente. Pero lo mismo que lo instaló en el poder fue quizás lo que se lo quitó: por la continuidad de esa misma brecha (o una representación política hecha añicos) partió del Gobierno, sin que su destitución interpelara “la normalidad”.

Fuerzas restauradoras del orden conservador siempre han existido. Es más: si los actuales procesos latinoamericanos de cambio afectan, en diversos grados, sus intereses más concretos, seguramente no permanecerán inmóviles. Una pregunta se impone: porqué en determinados países y tiempos históricos estas fuerzas reaccionarias logran su cometido.

Breve panorama histórico AUTORITARISMO Y SOJA, UNA COMBINACIÓN LETAL

Waldo Ansaldi

Como en todos y cualquier caso, la que vive hoy Paraguay sólo se torna plenamente comprensible si se la inserta en la larga duración, que no se denomina así sólo porque se extiende a lo largo de un extenso arco temporal, sino, sobre todo, porque permite apreciar la incidencia de líneas de continuidad que, si bien en interacción, priman sobre las de cambio. En la tensión entre ambas, las líneas de continuidad expresan la resistencia a las transformaciones, la apuesta por la permanencia.

Paraguay ha sido y es un caso particular, excepcional, en la historia de las sociedades latinoamericanas desde que el continente fue conquistado y colonizado por los europeos. No es mi intención resumir cinco siglos de historia (de los cuales los tres primeros bajo dominio colonial), ni tampoco buscar claves explicativas en el pasado más lejano. Sin duda, haber sido considerado por los españoles el Paraíso de Mahoma, por la promiscuidad sexual a la que se aficionaron, y, en el otro extremo, vivir la experiencia controladora y disciplinadora de los jesuitas (sin duda más decisiva que la del *tupambaé*, propiedad y trabajo comunales en las estancias misioneras), no han sido datos triviales en el modelado societal. Como tampoco lo fueron la generación y continuidad de lo que Alexis de Tocqueville, en la saga del barón de Montesquieu, llamaba *costumbres* y que aquí, a los efectos que nos interesan, preferiré denominar “cultura política”, sin considerarlas sinónimos ni intercambiables.

Como se ha dicho en otro lugar, Paraguay es un país con características de larga duración muy singulares: no conoció la industrialización sustitutiva de importaciones; ha tenido y tiene

una distribución demográfica mayoritaria y consistentemente rural, *pari passu* el peso decisivo de la producción agraria en la composición del PBI. Gobiernos fuertes, cuando no dictatoriales, algunos de muchos años de duración; recurrentes golpes de Estado y apelación a la violencia; procedimientos electorales fraudulentos; inexistencia de (o muy débiles) prácticas, tradiciones y culturas democráticas. He ahí algunas notas distintivas de la historia del país. Entre 1811, cuando Paraguay, como escribió Juan Bautista Alberdi, se independizó simultáneamente de Madrid y de Buenos Aires, o 1814, si se prefiere partir de la asunción de José Gaspar Rodríguez de Francia, hasta 1989, año de la destitución del dictador Alfredo Stroessner, mediaron 178 (o 175) años, de los cuales 95 fueron gobernados por solo cinco hombres (Francia, Carlos Antonio López, Francisco Solano López, Higinio Morínigo, Stroessner). Más aún: dos de ellos. Francia durante 26 y Stroessner a lo largo de 35 años, suman 61 de esos 95 años. Tras la derrota frente a la Triple Alianza, desde 1870 hasta 1954 (comienzo de la dictadura stronista) el país tuvo 44 presidentes (a un promedio de uno cada veintitrés meses), 24 de los cuales fueron derrocados por acciones violentas. Significativamente, de los 44, sólo 9 fueron militares, aunque los 33 civiles estuvieron generalmente vinculados con las Fuerzas Armadas. Por lo demás, recuérdese que Paraguay sufrió los estragos de dos guerras internacionales (la ya señalada contra la Triple Alianza, Argentina, Brasil y Uruguay, 1865-1870; y la del Chaco, contra Bolivia, 1932-1935; y de otras dos, civiles, 1922 y 1947 (Ansaldi y Giordano, 2012, II: 203).

Otra singularidad: entre 1814 (llegada de Francia al poder supremo) y 1865 (inicio de la Guerra contra la Triple Alianza), Paraguay fue el único país latinoamericano que no atravesó situaciones de inestabilidad política, aunque tampoco experimentó ensayos constitucionales.

Dentro del universo de culturas políticas latinoamericanas, la de Paraguay destaca por su componente más acendradamente autoritario que las características de otras sociedades. Más allá de la incidencia del pasado colonial, el coeficiente histórico al que quiero prestar atención es el que se construye a partir de la ruptura de la dominación colonial, desde la llegada al gobierno de Rodríguez de Francia en adelante, si bien, en razón del es-

pacio disponible para esta colaboración, aquí sólo me detendré sumariamente en la dictadura stronista, la expresión más alta del autoritarismo paraguayo. Como otros dictadores tradicionales, Stroessner se hacía legitimar por la vía de elecciones, amañadas y no genuinamente competitivas (por tanto, no democráticas), en un contexto represivo y atemorizante. Empero, las sucesivas reelecciones de Stroessner no pueden explicarse solamente por el miedo. Por chocante que sea escribirlo, leerlo y admitirlo, no es buena técnica de análisis obviar la incidencia de una cultura política de larga duración consistentemente autoritaria entre cuyos componentes el miedo no fue uno de menor incidencia. El estado de sitio permanente, levantado brevemente sólo cuando las elecciones, coadyuvó a reforzarlo.

Paraguay tuvo partidos políticos más o menos orgánicos desde temprano: en 1887 se crearon el Partido Liberal (initialmente Centro Democrático) y la Asociación Nacional Republicana o Partido Colorado, continuadores de la Legión Paraguaya (militares de la vieja clase propietaria que combatieron en las filas argentinas contra López) y de los nacionalistas, respectivamente. Esquemáticamente dicho, la base social del primero era la burguesía comercial y agraria vinculada al capital anglo-argentino y la del segundo, los terratenientes y militares conservadores pro brasileños, con un plus fundamental alcanzado más tarde: la incorporación del campesinado. Desde 1887, año de fundación de ambos partidos, hasta 1954, los liberales gobernaron 42 años y los colorados, 33. Pero en los siguientes 54 años (1954-2008), el Partido Colorado gobernó sin interrupción alguna: 35 bajo la forma de la dictadura stronista y 19 al frente de la transición a la democracia. Esta es otra peculiaridad de Paraguay: el mismo partido articuló la dictadura, primero, su derrumbe y la transición, después, todo en continuidad. En otros términos: transición sin alternancia.

Comprensibles razones de espacio impiden tratar aquí la secuencia de sucesos acumulativos que definen el *coeficiente histórico* que modelaron la cultura política autoritaria de Paraguay. En la larga duración iniciada con la ruptura de la dominación colonial se inscribe una coyuntura más reciente, que remite a la dictadura del general Alfredo Stroessner y a su política agraria, a las que me referiré muy apretadamente.

La peculiar dictadura stronista (1954-1989) fue articulada por el Partido Colorado, constituido como agente con poder exclusivo y excluyente de la construcción del orden. El resultado fue una “república despótica” (según la denominara Francisco Delich, 1981) o, si se prefiere la caracterización de Lorena Soler (2007), “una productiva partidización del Estado y las FF.AA. conjugada con una buena dosis de personalismo”. En breve: una dictadura de fusión Estado-Partido Colorado-FF.AA., con ejercicio del poder fuertemente personalizado, culto al líder incluido. Significativamente, el Partido primaba sobre las FF.AA. El dictador fue simultáneamente jefe de Estado, comandante en jefe de las FF.AA. y presidente honorario del Partido Colorado. La apelación a la tradición no fue óbice para aplicar políticas de modernización económica excluyente (sin industrialización sustitutiva de importaciones importante), pari passu la despolitización de la sociedad y la construcción de un orden de seguridad nacional, cada vez más ajustado a los principios de la Doctrina de la Seguridad Nacional.

Obviamente, la dictadura fue antiliberal, anticomunista y pro norteamericana. En materia de política exterior viró de posiciones pro argentinas, notables durante la presidencia de Federico Chaves (1949-1954), a las pro brasileñas, en particular a partir de 1956, cuando Brasil concedió a Paraguay privilegios de puerto libre en Paraná, en el marco de acuerdos y tratados comerciales.

En un país “consistentemente agrario” (Delich, 1981), la dictadura modificó sustancialmente la estructura económica al iniciar, a mediados de 1970, un proceso de “modernización agrícola” y de distribución de tierras que hizo posible, con límites, una colonización campesina. Hacia 1973-1974 comenzó un quinquenio de crecimiento económico sin precedentes en el país, basado en el sector agrícola pero con efecto multiplicador en pequeñas empresas industriales, en particular las metálicas y de la construcción vinculadas con la construcción de la represa hidroeléctrica de Itaipú.

La colonización agrícola llevó conexa la redistribución espacial de la población, la cual fue “una respuesta parcial al proceso de diferenciación campesina en la zona central” minifundista y asalariada. A diferencia de las tradicionales migraciones campo

→ ciudad, ahí se trató de un flujo poblacional intrarrural de los departamentos centrales, de campesinado minifundista, a los del Este. Si bien este proceso fue precedido por dos importantes colonizaciones –notablemente concretadas por sujetos portadores de valores autoritarios y no democráticos: la de los mennonitas, a partir de 1927, y la de los japoneses, en la segunda posguerra mundial–, lo distintivo de él fue la combinación de una política oficial con una fuerte ocupación de tierras (en su mayoría fiscales) no ocupadas –habían sido de antiguos latifundios forestales y ganaderos– por parte de colonos brasileños –más tipo *farmer* que minifundista– que antecedieron a los productores paraguayos. El cultivo decisivo para la colonización del Eje Este fue la soja, el cual requiere una alta inversión de capital. No existiendo éste en su forma nacional, el Estado optó por una política muy flexible y permisiva, favoreció “una adecuada atracción de capital, así como una singular distribución de la tierra, tendiente a facilitar la constitución de unidades económicas”. Junto con la inversión de capitales extranjeros se favoreció también un tipo de ocupación y tenencia de la tierra fundado en la formación de unidades económicas empresariales. Los principales objetivos perseguidos fueron dos: atenuar las tensiones y las protestas sociales campesinas en el centro del país (en el plano político) y, mediante la expansión de la frontera agrícola basada en el incremento de las áreas cultivadas y de la producción, superar el atraso tecnológico y la baja productividad de las áreas tradicionales y así favorecer el incremento de la participación paraguaya en el mercado mundial *qua* productor de materias primas de alta demanda: soja y algodón (Rivarola, 1982: 13-14). La colonización, tal como se concretó, generó así profundos y complejos cambios en el interior del campesinado, toda vez que erosionó casi hasta la destrucción las bases de la sociedad campesina tradicional, con su uso comunal de los recursos (campos de pastoreo, agua para los arrozales), ayuda mutua semanal o quincenal en la realización de tareas agropecuarias, trabajo comunal (*minga*).

“La lucha por la tierra se convirtió en el aspecto central y específico de la organización campesina, resaltando que ella era la base de las relaciones culturales y reflejando una especie de oposición al proyecto dominante” (Formento, 2003: 115). Según algunas interpretaciones, los campesinos encontraron en

esa lucha, al menos durante un tiempo, un importante aliado en la Iglesia Católica, cuya jerarquía se distanció, parcialmente y sólo por un tiempo, de la dictadura en 1968-1969. A esa postura transitoria coadyuvaron las posiciones de grupos católicos en las Ligas Agrarias, sobre las cuales se hizo sentir fuerte la represión del régimen (secuestros, asesinatos y desapariciones de sus dirigentes). Formento ofrece una hipótesis diferente: las acciones campesinas orientadas por social cristianos fueron coordinadas por “sacerdotes que operaron al margen de la postura oficial de la jerarquía eclesiástica paraguaya aliada de la dictadura” (2003: 113). Esa línea interpretativa fue también la de Jorge Lara Castro, quien destacó el surgimiento de corrientes renovadoras en el interior de la Iglesia –perceptible en laicos y curas (sobre todo jesuitas)–, las cuales, invocando la encíclica *Rerum Novarum* y la Biblia, persiguieron una nueva praxis cristiana comprometida con los oprimidos (Lara Castro, 1985: 294-295).

Las Ligas Agrarias fueron brutalmente reprimidas por la dictadura, sumándose a ello el distanciamiento de la jerarquía eclesiástica que no vaciló en caracterizar a los liguistas como “comunistas”. La represión se acentuó a partir de 1975, con el empleo de fuerzas militares, y alcanzó su clímax en la Pascua de 1976, con el resultado de 4.000 apresados y 250 campesinos desaparecidos. La organización fue destruida, pero las bases sobrevivientes no resignaron la lucha, si bien adoptando otras formas organizativas.

Tras la caída de la dictadura, la larga transición a la democracia –sin alternancia partidaria hasta 2008– no ofreció ninguna respuesta a las demandas de los campesinos, opuestos a los agronegocios y su opción por la soja transgénica, cuyo cultivo conlleva el uso extensivo de la tierra e intensivo del capital y arrasa a la economía campesina. Así, casi 400.000 campesinos fueron expulsados de sus lugares de origen, acentuando el proceso migratorio.

Los intereses corporativos agrarios (de ganaderos y sojeros) se expresan a través de la Asociación Rural del Paraguay (ARP), la Coordinadora Agrícola de Paraguay (CAP), la Asociación de Productores de Soja (APS) y la Confederación Paraguaya de Cooperativas (CPC), mientras los de los campesinos sin tierra

y de los pequeños productores rurales lo hacen mediante la Mesa Coordinadora Nacional de Organizaciones Campesinas (MCNOC) y en la Federación Nacional Campesina (FNC).

La cuestión de la tierra no está desvinculada de la renegociación de los contratos de venta de la energía producida por Itaipú, represa en cuyas cercanías se asentaron empresarios agrícolas brasileños, compradores a muy bajos precios y productores mecanizados de soja, amén de no abonar impuestos directos y utilizar fuerza de trabajo remunerada por debajo del salario mínimo (Nickson, 2008). Así, los conflictos por la tierra con ocupaciones de grandes latifundios se hicieron crecientes. Los campesinos sin tierra actuaron organizados en un vasto movimiento, representados por distintas avocaciones no articuladas con los partidos. Fue en esa lucha que se gestó el liderazgo político del ex obispo Fernando Lugo.

En 2008, varios partidos –entre ellos el Liberal Radical Auténtico (PLRA)¹ se coaligaron en la Alianza Patriótica para el Cambio (APC) y levantaron la fórmula Fernando Lugo-Federico Franco, ex obispo vinculado a la Teología de la Liberación el primero, médico y dirigente del PLRA el segundo, que concluía su mandato (2003-2008) como gobernador del Departamento Central, el más rico y poblado del país. Hubo, desde el comienzo, diferencias ideológicas fuertes, disimuladas por lo que Jorge Luis Borges llamaba “unidos por el espanto, no por amor”. El espanto era la continuidad de la larguísima primacía del coloradismo en el poder. Con el 41% de los votos, la Alianza triunfó en las elecciones de abril de dicho año y los nuevos gobernantes asumieron en agosto. Dentro de la APC, el poder de Lugo siempre fue débil y, a diferencia de Rafael Correa en Ecuador, no supo o no pudo generar una base social y política propia. Así, las diferencias ideológicas se tradujeron en diferencias programáticas, por lo cual desde el comienzo mismo de la gestión gubernamental Lugo y Franco persiguieron objetivos diferentes, cuando no opuestos e incluso antagónicos. El más importante de ellos fue el de la reforma agraria, demanda no ajena al proceso de movilización campesina con ocupación

1. El PLRA se creó en 1977 como una escisión del Partido Liberal. Fue ilegalizado por la dictadura.

de tierras, acción respaldada por Lugo y censurada por Franco y la dirección de su partido, la cual se pronunció en defensa de la propiedad privada, aunque reconociendo la necesidad de analizar la cuestión agraria y hallar una solución de fondo e integral, pero sólo bajo la consigna: “Todo dentro de la ley, nada fuera de ella”. Pero Lugo descreía de las intenciones de los liberales, a los cuales acusaba de estar escasamente preocupados por la situación real de los campesinos. Lo cierto es que incluso dentro del PLRA había otras posturas, a la postre minoritarias.

En mayo de 2008 el Comité Político del PLRA se pronunció por la “más firme condena a la invasión de propiedades y a todos los actos de violencia o violaciones de las leyes nacionales”, reclamando “la protección de la inversión privada como una herramienta insustituible del desarrollo rural”. Algunos dirigentes del partido –Blas Llano, Carlos Mateo Balmelli, José Ledesma, gobernador de San Pedro–, en cambio, proclamaron “todo lo concerniente a la propiedad privada y reforma agraria merece un amplio debate en el seno del Directorio partidario, que genuinamente representa la voluntad popular del pueblo liberal”.

Franco, que a poco de asumir amagó renunciar en desacuerdo con nombramientos ministeriales hechos por Lugo, fue acentuando sus diferencias, incluso personales con el presidente, postulándose como una alternativa posible para el reemplazo de éste. Su hermano Julio César, vicepresidente del país entre 2000 y 2002, sumó su voz contra Lugo. En 2009, la oposición y algunos ex aliados, montándose sobre el deterioro de la figura del Presidente –al cual contribuyeron sus desavenencias con los liberales, su cuestionada vida personal, y la adopción de una política partidaria del Mercosur y la Unasur, leída como sujeción a Hugo Chávez–, llevaron adelante una campaña mediática anti Lugo, reclamando su juicio político.

Mariana Fassi (2010) ha hecho una excelente síntesis del impacto del modelo agroexportador fundado en la soja transgénica y a su trabajo remito. En el mismo número de *Observatorio Latinoamericano* que incluye ese texto puede leerse otra también destacable síntesis, la de Gustavo Torres González (2010) sobre el papel del paramilitarismo en la represión de los movimientos campesinos, conforme su articulación con “las mafias políticas y los latifundistas”.

Al no desarticular el fuerte poder defensor del orden estatuido, Lugo no hizo más que alfombrar el camino a los destituyentes. Parafraseando a Gabriel García Márquez, cualquier analista atento al movimiento coyuntural dentro de la larga duración, podría haber escrito que el gobierno de Lugo debía leerse como la crónica de una destitución anunciada.

EL GOLPE

LA RESCISIÓN DEL CONTRATO SOCIAL

Milda Rivarola

Las opiniones contradictorias sobre lo ocurrido el 22 de junio de 2012, dentro y fuera del Paraguay, delatan el carácter confuso y oscuro de ese evento. La variedad de categorizaciones orillan el absurdo: golpe de Estado, sustitución constitucional, Golpe parlamentario (con o sin guantes blancos), quiebre institucional, uso de atribuciones legales del Congreso, juicio exprés, mecanismo normal y legal, quiebre o ruptura democrática, etc.

Quizá porque la gravedad de lo ocurrido es, como todo lo esencial, aún invisible a los ojos. Porque en un solo día, a mediados del año siguiente al del Bicentenario, culminó el proceso de degradación de una década: se hizo trizas todo el *contrato social* (Rousseau, 1762) aceptado por la sociedad paraguaya tras la caída del dictador Stroessner. Sus cláusulas “pétreas”, establecidas solemnemente en la Constitución de 1992, venían desgarrándose paulatinamente, hasta que de golpe se rescindió todo el contrato.

Por eso el estupor, de allí el espanto colectivo. Lo brutal de esa rescisión explica el letargo inicial. El Golpe parlamentario rompía el último de sus bastiones, según el cual el gobernante paraguayo era electo por la ciudadanía. El principio esencial de toda República, el más clásico, según el cual la soberanía residía en el pueblo y no más en monarcas ni jefes de tribus.

Las otras cláusulas de ese contrato social habían naufragado silenciosamente en meses o años anteriores. La del imperio de la ley se rompió en 2003, cuando Duarte Frutos, aliado a las bancadas parlamentarias, literalmente “pulverizó” la Corte Suprema de Justicia. En un juicio político algo menos torpe que el de junio de 2012, con veinte causales del libelo, el parlamento

forzó la renuncia de cuatro ministros (respetados juristas, en su mayoría) y condenó a otros dos.¹

Esta decisión tuvo efectos demoledores sobre una justicia en lento proceso de reforma: se tornó un poder lento e inefficiente, politizado, de baja integridad y credibilidad. De los seis indicadores del Banco Mundial (Kaufmann & Kraay) para medir la gobernabilidad de los países a nivel mundial, el de “Imperio de la ley” en Paraguay es el único que permanece en su nivel mediocre (17 a 19%), sin mejorías en la última década.

Como la administración de la justicia carece de una sala constitucional cuyas sentencias sean acatadas como legítimas, cualquier autodenominado “constitucionalista” interpreta hoy la Carta Magna *a piacere*. La corte dicta sentencias definitivas a medida del demandante y no hesita en cambiarlas cuantas veces sean necesarias. Como ese bastión republicano se resquebrajó hasta la ruptura, las crisis entre el Judicial y los otros dos poderes del Estado se tornaron endémicas.

El otro bastión, el de la democracia parlamentaria, con un Congreso electo que representa la diversidad de intereses ciudadanos, venía zozobrando –clientelismo y corrupción electoral mediante– hace tiempo. Pero la reacción ante las reivindicaciones de “indignados” de mayo de 2012 evidenció claramente la ruptura de ese otro pilar. El quiebre final sucedió en dos tiempos: cuando la ciudadanía exigió a sus representantes no dilapidar cincuenta millones de dólares adicionales para sus operadores en el Tribunal Superior de Justicia Electoral, los parlamentarios se plegaron a regañadientes, desconcertados ante esta insólita exigencia del *común*. No se trataba de funcionarios públicos exigiendo mejores salarios ni de campesinos demandando compensaciones por malas cosechas. Eran manifestantes urbanos, de clase media-alta, que no hacían demandas sectoriales sino que exigían derechos ciudadanos.

1. Una Sala Constitucional de la Corte Suprema de Justicia dictaminó, en diciembre de 2009, la inconstitucionalidad del juicio político a estos dos ministros, ordenando su reposición en los cargos. Al mes siguiente –presionada por el Senado–, la misma corte dictaminó lo contrario: dichos acuerdos y sentencias carecían de validez jurídica. El caso sigue judicializado ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH).

Cuando, alentada por el primer éxito, la ciudadanía reclamó el desbloqueo de las listas partidarias, sus “mandatarios” pasaron a la defensiva, reaccionando como *minoría compacta* (Lechner). Allí acabó la ilusión de la representatividad: los senadores trataron a sus mandantes de “turba vendida y alcoholizada”, de “zurdos e ignorantes”. En justa reciprocidad, fueron marcados de inmediato como “senarratas” y “dipuchorros”, como consta en millares de posteos de redes sociales. Los integrantes del Congreso optaron por autorrepresentarse a sí mismos y defender apenas sus intereses partidarios, apropiándose de la soberanía popular.

También según este contrato social, los conflictos sociales se resolvían pacíficamente, por la ley. El campesinado descreía ya de la imparcialidad de los jueces y fiscales, tentados a favorecer intereses de los poderosos, en detrimento de los suyos. El centenar de militantes campesinos muertos por fuerzas policiales o parapoliciales durante la transición, y la ataraxia de la Justicia paraguaya respecto de las tierras malhabidas, justificaban ampliamente esta desconfianza.

Pero el enfrentamiento entre fuerzas policiales y miembros de la Liga Nacional de Carperos, con un saldo de al menos 17 muertos el 15 de junio, echa por tierra lo que restaba de este principio. A partir de allí, la cuestión agraria amenaza litigarse ya abiertamente con las armas. Las organizaciones campesinas entendieron –antes que muchas otras– la ruptura del contrato social: ya desesperan de hallar justicia sobre tierras que el Estado les niega para obsequiarlas a los grandes propietarios, ya no conocen fiscales capaces de separar culpables de víctimas en la masacre de Curuguaty.

Por fin, el juicio político del 22 de junio derogó la última cláusula del contrato de 1992. La más valiosa para la percepción de la gente: el presidente no llega al poder por golpes de Estado, reelecciones amañadas, maniobras de minorías ni sucesiones monárquicas, sino por el voto popular. Un campesino lo expresó con simplicidad y dolor en una entrevista radial: ¿por qué no venderían ahora su voto –la lección repetida hace veinte años por sus dirigentes– si esa papeleta ya no valía nada? Si ahora sabían que la voluntad mayoritaria podía ser robada impunemente por treinta y nueve personas, en menos de veinticuatro horas.

Por eso la gente común, el *común*, reaccionó con incertidumbre, miedo o silencio ante lo que parecía un cambio de Gobierno, pero era en realidad un quiebre social y político mucho más grave. Gente común, la que no lee a Hobbes ni a Rousseau, no reconoce a Habermas, Montesquieu o Lechner, percibió con extrema lucidez que el contrato social bajo el cual habían convivido –mal o bien– durante dos décadas, acababa de rescindirse.

Y los letrados saben que al fenece un contrato –del tipo que sea– se retorna al anterior, recupera vigencia el “consuetudinario”. Es así cómo la élite conservadora paraguaya se apresuró a rehabilitar –con notable eficiencia y memoria– las cláusulas del contrato social anterior: el Stronista. El alegato del abogado Adolfo Ferreiro en el Congreso la tarde del 22 de junio –no el jurídico, inservible ante ese auditorio, sino el político, el del “espíritu de las leyes” y los principios democráticos– confrontó abiertamente este retorno.

Porque ese libelo acusatorio proferido –más que presentado– por un tránsfuga de las carpas oviedo-stronistas a las cartistas² recurría abiertamente a la cláusula madre de la represión dictatorial: los delitos políticos no necesitaban ser probados, por ser “de público conocimiento”. Esa acusación, radicalmente opuesta al contrato republicano y democrático de 1992, fue públicamente aprobada por la casi totalidad de la Cámara, que sancionó de esta forma el retorno al contrato dictatorial.

Cuando el contrato social fenece, se retorna a la barbarie. Un brillante artículo de Luis A. Boh expresa ese retroceso al salvajismo, al planeta de los simios. O al hobbesiano *homen hominis lupus est* (*Leviatán*, 1651), cuando los lobos salen a los campos y entran a las ciudades, porque el contrato anterior ya no es válido y las élites acaban de poner en vigencia el más antiguo. Contrato expresado hoy en la violencia verbal de las redes, en la brutal prepotencia de los “soberanos”, en los editoriales de la prensa comercial y en prácticas policiales que recuperan, con naturalidad, sus añoradas arbitrariedades represivas.

2. En julio de 2012, José “Pepe” Mujica, Presidente de la República Oriental del Uruguay, acusó a Horacio Cartes –candidato presidenciable del Partido Colorado– de estar estrechamente ligado al narcotráfico. [N. de E.]

No es accidental que, de modo inconsciente, analistas locales e internacionales apelen a símbolos de bestialidad animal o humana para calificar la praxis de la “nueva política” paraguaya: desde el retorno de los simios, pasando por el de manada de dinosaurios o bandada de avestruces asustados, hasta la de hombres cavernícolas o trogloditas.

Heridos de muerte los principios republicanos, roto el de por sí endebil tejido social (dos de cada cinco paraguayos siguen sin comer siquiera lo necesario), el contrato neostronista apela una vez más al peligro exterior (el de la Triple Alianza + uno) y al feroz aglutinante ideológico del nacionalismo para reconstruir la fachada de la “unidad nacional”. Y exacerba el miedo colectivo, aludiendo al peligro de guerra civil, amenazando a los “zurdos” o “bolivarianos asesinos” en las calles y en las redes. Se fundamenta una vez más en los arcaicos lemas de la Doctrina de Seguridad Nacional, que ven en los “enemigos internos”, en los “legionarios”, en los “malos paraguayos”, el mayor peligro contra la nacionalidad.

Aunque, considerando sus consecuencias mediáticas, la rescisión de un contrato social paulatinamente resquebrajado en la transición y en la alternancia, está generando un efecto no querido por sus ejecutores. Nunca antes la sociedad paraguaya debatió y reflexionó como ahora sobre política. Está hoy preguntándose en centenares de espacios, foros, organizaciones civiles o sociales qué fue, como se quebró, que será de hoy en más la democracia paraguaya. Inquiriendo qué hicieron mal, cómo quieren convivir civilizadamente los paraguayos –hombres y mujeres– después de este quiebre brutal.

Ni siquiera entre 1989 y 1992 ciudadanos de todas las edades y condiciones sociales cuestionaron con tan intensa curiosidad qué fue realmente la dictadura, cómo pervivieron la corrupción y el clientelismo, cómo actúan aquí y en otros países los partidos políticos, qué son la globalización y la soberanía regional, cuánto destruyen al país la desigualdad y la concentración de activos e ingresos, cuánto de verdad o mentira reproducen los medios y las redes sociales.

Esta crisis se revela, para ellos, una terminal. Pertenecen a una nueva generación paraguaya –la que, al no haber aprendido el miedo, no sabe repetir las miserias ni los oportunismos del

pasado— que hoy está escribiendo, con libertad, igualdad y fraternidad, el contrato social del futuro.

LOS MOTIVOS DEL LOBO

O el Golpe parlamentario

José Carlos Rodríguez

UN RETORNO A LAS TINIEBLAS

Aunque siempre estuvo ahí como amenaza, nadie entendió bien cómo pudo tener lugar el juicio político, tan de golpe. Como en la fábula del pastor mentiroso, se había amenazado tantas veces, que, cuando vino el lobo, nadie lo creyó. En horas, se depuso al Presidente electo. El partido del gobierno (Liberal Radical) se alió para ello con el mayor partido opositor (Partido Colorado), su enemigo hereditario. Juntos arrastraron a las minorías oviedista, Patria Querida y Demócrata Progresista. De 80 diputados 79 votaron por el juicio político, y de 45 senadores, 39 condenaron al Presidente de la República, en un juicio sumario, que se inició diecisiete horas antes y duró sólo tres horas, sin acusaciones concretas ni presentación de pruebas.

En estos casos, para la conciencia de sus testigos, las causas suelen ser posteriores a las consecuencias. Terminó la primavera iniciada con la primera alternancia electoral de la historia. El Partido Liberal, que nunca había llegado al Gobierno a través de elecciones libres, limpias y competitivas, volvió a las suyas. Y, con la aprobación de la gran prensa, la Iglesia católica, casi todos los partidos parlamentarios, la Embajada Norteamericana y, sobre todo, a pedido de gremios empresariales latifundistas, hubo un regreso blando al discurso de la “democracia sin comunismo”, ideología autoritaria que había caracterizado la dictadura derrocada hace veintitrés años.

Pero lo que vuelve no es lo mismo y tampoco regresa al sitio de antaño. Se trata de otro retorno a las tinieblas, de un nuevo oscurantismo. Un guerrerismo sin Guerra Fría, un dis-

curso xenofóbico sin el paraguas del imperio, sin ideología de la Seguridad Nacional, una prepotencia sin poderío, de lo que resulta una nostalgia patética del tiempo que se fue y la expresión de un paréntesis político, un purgatorio cuyo término será el inicio del próximo gobierno electo.

LA SORPRESA DEL GOLPE ANUNCIADO

Según el Presidente depuesto Fernando Lugo, antes de que se materializara, fueron veintitrés las amenazas de juicio político. El hartazgo final comenzó muy temprano. Apenas asumido el cargo, el vicepresidente Federico Franco ya hablaba de deporner al Presidente flamante. Los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas interceptaron y presentaron esta información a su comandante en jefe, al Presidente Lugo, lo que inició la hostil distancia entre Franco y Lugo que duró todo el tiempo del ejercicio de la chapa y terminó con la presidencia de Franco.¹

La tradición golpista era propia de los partidos tradicionales y de las Fuerzas Armadas paraguayas. Pero la impericia de Lugo jugó un papel en el distanciamiento con el Parlamento. Electo con votos liberales, en el marco de la Alianza Patriótica, habiendo derrocado a los colorados, el Presidente buscaba apoyarse en sus adversarios para conseguir un espacio propio que le permitiera gobernar a pesar de la liberal glotonería de cargos, y para generar un tercer espacio, calificado de “zurdo” por la derecha, y ciertamente más de izquierda que aquella. El coqueteo con los colorados le sirvió un tiempo, pero, al final, le salió el tiro por la culata. Si es verdad que Lugo apenas coqueteaba con los colorados, distanciándose de los liberales, fueron estos quienes se aliaron a los primeros para traicionar al Presidente. Predominó la tradición golpista y su desprecio al electorado y su voto.

Como enfatiza la socióloga Milda Rivarola (en este mismo libro), el resultado es el fin de un frágil contrato social democrático, celebrado como alternativa a la dictadura y crecientemente erosionado durante los interminables años de posdictadura. Empresarios, liberales y colorados, la Iglesia y la prensa

empresarial esperaban y deseaban otra cosa de la democracia. Buscaban hacer de otro modo lo mismo que habían hecho con la dictadura. Mantener uno de los sistemas más oligárquicos del planeta. Este punto lo enfatizó el antropólogo Bartomeu Meliá. Se trataba de acelerar el saqueo ecológico y económico del país, reforzando el modelo excluyente y depredador, débilmente amortiguado por el reformismo lugista.

Después del *shock* de los sucesos (al respecto, véase más adelante el trabajo de Carbone), resulta explicable que una experiencia de cambio social tan débil haya provocado una reacción tan contraria. La historia recuerda que el cartero viene dos veces, y la primera vez no suele alcanzar a su destinatario. América Latina está plagada con ejemplos como Hipólito Yrigoyen, Salvador Allende o João Goulart. En Paraguay, Rafael Franco (1936), el primero en proponer un programa reformista, duró un año y medio en el ejercicio de su mandato.

Al hacer cuentas resulta que políticamente era muy frágil un Presidente que llamaba al cambio sin tener un partido, aliado al liberalismo, sin votos parlamentarios, sin prensa, sin influencia en la administración de la Justicia, sin un movimiento social activo que lo apoyara, y con sólo cinco parlamentarios a su favor. Aunque lo esperable era que la oposición le aplicara el torniquete acostumbrado hasta el fenecimiento natural de su mandato, manteniéndolo maniatado para hacer fracasar su gobierno, en lugar de deponerlo.

Es difícil no pensar que los motivos del lobo hayan sido también “emocionales”. Se trata una reacción desmesurada, miope, con un balance negativo para todos. Devastador para el débil proceso de cambio iniciado, el Golpe constituye una victoria pírica para sus triunfadores. El Gobierno está tan lejos de la ciudadanía como de la colectividad mundial. Ni logra consenso del Parlamento para hacer lo poco que le es posible en el corto tiempo que dispone y con la débil autoridad que detenta.

LOS FANTASMAS DEL TERRATENIENTE

El causal oficioso del juicio político fue la muerte de seis policías y once campesinos, una tragedia ocurrida durante un

desalojo realizado por la Policía en cumplimiento de medidas judiciales. No está aclarado si la balacera fue causada por la desesperación espontánea de los campesinos o si fue impulsada por terceros. La tragedia desencadenó memorias históricas. 1931: un Presidente juzgado por la muerte a balazos de manifestantes. 1999: un juicio político iniciado cuando los partidarios del Gobierno mataron al vicepresidente y a siete manifestantes. Aunque el manipuleo de la memoria es evidente. Lugo no disparó como los otros sobre gente desarmada.

El Ejecutivo no tenía control sobre este enfrentamiento ocurrido a más de doscientos kilómetros de la capital, entre campesinos armados y la Policía que cumplía una orden judicial. Habrían sido los campesinos quienes emboscaron e hicieron fuego sobre los policías que estaban negociando con ellos, según las versiones existentes. Razón de más. La muerte de campesinos generó exasperación entre los partidarios de Lugo, quien había prometido reforma agraria, no violencia contra el movimiento *carpero* de los campesinos sin tierra. Y la muerte de policías causó más exasperación entre los terratenientes, que vieron en el conflicto el resultado de la política oficialista de apoyo a la causa de los sin tierra. La amenaza estaba ahí.

Si el *establishment* había logrado impedir los actos institucionales de reforma agraria –a través del Parlamento, la militancia empresarial, la prensa y los tribunales– ¿no podría esta reforma ser impulsada a través situaciones de facto? Todo se complicaba en las tierras de Morumbí (Ybyrapyta). No eran propiedad del latifundista Blas N. Riquelme, político colorado de peso que las detentaba, sino del Estado. Eran tierras con negra historia de desalojo criminal de indígenas y, antes, propiedad de la Industrial Paraguaya, una siniestra empresa yerbatera semiesclavista. Ésa era la cabeza del iceberg. Una inmensa parte de la tierra latifundista es mal habida: ocho de los cuarenta y cuatro millones de hectáreas del Paraguay, según la Comisión de Verdad y Justicia.² No hay catastros rurales completos, la

2. La Comisión de Verdad y Justicia trabajó sólo con la ley y los registros del Instituto de Bienestar Rural, luego Instituto Nacional de Desarrollo Rural y de la Tierra (INDERT), señalando las asignaciones ilegales.

empresa rural no paga ni el irrisorio impuesto a la tierra³ ni otras contribuciones;⁴ se incumplen las patentes ambientales y se hostiga a la secular población campesina. El latifundio veía a Lugo como una amenaza o peligro de que se destapara esta olla de enriquecimiento ilícito, paraíso fiscal, depredación ecológica y exclusión social.

TRANSPARENCIA Y DIPLOMACIA

La geopolítica paraguaya fue simple en el siglo XIX, después de la Guerra Grande. Se apoyaba en Brasil para compensar la influencia argentina y se apoyaba en Argentina para compensar la influencia brasilera. Eso cambió con la proyección política norteamericana, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces hubo armonía tendencial entre la metrópoli del Norte, las submetrópolis argentina y brasilera, y el quasi protectorado paraguayo. Al fin de la Guerra Fría, con el reaparecer del multilateralismo, Paraguay oscila en un nuevo eje Norte-Sur. En ese juego el Gobierno de Lugo era “sudamericanista”: partidario de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), del Mercado Común del Sur (Mercosur), de la ratificación de una nueva cláusula democrática, el Protocolo de Ushuaia II, así como de la entrada de Venezuela al Mercosur. Partidario de todo aquello que rechazaba la mayoría parlamentaria que era “norteamericanista”. El golpe de Estado fue, desde este punto de vista, anti Lugo, anti Mercosur, y en particular anti Venezuela. Lugo diría luego, con ironía, que aquello que no pudo conseguir en tres años, este gobierno lo había conseguido en tres días, con la suspensión de Paraguay: hacer que Venezuela fuera admitida al Mercosur.

El problema entre las *globalizaciones* en litigio no es sólo político sino económico y jurídico. El sistema económico vigente en Paraguay es altamente informal: baja fiscalidad, alta evasión. El gobierno de Lugo impulsaba reglas de juego más transparen-

3. El monto que no se paga, sino muy parcialmente, es de 25 centavos de dólar por hectárea por año (Itriago, 2012).

4. La empresa rural produce el 22% del PIB y tributa menos que el 1% (Itriago, 2012). 53

tes y mayor fiscalidad. En eso Lugo tenía apoyo del Mercosur y de los EE.UU., que se oponen, por ejemplo, a ese comercio triangular de Ciudad del Este, fuente de las fortunas de los candidatos colorados articuladores del juicio político.

Dado que la retaguardia del Golpe es la *economía informal*, los EE.UU. vacilan en dar su apoyo. La “mafia” y el contrabando hacen *lobby* a través de los agroexportadores antifiscalistas propiciadores del Golpe. Políticamente, el Norte simpatiza con la derecha antichavista. Pero económica y jurídicamente se enfrenta contra la economía negra que ganó poderío con Federico Franco. De ahí que diera luz verde al Golpe, sin encontrar en el nuevo Gobierno un interlocutor seguro con quien asociarse. El Golpe es muy norteamericano, pero el Norte desconoce al Gobierno golpista.

GIGANTISMO PARTIDARIO EN CRISIS

De más o menos tres millones y medio de electores, los partidos tradicionales se atribuyen casi tres millones de afiliados, dos millones de colorados, un millón de liberales. Paraguay podría ser el país con más afiliación partidaria del planeta. Los partidos tienen una vocación omnívora, devora-todo. Y rechazan las medias tintas. En su imaginación, cada uno es el *otro* del *otro*, y no hay nadie más que merezca ser interlocutor, salvo que acepten el duopolio partidario. Esta estructura prebendaria y clientelista de los partidos tradicionales se está resquebrajando.

La representación política tradicional está en crisis, los liderazgos globales son inalcanzables. Los liberales no tienen un líder con prestigio y los colorados no tienen ningún líder de envergadura. En las últimas elecciones (2008), los colorados presentaron como candidata presidencial a una mujer sin liderazgo ni carisma entre sus partidarios, altamente machistas. Los liberales se plegaron a la candidatura de un obispo. Habiendo aceptado que Lugo hiciera una *regencia*, no querían soportar que el recién llegado pretendiera o incluso lograra dejar tras de sí un legado alternativo a la hegemonía tradicional. O, al menos, que actuara como un importante elector, capaz de volcar la balanza entre las candidaturas frágiles de los partidos tradicionales. La

intervención de Lugo en el Partido Colorado, apoyando a su Presidenta; y en el Partido Liberal, vetando al candidato más prestigioso, desafió sus dirigencias partidarias.

LA CULTURA DE LOS DOMINANTES

Fernando Lugo cometió otro pecado grave. Tener en su entorno a gente de izquierda, o simplemente, pobre. Es verdad que su entorno incluía también liberales, colorados, técnicos e independientes. Y no había mucha izquierda en puestos decisivos de poder, ni en Agricultura, ni en Obras Publicas, ni en Hacienda, ni en Defensa. Pero frecuentaba gremios de trabajadores, sobre todo campesinos, cuando anteriormente accedían a la “corona” empresarios, militares, políticos o embajadores. La corte de este obispo incluía comensales indeseables. Eso era ominoso para la sociedad más excluyente del continente.

Si los empresarios habían conseguido hacer mejores negocios que nunca (el PIB llegó a crecer en un 15% en 2010), si la Iglesia había mantenido todos sus privilegios, si los militares obtuvieron un 40% de incremento salarial en un solo año, si el Parlamento abría o cerraba la canilla de la administración cuando quería y sin costo político, si la política internacional se había mantenido, en general, dócil al unilateralismo norteamericano, si no hubo reforma de la tierra ni cambios impositivos importantes. Si, en resumidas cuentas, no se habían tocado los intereses de los más poderosos, el Gobierno había dejado de ser exclusividad simbólica de los mandones y estos no se reconocían más en la administración del Estado.

Puede decirse que fue un conflicto “cultural” más que el ataque inaceptable contra la materialidad de los intereses predominantes. Se transgredieron los símbolos y valores de una hegemonía obsoleta, aunque todavía incólume. Aquello que todavía no se estaba haciendo –la reforma social– ya vino a establecerse como agenda del Estado, y por tanto, como amenaza. Como en el cuento, pero en la realidad, Lugo decía que el Príncipe se estaba paseando desnudo, cuestionaba el traje del Rey, la cultura de los dominadores.

Los empresarios, los partidos tradicionales, el Parlamento, la administración de la Justicia, la prensa comercial, gran parte de la Iglesia católica, que no pueden darle un nombre digno a la sociedad oligárquica que defienden, que no pueden acusar con verdad a Lugo por lo que no hizo, combaten a un enemigo inexistente (el socialismo bolivariano del siglo XXI) y, con una mentalidad de Guerra Fría propia del siglo pasado, transformaron al Gobierno en *enemigo*. El sapo de otro pozo, ese obispo en sandalias, con barba, sin corbata, rodeado de pobres, había indignado al *establishment* architradicional de las buenas familias y sus burocracias afines. Al tocar la cultura predominante había sido tocada la cultura del latifundismo, de la informalidad empresarial, de una oligarquía económica, política y cultural que elude la fiscalidad, que hace del Estado un negocio privado y vive encerrada en una hegemonía endocéntrica.

Para la mentalidad antiestatista pero Estado-protegida, paranoicamente anticomunista, Lugo era más que un aguafiestas: constituía un obstáculo en la gestión de sus reclamos exorbitantes. Lo acusaron de sembrar violencia, proteger a la guerrilla, desencajar al Estado y, sin indicios ni pruebas, ni derecho a la defensa, en nombre de la democracia, rompieron con el orden democrático constitucional y lo despidieron.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA COMO RELATO NACIONAL

A propósito del Golpe parlamentario

Rossana Gómez

Sábado 17 de diciembre de 2011. La embarcación (una nave híbrida entre bote y balsa) daba tumbos en la fuerte corriente del Río Paraguay.¹ La propuesta de paseo turístico se convirtió de pronto en un peculiar encuentro con la realidad. No es que antes no hubiéramos estado ahí, que antes no hubiéramos caminado por las calles del microcentro asunceno o por sus bordes costeros. Pero las miradas eran definitivamente diferentes. Había algo en el paisaje, en su composición, que nos desenfocaba. Y entonces, al lado de la majestuosidad del río y su bahía, estaba la deteriorada estructura portuaria; frente a los románticos peñascos, la basura acumulada de días y, frente al nostálgico retrato de los pescadores en sus botes, las familias viviendo al borde de la fragilidad más inminente. O quizás no fue el ojo el que cambió sino más bien la imagen, que por primera vez encontraba el intersticio adecuado para mostrarse tal cual, en la profundidad de sus contradicciones. Era la primera ocasión en que la desigualdad irrumpía y se acomodaba en la cotidianidad de los otros, logrando una visibilidad parojoal: entretenimiento, alegría, descubrimiento, tristeza, impotencia y al tiempo agencia.

1. Puerto Abierto es una iniciativa del proyecto de Ciudadela Cultural, una propuesta de la Secretaría Nacional de Cultura que –con el apoyo de organizaciones– se propuso utilizar el espacio ofrecido por el Puerto Nacional y revitalizar su sentido público dando lugar a varias actividades artísticas, lúdicas y culturales, entre las que se contaron también los paseos en barco por la rivera del Río Paraguay, recorrido que anteriormente no pertenecía a las rutas turísticas.

Viernes 22 de junio de 2012. Un Golpe parlamentario que utilizó un juicio político sumario destituyó en poco más de tres horas al hasta entonces Presidente de Paraguay, Fernando Lugo. Rápidamente, sin ningún tipo de preámbulo, asumió el vicepresidente, Federico Franco. El acto protocolar de posesión fue tan ágil como su evento predecesor; dotado de todas las formalidades que encontró disponibles en la legalidad (excepto la presentación de argumentos políticos o jurídicos).

Días después, el lenguaje se convirtió en un campo de batalla. Los golpistas no se llamaban tales porque dicha denominación destruiría la legitimidad pretendida. Las palabras “constitucional” y “legal” fueron los ejes de su defensa y, por supuesto, la invocación a la democracia como macroescenario de sus actuaciones. Y entonces llegaron los otros términos: Golpe parlamentario, golpe de Estado, Golpe suave, quiebre institucional, juicio sumario. Turbada y expuesta, la democracia y su devenir, ahora parecen depender de la nominación que prevalezca (en la historia interna y en la memoria colectiva) respecto de lo que pasó ese viernes 22 de junio y de los acontecimientos y situaciones que lo propiciaron.

Este breve artículo se propone el examen de este evento desde el análisis de las tensiones de sentidos que la misma construcción de la democracia, como orden social y político, ha generado desde el derrocamiento de la dictadura stronista hasta el Gobierno de Fernando Lugo y las implicancias de su destitución.² Se argumenta que el Golpe parlamentario (más allá de otras consecuencias sociales, políticas, económicas y regionales) evidenció las disputas existentes para la articulación de sentidos comunes y de direccionalidad del significado colectivo de la democracia paraguaya.³

2. Esa reflexión retoma algunos de los resultados de la investigación que realicé para la maestría de Comunicación de la Universidad Javeriana de Bogotá, que lleva por título, precisamente: “La democracia como discurso: sentidos en tránsito. Un estudio de caso en un barrio de la ciudad de Asunción, Paraguay”, presentada y defendida en febrero de 2012. Cabe aclarar que la tesis fue redactada con anterioridad a la destitución del Presidente Fernando Lugo.

3. Una disputa anterior, pero más apegada a la retórica mediática, se había desarrollado (en el primer año del Gobierno de Lugo) entre el Parlamento y la clase política y empresarial y el Poder Ejecutivo respecto de la definición

Desde la alternancia ocurrida en 2008, el discurso social, aquella narrativa macrosocial que incluye “todo lo que se dice y se escribe en un estado de sociedad [...], lo que se relata y argumenta” (Angenot, 2010: 21) empezó a registrar novedades que, aunque tímidas, revelaban los intentos de emergencia de otras voces, rostros, problemáticas y propuestas de soluciones que incluían, si no la definición, al menos tendencias de discusión de proyectos políticos. La realidad social de desigualdad se había tornado visible en nuevos lenguajes y manifestaciones culturales (como el fenómeno de la TV Pública), a veces sutiles, pero de innegable peso simbólico, como por ejemplo los paseos por la Bahía de Asunción referenciados al inicio.

La democracia política fortalecida en la transición (afincada en los resultados esperados por la democracia liberal tales como la libertad de expresión, el fortalecimiento de las elecciones como figura y evento fundante de la soberanía popular, el reconocimiento y la activación de nuevas formas de participación y organización, así como de protesta social, entre otros) a partir de este nuevo escenario, empezó a sostener, ya durante el Gobierno de Fernando Lugo, diálogos más sustantivos con otras demandas sociales y económicas que no habían cobrado, hasta entonces, la potencia que requerían. No, al menos, en el ámbito gubernamental ni en el ejercicio del poder.

El casi mítico problema de la tierra en Paraguay se convirtió no sólo en la exigencia de un derecho, sino en el reclamo de justicia respecto de la distribución de tierras que se había hecho durante el Gobierno de Stroessner y los sucesivos gobiernos colorados. Había una cuenta pendiente de toda la democracia construida hasta el momento que, desde el tema de la tierra, se hacía extensiva hacia la redistribución de riquezas nacionales y la demanda de justicia social.⁴ Irrumpieron también otras interpe-

de la democracia y su orientación. Una proposición legislativa relativa a los alcances del proyecto democrático fue puesta en la escena por el presidente del Congreso Nacional en ese momento. El documento fue firmado por todos los partidos que conforman el Poder Legislativo, menos el Poder Ejecutivo, que argumentó que no se incluyeron sus propios aportes sobre una democracia participativa.

4. Algunas de las demandas contenidas en las narraciones que fueron objeto de análisis en la investigación sobre el discurso de democracia a la que se hace referencia más arriba (*La democracia como discurso*) son: distribución

laciones, como la búsqueda de la implementación del Impuesto a la Renta Personal (que concebía una noción de justicia social más integral que la sola confección de un presupuesto nacional con inclusión social) o el manejo de dineros públicos por parte de los partidos políticos. La misma democracia representativa fue puesta en cuestionamiento en las luchas de ciertos sectores por el desbloqueo de las listas cerradas y el voto de los paraguayos en el exterior,⁵ interrogando acerca de los modos de interlocución con el Estado y asomando el dedo en la problemática de la estructura de los partidos políticos tradicionales.

No es que el Gobierno de Fernando Lugo en sí mismo haya favorecido la emergencia de todos estos sentidos, sino que la propia situación de la alternancia de gobierno ofreció el marco para que dichas significaciones se sintieran con mayor autonomía y fortaleza para ocupar lugares públicos y visibles, mostrando todo el conflicto propio de las configuraciones de los órdenes sociales. Tanto como para que otras fracciones de la sociedad sintieran que sus intereses se encontraban amenazados, especialmente los relacionados a la producción agrícola y ganadera y los vinculados a las identidades partidarias (así como inversiones empresariales extranjeras) y propiciaran un golpe de Estado cuyo principal objetivo fue la interrupción del proceso iniciado. No el proceso gubernamental necesariamente (aunque también), sino el de producción de sentidos, que afectado en su sistema (incluso en su periferia) podría dar lugar a una nueva significación colectiva.

de la riqueza, participación de otros actores políticos, igualdad social y económica, acceso a cargos públicos con base en méritos y no en favores o lealtades partidarias, acción política fundada en la concreción de ayuda y asistencia social sostenida y continua, atención a la parte social, seguridad y tranquilidad, libertad de expresión, trabajo para todos, posibilidades concretas de acuerdos y consensos macrosociales, mecanismos de interacción con el Estado, reconocimiento de los sujetos colectivos como interlocutores válidos en el proceso de construcción de la democracia.

60 5. Todos estos temas fueron objeto de protestas ciudadanas en diferentes momentos de los cuatro años del gobierno de Fernando Lugo.

UN SENTIDO DE ANTAÑO: LA LEGALIDAD

El Golpe parlamentario apeló a la misma democracia política como mecanismo de legitimidad y a los antecedentes de la democracia liberal que ahora había aportado la transición poststronista. En ese sentido se actualizó, extrayendo, sin embargo, su fundamento de arraigadas matrices históricas provistas desde las prácticas políticas stronistas. Los legisladores y partidos políticos que apoyaron el juicio político utilizaron la lógica de que si el mecanismo existe en la norma (más aún si está previsto en una Constitución escrita en los tiempos post Stroessner y, por lo tanto, democrática) es en consecuencia legítimo. Esta noción de legalidad exime la discusión en cuanto a los argumentos “operando en la legitimación de los actos de poder de manera autoritaria” (Laterza, 1989: 149) tal como lo fue en la Era Stronista, no tanto porque la autoridad así lo diga y lo determine (la autoridad), sino porque esta vez las evidencias eran de público conocimiento y no necesitaban comprobación alguna.⁶ Los medios de comunicación masivos y el rumor social (Angenot, 2010) operaron como marcos para dar sustento a esta “legalidad legítima”, construida en la narrativa mediática producto de la democracia liberal de los últimos veinte años.

Pero no sólo en la legalidad buscó el Golpe parlamentario sus fuentes de legitimidad. Conforme avanzaron las reacciones internacionales empezó a hurgar en otros argumentos y los encontró en viejos relatos de nación, utilizados con soltura por la cultura stronista (Soler, 2007), desempolvados ahora para tensionar el concepto de democracia invocado por los países que cortaron relaciones con el nuevo Gobierno. Así surgió de nuevo el mito de la Guerra contra la Triple Alianza y la soberanía amenazada, así como la fragilidad de la independencia nacional para tomar sus propias decisiones. “Paraguay soberano” fue su *slogan* más contundente.

Esta trama de sentidos prendió en el acto, confirmando por qué los órdenes políticos necesitan explicaciones en términos

6. Los legisladores se excusaron de sostener un debate sobre los argumentos para la condena porque los hechos, dijeron, son de público conocimiento y constan en los medios masivos. Tal fue la “prueba” presentada.

representacionales que se conjuguen con las estructuras sociales del contexto (Soler, 2008),⁷ pero que también manifiestan conflictos irresueltos o no abordados respecto, por ejemplo, de los traumas colectivos y su incidencia en la configuración de las subjetividades sociales. Pero aún más, la pretensión de legitimidad del juicio político también recurrió al silencio (al igual que lo hacía el Gobierno stronista) como acuerdo tácito de las mayorías, sin reconocer las críticas y los disensos o al silencio mismo como expresión de desacuerdo. Tal vez fue ésta la razón del desconcierto que se impuso en la sociedad paraguaya ya en la época posluguista: ¿Dónde marcó la democracia su distancia real con la dictadura stronista y el relato de democracia instaurada por su propulsor? ¿Por qué diferenciar las formas democráticas de los contenidos democráticos? ¿Qué subjetividades democráticas se han configurado? ¿Qué sujetos políticos democráticos se han construido? Y por sobre todo, ¿de qué contenido democrático estamos hablando?

EN BUSCA DE LA LEGITIMIDAD PERDIDA DE LA DEMOCRACIA

La transición política posdictadura o el gobierno de la alternancia no tenían porqué resolver la disputa de sentidos respecto de la democracia y a su propuesta, que en suma ha sido, en la historia del Paraguay, la configuración de una comunidad imaginada (Anderson, 1993: 23) y la construcción de un relato de nación, desde antes de la Era Stronista y hasta la actualidad. La democracia, como orden social y político, en ningún tiempo puede pretender cierre alguno. Pero la deuda de esta parte de la historia radica en la falta de reconocimiento del conflicto como

7. Un trabajo que reflexiona en profundidad sobre la legitimidad del orden stronista, y sus orígenes, es la tesis de maestría de Lorena Soler que se referencia en la bibliografía y que en estos momentos se encuentra en proceso de publicación. La posibilidad que ofrece a través de una mirada de *larga duración* –en palabras de la autora– pero articulada con lo contingente, permite comprender, desde la sociología histórica, la complejidad de la construcción de los órdenes sociales y políticos. El presente artículo recoge su perspectiva como aporte ineludible para entender lo que pasa hoy en Paraguay y la falsa dicotomía entre lo legal y lo legítimo.

su motor de búsqueda interior, y del otro con sus propios reclamos de justicia como símbolo de esa confrontación, porque es por allí que pasan los dispositivos que se articulan para lograr la ansiada legitimidad de la democracia.

La democracia política de la transición, como tal, pensó que su principal enemigo era Stroessner, cuya influencia en las prácticas políticas es innegable. Pero en el afán de distanciarse de su configuración soslayó la importancia de distinguir que, precisamente, en esas tensiones de significación se encuentran los elementos en los que la legitimidad puede asentarse (Delich, 1983: 39).

Más allá de los escenarios posibles, la proyección de una democracia alternativa y aún más radical que la que hasta ahora ha tenido lugar en Paraguay reclama la identificación de sus propias fuentes que recuperen para sí los relatos de nación y los eventos significativos de la contingencia histórica;⁸ pero también, esencialmente, el sentido de las vidas cotidianas de las personas, de las comunidades y de sus relaciones con el ejercicio del poder. En suma: de las subjetividades en toda su multiplicidad. Pero esta relación no es sólo con el pasado, sino esencialmente con el presente y las expectativas de futuro.

La democracia debe buscar estrechar vínculos con su propio sistema de producción de sentidos (Verón, 1988), acción que involucra una transformación de las estructuras sociales que calan en los sujetos al tiempo que modifican el rumbo de las significaciones de orden colectivo. Y, como ejercicio plural del poder (Roitman, 2005: 149), encontrará su correlato en las demandas que se le hagan (Laclau, 2006), en cada momento y tiempo, como un acto de recreación permanente.

8. Estas hipótesis acerca de la necesidad de resignificación de los sentidos colectivos e históricos están también contenidos en Soler (2007). Asimismo, la autora abordó el peso de lo simbólico en el relato nacional y su necesaria vinculación con las estructuras y la concreción de las subjetividades.

LOS ACTORES

FRANQUISMO (QUE NO FRANQUEZA)

Rocco Carbone

Si no luchas, ten al menos la decencia de respetar a quiénes sí lo hacen.

José Martí

GENERALES

Quisiera empezar mis reflexiones —que son un signo de solidaridad con la resistencia democrática paraguaya— con una anécdota. 1844: Francisco Solano López lee los manuscritos de un tal Karl Marx. Londres en diciembre. Frío, entonces: comparte una cena con Elizabeth Lynch, su amante irlandesa, y ese tal Marx: sopa de gallina. En un momento de ese antiguo ritual, Marx mira a Elizabeth y le cuchichea: “Usted, que tendrá hijos paraguayos, debe saberlo: el futuro de América Latina será socialista”. Se refiere evidentemente a este siglo XXI y a los gobiernos que estamos viviendo desde el Orinoco hasta el Plata, sin olvidarnos ni del río Coco, ni de ese gran mar Caribe que baña un par de islas que supieron ser brillantes; para decirlo en términos hidrográficos. López, que es medio sansimoniano, se irrita por el desplante de Marx y éste, palmeándolo, agrega: “No se me preocupe, mariscal. Después de todo, ¿qué puede ser peor que Stroessner?”.

En esta anécdota —que tomo de la novela paraguaya *El invierno de Gunter* (1987), de Juan Manuel Marcos— la clarividencia de Marx es bastante acotada. Quiero decir que no llega hasta ese liberal conservador que es Franco. O “Federico”, tal como se lo nombra en el cenáculo político paraguayo: “Federico Presidente”, anunció en su portada *Última hora* luego del golpe de Estado institucional. O aún mejor: “Frauderico Franco,

mandamás pirata, porque te eligieron treintinueve ratas”, según recita el primer verso de un rap de Mario Casartelli, dibujante, poeta y cantautor paraguayo.

El Golpe institucional de Franco ha implicado la ruptura del orden democrático en Paraguay. Pero ya no a la manera de las dictaduras clásicas: quiero decir, Fuerzas Armadas mediante. A diferencia de lo que sucedía en la década del setenta, el neogolpismo ya no las necesita. Ruptura del orden democrático que se llevó a cabo por medio de golpes parlamentarios (ecos de la “dictadura” del capital, el narcotráfico, la violencia). Golpe y ruptura del orden democrático activado por un juicio político de menos de 48 horas que ha reactualizado una gran constante dentro de la historia política paraguaya: el trauma. Pero, ¿qué es un trauma? Aquí la pregunta tiene que ver menos con lo individual que con lo colectivo. Es básicamente un producto: de una crisis o de un estado de *shock* (Klein, 2011). Y el trauma acontece cuando la sociedad está conmocionada; pongamos, por un ataque terrorista (o presuntamente tal, como el del 11 de setiembre en los EE.UU.), una guerra, un tsunami o un huracán, por una cuestión política –un golpe de Estado, puede ser– o por una cuestión económica –un colapso del mercado o la hiperinflación, ahí tenemos por ejemplo los hechos decembrinos de 2001 en la Argentina. En este sentido, ¿podríamos sostener que lo que aconteció en Paraguay el viernes 22 de junio, con el juicio político a Lugo, no fue un trauma? Negarlo, o distraerse respecto de este hecho, sería más que una mera cobardía: sería un acto inmoral.

TRAUMA Y REACTUALIZACIONES LATINOAMERICANAS

Trauma que conmocionó a un importante y amplio sector de la ciudadanía: verificable ese viernes en la Plaza de Armas frente al Congreso, integrada mayoritariamente por organizaciones campesinas, jóvenes y una clase media suelta y fragmentada. Trauma político, social, histórico, económico que en Paraguay reactualiza los fantasmas de un régimen político como el stronato: a partir –por ejemplo– de los despidos masivos por motivos

ideológicos implementados en varios ministerios, en Itaipú Binacional, en el SENAVE (órgano de control de las semillas).

Trauma que más acá reactualiza el “marzo paraguayo” (1999), crisis política que desembocó en la matanza de jóvenes y campesinos llevada a cabo por francotiradores apostados en los edificios adyacentes a la plaza del Congreso; francotiradores que el viernes 22 de junio, una vez más, se encontraban apostados, encapuchados, en esos mismos edificios.

En Paraguay, el juicio político a Lugo reactualiza por lo menos estos fantasmas; digo, si es que no estoy siendo optimista y en realidad reactualiza muchos otros. Pero aquí la pregunta es: ¿Qué otros fantasmas resucita la destitución ilegítima del Presidente Lugo? Destitución que es una violación de la voluntad popular. Sea: si la pregunta la situamos en un contexto geopolítico mayor, el de América Latina, hay que decir que reactualiza el golpe de Estado propiciado en 2002 en la República Bolivariana de Venezuela, en contra de Chávez. Ésa fue la primera y temprana expresión de lo que vendría después por el lado de las derechas más reaccionarias de América Latina; derechas desplazadas en su “histórico papel” de gerentes estatales. Reactualiza varias intentonas a Evo Morales en Bolivia. La crisis política de Ecuador 2010, la Policía Nacional y una porción de las Fuerzas Aéreas sublevadas por la Ley de Servicio Público, aparentemente. Pero sobre todo, por cómo se dieron las cosas en Paraguay, el Golpe reactualiza Honduras 2009. Y no sólo porque el resultado sean dos presidentes destituidos, sino porque se pueden encontrar, activos en ambas situaciones, varios ingredientes comunes: la vieja tradición golpista en trenza con la oligarquía mediática, el empresariado local, las grandes fortunas familiares, los medios de comunicación, la Iglesia. Y además, porque los hechos se dieron en fechas muy próximas: 22 de junio en Asunción, 28 de junio en Tegucigalpa. Ese 28, Honduras sufrió una interrupción del orden democrático y el Poder Judicial –en la institución de la Corte Suprema–, vía una capilla de militares, desterró al Presidente *de iure*. Su lugar fue ocupado por el Presidente del Congreso Nacional –representante, como Franco, de la élite económica local– que se adueñó de los órganos y de los atributos del poder político. Todo eso al cabo de una acción imprevista con un margen de sorpresa cuyo

objetivo inicial era reducir la violencia del acto con el mínimo empleo posible de violencia física. Violencia que luego fue aumentando exponencialmente a cuestas de un pueblo pacífico.

Esas acciones implicaron un reposicionamiento conservador y un Golpe a Zelaya, pero sobre todo a las condiciones de institucionalización democrática y popular en Honduras. Y lo de Honduras implicó abrir un tajo en el entramado del ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América): que no es un mero tratado comercial, sino una propuesta mayor de integración, colaboración y complementación política, social, económica. Que conlleva una toma de distancia respecto de Washington: del consenso neoliberal que las oligarquías dominantes con sus contraofensivas más o menos disimuladas quieren mantener vigente. Vectorizando así las cosas, el Golpe en Honduras puede ser leído como una experiencia de laboratorio para desarrollar estrategias o quizás un modelo a implementar posteriormente, de forma sublimada: allí lo tenemos a Paraguay. De hecho, lo de Honduras quebró un contexto ocupado por El Salvador del Frente Farabundo Martí y la Nicaragua del Frente Sandinista, justo cuando Zelaya estaba planteando alternativas para su país: un nuevo proyecto de desarrollo. Lo acusaron de “desviaciones institucionales”, cuando en realidad pretendía que en las elecciones de noviembre 2009 se abriera la perspectiva de una Asamblea Constituyente con vistas a articular un espacio de participación y *decisión* ciudadana. Ahora, si en este entramado trocamos ALBA por otro organismo regional como el Mercosur, “desviaciones institucionales” por “mal desempeño de sus funciones”, El Salvador del Frente Farabundo Martí por la Argentina kirchnerista y la Nicaragua del Frente Sandinista por el Brasil del PT y Dilma, entonces podemos trazar e imaginar algunos paralelismos, algunas equivalencias entre Honduras 2009 y Paraguay 2012.

SEGUNDO MOMENTO: PARAGUAY

El pretexto para activar el juicio sumario en contra del Presidente constitucional fue la matanza de seis policías y once campesinos en Curuguaty (Departamento de Canindeyú) en

un conflicto desatado por tierras malhabidas por parte de un colorado-stronista: Blas N. Riquelme. Pretexo muy próximo al complot –bastante ensayado– ya que, desde que Lugo asumió, los colorados lo amenazaron con la destitución parlamentaria en veintitrés ocasiones. Destitución que no pudo concretarse hasta el viernes 22 de junio por la falta de respaldo de una parte del Partido Liberal Radical Auténtico (PRLA) que responde a ese liberal conservador que es Franco. Conspiración calculada y con un libreto ajustadísimo en términos de temporalidad política: luego de asumir, las movidas de Franco fueron tan precisas que daba la impresión de medir el tiempo de las acciones políticas no en segundos sino en fracción de segundos. Conspiración guionada de antemano que daba por sentada la sentencia a Lugo antes incluso de que la defensa completara su exposición ante un Senado carente de argumentos y (casi) de discurso; ambas articulaciones fueron puestas de manifiesto por el afiladísimo Adolfo Ferreiro, uno de los defensores del Presidente en el Senado. Senado conformado por colorados, liberales, oviedistas y patriaqueridistas, que condenó a Lugo por un supuesto mal desempeño de sus funciones, destituyéndolo de su cargo. Media hora después, todo estaba listo para que Franco jurara. Los primeros tres actos, simbólicamente relevantes, del nuevo mandatario por la fuerza de los hechos fueron: uno, reprimir con lacrimógenos la manifestación pacífica en la Plaza de Armas. Represión que ahora –eso sí, trocada en amenaza– sufrieron también los senadores Carlos Filizzola y Sixto Pereira cuando senadores golpistas los amenazaron con suspenderlos del Senado por haberse opuesto al juicio político.

Los otros dos actos simbólicos de Franco fueron el atropello a la TV Pública vía un interventor –Cristian Vázquez–, quien exigió a su director, Marcelo Martinessi, la grilla de programación: “de parte del Presidente de la República”. Y el tercero, reunirse con Eliseo Ariotti, nuncio apostólico de la Iglesia Católica. La presencia de Eliseo, a la manera de una ventisca rápida, implicó un reconocimiento al gobierno “franquista” (ésta es una palabra que habría que poner en circulación por lo que reactualiza) en medio de los rechazos en los países de la región. La Iglesia, esa misma Iglesia, que a través de Claudio Giménez –presidente de la Conferencia Episcopal Paraguaya– le había pedido a Lugo

que renunciara a su cargo para “descomprimir la tensión tan grande que se vive en el país [...]; para preservar la paz y evitar más violencia y muerte”.

En definitiva, tres ademanes simbólicos –y no tanto– de la ideología de este nuevo Gobierno. Me voy a detener rápidamente en los dos últimos para desagregar el signo ideológico de este Gobierno “franquista”. Gobierno que, en el mejor de los casos, ralentiza –y en el peor: detiene– los cambios progresistas en América Latina.

FRANCO Y ELISEO

La visita del nuncio apostólico significa más que eso y más también que la misa celebrada en las escalinatas de la Catedral de Asunción a favor del nuevo Gobierno: implica nítidas alianzas con la jerarquía católica paraguaya y, va de suyo, con el Vaticano. Con esa Iglesia que funciona como un poder fáctico cuando nadie la eligió. ¿Cuál es la legitimidad de la Iglesia? En el revés de trama, ¿qué significa todo esto? A nivel de la moral, el retorno de los valores de la familia –una institución sanguinolenta–, con todo lo que esto implica. Una familia entendida de la forma más tradicionalmente ortodoxa posible, en donde la mujer por ejemplo es un sujeto despojado de derechos, con poca capacidad para decidir en los distintos ámbitos de su vida y ni qué decir sobre su propio cuerpo; en definitiva, un ser subordinado al hombre. De esto desciende: estar en contra de la despenalización del aborto (Franco en varias ocasiones se pronunció en contra); tal como se pronunció en contra del matrimonio igualitario. Es sabido que el fundamentalismo católico persigue a los homosexuales por la desviación que eso implicaría frente al modelo de familia clásico: papases, mamases, neneses. Y acá estoy hablando menos de alianzas reveladoras que de derechos. Del ejercicio de derechos que permiten evitar políticas discriminatorias hacia la mujer y en la sincronía hacia la diversidad genérica, la identidad genérica. Derechos y leyes que impactan en las políticas públicas. Concretamente: la ley de salud sexual y reproductiva y materno-perinatal, la ley de atención a víctimas de delitos contra la autonomía sexual o la ley contra toda forma

de discriminación. Un gobierno que se preocupa por un Estado activo en políticas públicas para el desarrollo y para la igualdad social debe pensar en estas cuestiones y no es difícil aventurar en tal sentido que el gobierno franquista no va a hacerse eco de esos derechos y no va a promover esas leyes. Y esto lo verificamos, precisamente, en las alianzas que va entrelazando ese Gobierno.

TV PÚBLICA

Franco intervino una emisora que llevaba un año en el aire y quebraba el relato masivo que proponen los medios concentrados. Medios que se empecinan en descalificar el Gobierno de Lugo. ¿Qué hay que leer simbólicamente detrás de ese atropello? Que una de las características de los sistemas políticos que nacen de golpes –o de los régimenes conservadores– es justamente el monopolio de la información. Sin ir más allá, la Italia contemporánea se distinguió por ser un ejemplo de dictadura mediática. A través del control de la televisión, por medio de la adquisición de diarios y de la principal editora del país (Mondadori), Berlusconi se garantizó, incluso en los momentos políticos peores, una popularidad alta. Y rebobinando apenas un poco en términos ideológicos respecto de Berlusconi, el fascismo italiano dominó los medios de comunicación de masa: *il Musso* había intuido que el control capilar de la prensa, la radio, el cine era un arma más que efectiva para la transformación fascista de la sociedad. Implementó un control riguroso de la circulación de la información tanto a través del monopolio estatal de los medios de información –diarios, cinediarios, radio– como por medio del control y el uso de la censura preventiva sobre el teatro, el cine, la *canzonetta*, los comics, hasta las obras musicales. ¿Qué quiero decir apelando a estos rápidos recuerdos? Que la política, vía los medios masivos de comunicación, en ocasiones, sabe colocarse por encima de los poderes públicos que emanen del sufragio universal. Manipulación mediática, manipulación de las vías institucionales, que el franquismo por lo visto conoce al detalle. Todo esto con vistas a imponer su voluntad en contra de los intereses y los deseos de esa ciudadanía que en elecciones libres, imparciales y limpias votó a Fernando Lugo. Esa fórmula

que combina el esfuerzo de las élites conservadoras y los medios de comunicación, que articulan una interpretación tendenciosa de la realidad, formulando un relato que va en contra de la legitimidad del Poder Ejecutivo, implica instalar una suerte de “ideología parlamentarista” (Abrevaya, 2012).

Por todo esto, es tan importante en la América Latina del siglo XXI la batalla comunicativa. *Democratizar la comunicación*. En este sentido, es todo menos anecdótico que Mario Ferreiro, un precandidato a la Presidencia y conductor de televisión que como tal conoce la cocina de los medios, proponga enfáticamente una ley de medios como la argentina: “Es el debate que tendría que darse en Paraguay: la única forma de contestar a ese relato masivo de un solo sector es democratizando los medios”. Y como símbolo de estos tiempos, uno de los lugares en donde hubo manifestaciones en apoyo a Lugo fue precisamente la sede de la TV Pública: “La gente entendió que era un espacio para defender frente a la concentración de medios” (Ferreiro). En definitiva, ese sitio de información se convirtió en un foco de resistencia al Golpe y el Gobierno franquista tuvo dificultad para meter pie en ese espacio defendido por la ciudadanía. De la TV Pública, de Radio Nacional, de la agencia oficial de noticias IP Paraguay, de la Secretaría de Información y Comunicación para el Desarrollo (SICOM), el franquismo cesanteó a comunicadores considerados proluquistas. Y no sólo en el territorio asunceno, sino también en lugares más periféricos, como Pilar (Departamento de Ñeembucú). Allí, en el programa “Enfoque global”, que se emite por la Radio pública Zp12 “Carlos Antonio López”, las periodistas Laura Falchi, Karen Quintana –con permiso por maternidad– y María Alejandra Acosta fueron cesanteadas. Es por lo menos llamativo que estas persecuciones se dieran en un programa que tomó posición sobre los hechos relativos al Golpe institucional de Franco.

CONJETURAS

En este contexto, el error político de Lugo, quizá fuera no agotar las instancias que podía brindar la política internacional. Me refiero a la presencia de los cancilleres de Unasur, que podía

ser reforzada, eventualmente, por los Presidentes reunidos en la cumbre de la ONU realizada en Río de Janeiro: la Río+20. Y pienso también en el hecho de acatar la Constitución –hecho de por sí saludable y a saludar de forma categóricamente positiva–, pero cuya interpretación fue llevada a cabo por subjetividades políticas tendenciosas que practicaron una “ejecución sumaria”, como dijo Timerman. Un golpe de Estado, en definitiva: “tanto por falta de demostración sustantiva y articulada de argumentos expuestos en el juicio político como por la ausencia de una posibilidad efectiva de defensa” (Abrevaya, 2012). Esas subjetividades tendenciosas desde el viernes 22 de junio vectorizan hacia los cuatro vientos que han llevado a cabo un cambio absolutamente constitucional y ajustado a la ley y, vaya paradoja, en forma pacífica. De todas maneras, para no ser deliberadamente injusto al formular estas conjeturas, también debo decir que de lo contrario –digo: si Lugo hubiera resistido en el Palacio de López– ese trauma del que hablaba hace unos minutos hubiera podido efectivamente reactualizar ese marzo paraguayo en el que se llevó a cabo la matanza de jóvenes y campesinos por francotiradores apostados en los edificios adyacentes a la Plaza del Congreso. Todo eso se dio en el marco del asesinato de Luis María Argaña, vicepresidente de Raúl Grau Cubas. El hecho provocó una conmoción general, que desembocó en una serie de manifestaciones de protesta que exigieron la renuncia de Cubas, considerado responsable del acto; y el encarcelamiento de Oviedo, un militar golpista implicado en los acontecimientos y hombre fuerte de la política paraguaya, de entonces y de ahora.

VOLVIENDO

El juicio político a Lugo y la asunción de Franco ha alterado nuclearmente el equilibrio actual del sistema político paraguayo. El Partido Liberal Radical Auténtico ha abandonado las negociaciones que venía manteniendo con el Frente Guasú, concertación de partidos de (centro)izquierda y, luego de setenta y dos años –desde José Félix Estigarribia–, se ha vuelto a situar en la cúpula del sistema (compartida con el Partido Colorado, que gobernó con hegemonía absoluta hasta Duarte Frutos).

PLRA que ahora estrecha sus filas con la Unión Nacional de Ciudadanos Éticos, de derecha, fundada por Oviedo, justamente; pacto en conversación, también, con Patria Querida –una suerte de lo que en la Argentina es el PRO–, el partido de los empresarios y capitalistas, con vistas a la conformación de un frente del que pueda surgir un candidato para enfrentar al coloradismo en las presidenciales de 2013.

Dentro de apenas un puñado de meses hay una elección presidencial al recodo del camino. Para capitalizar la experiencia política luguista –que dentro de la historia política de Paraguay tiene el mérito innegable de haber quebrado la hegemonía colorada– y hacerla pesar en la dialéctica paraguaya, habría que solapar la ambigüedad y las medias tintas. Con sagacidades, discusiones y otras paciencias, habría que inclinar la balanza hacia una izquierda de perfil nítido. Una izquierda con voluntad de poder y con voluntad de quebrar el viejo sistema político. Quiero decir, una izquierda capaz de crear un Poder Ejecutivo que con más o menos determinación se plantee como horizonte político desagregar los elementos tradicionales de las dialécticas neoliberales. Que por ejemplo sitúe la reforma agraria en el centro que aciona la agenda política, dejando de lado el *Tekoporá: buen vivir* que si bien estaba orientado a la inclusión de los sujetos sociales a través de un incentivo de transferencia para el ejercicio de sus derechos –a la alimentación, a la identidad, a la salud, a la educación–, implicó una cuota de asistencialismo y su finalidad no fue la redistribución de recursos (aunque redundó en la reducción de la pobreza y la extrema indigencia).

Volviendo: la reforma agraria entendida como instrumento de desarrollo económico y social con equidad que vaya en contra de las injusticias provocadas por las formas de tierra malhabida por parte de propietarios, empresas nacionales e internacionales que sopapean todo derecho de las subsociedades campesinas e indígenas. Una reforma agraria entendida como nuevo modelo económico y social que garantice los derechos humanos y los derechos de la naturaleza. Porque sobre los derechos del agro, en este caso, precisamente, se asientan los derechos humanos. Y porque la tierra, la naturaleza no es un mero recurso sino un bien con derechos. Una izquierda que también se preocupe por operar políticamente en términos de negociaciones efectivas,

de tener representación en las cámaras. Y que logre un Estado activo. Activo en políticas públicas para el desarrollo, para la igualdad social y que en este sentido se asiente sobre la base de recaudar recursos suficientes para sostener la provisión de bienes y servicios públicos de calidad –salud, educación, previsión social, empleo, justicia y seguridad– para toda la población en el territorio paraguayo. Y cuando digo recaudar recursos pienso concretamente en esos 400 mil latifundistas “brasiguayos” que tienen el control de las tierras más productivas del Paraguay, con ingerencia en la élite política y económica del país y no quieren actualizar mínimamente los valores de sus tierras.

En definitiva, esa izquierda a construir sobre la base de lo que hay, debería recuperar *lo sido* desde 2008, agregándole unas cuantas consignas de Poder que luego se concreten en políticas tangibles con vistas a garantizar la gobernabilidad en un futuro próximo, y no sólo tan próximo, con vistas a que la política paraguaya, como opción por *default*, no vuelva a su antiguo sistema de predominancia.

LAS CAUSAS DE LA DESTRUCCIÓN DEL ESTADO DE DERECHO

Ricardo Canese

El golpe de Estado parlamentario perpetrado el pasado 22 de junio con una celeridad más propia de las ejecuciones sumarias tiene causas que hoy resultan evidentes. El Gobierno *de facto*, apenas instalado, anunció que no aplicará impuesto alguno a la producción del grano de soja, actividad que deja centenares de millones de dólares de beneficios a transnacionales como Cargill y Monsanto, así como a sojeros y terratenientes como Favero (brasiguayo stronista, que detenta un millón de hectáreas de soja y factura unos 1.500 millones de dólares al año). El Gobierno de Fernando Lugo, en cambio, había planteado la aplicación de un impuesto al grano que se exporta, lo que ha sido archivado por los golpistas.

También anunciaron los golpistas que habrá vía libre a transgénicos, lo que era resistido por el Gobierno de Fernando Lugo. Anunciaron que no habrán más objeciones a los agrotóxicos, que han provocado muertes, enfermedades y contaminación, y fue permanentemente cuestionado por el Gobierno de Lugo. Decenas de funcionarios del Servicio Nacional de Calidad y Sanidad Vegetal y de Semillas (Senave), que tenían una clara postura en contra de los transgénicos, fueron echados por “zurdos”. El *agrobusiness* tendrá vía libre sin controles molestos.

Al mismo tiempo, los golpistas iniciaron de inmediato negociaciones con Río Tinto Alcan (RTA) a escasos cinco días del Golpe:¹ la transnacional de capital canadiense que pretende un subsidio de más de 14.000 millones de dólares en veinte años, según cálculos técnicos del Gobierno de Fernando Lugo. El Gobierno depuesto se había negado durante tres años a abrir

negociaciones con tal transnacional. Ahora, en menos de un mes, el golpista Franco promulgó un decreto por el cual abre oficialmente las negociaciones y toda la información disponible indica que quiere firmar, a “tambor batiente”, igual de exprés que el golpe de Estado parlamentario, un contrato leonino que multiplicará por ocho la deuda externa paraguaya (si el subsidio se pagara con créditos externos a contratar), que hasta hoy es de tan solo 2.000 millones de dólares. En los primeros días después del Golpe, Canadá se apresuró a reconocer a los golpistas, si bien luego tuvo que desdecirse al carecer de apoyo en la comunidad internacional, pero ya queda la evidencia de cuál es el negociado que está entre manos: la lingotera de Río Tinto Alcan, cuyo último nombre significa “Aluminio de Canadá”.

Río Tinto Alcan implantará un verdadero enclave, en base a una inversión de 4.000 millones de dólares, y el golpista Franco pretende darle un beneficio seguro del 40%, es decir, de 1.600 millones de dólares al año, que se originará en gran medida por el subsidio a la energía eléctrica, por lo que el pueblo paraguayo en la práctica deberá trabajar en forma esclava para producir unos 700 millones dólares al año, en promedio durante veinte años, para que Río Tinto Alcan tenga el beneficio que espera de su inversión.

No quedan dudas, entonces, que los principales intereses que estuvieron de por medio en el golpe de Estado parlamentario fueron transnacionales, como los representados por Monsanto, Cargill y Río Tinto Alcan, a más de sojeros y latifundistas como Favero y Blas N. Riquelme, este último ex presidente del Partido Colorado y culpable de la matanza de diecisés campesinos y policías, en una tierra que ya nadie duda que es pública y sobre la cual nunca se debía haber dictado un desalojo. Queda cada vez más en evidencia que se trató de provocar un hecho traumático que precipitara el golpe de Estado parlamentario.

Es casi evidente que este Golpe estuvo planificado desde centros especializados en la materia, radicados en los EE.UU. de América, quizás la CIA. Al imperialismo le preocupa el proceso de integración de América Latina, particularmente el que se desarrolla en América del Sur. El Paraguay era –y el Golpe lo demostró– el eslabón más débil y fácil de desestabilizar. Era el sitio donde los sectores de extrema derecha están más afianzados

y podían hacerse con el poder en forma más inmediata y sólida. La cuestión era, entonces, provocar un hecho traumático. Curuguaty fue el sitio elegido, así como se intentó meses antes en Ñacunday, donde Favero ocupa unas 15.000 hectáreas que serían públicas. En complicidad con la extrema derecha que controla el Congreso, decidieron hacer un juicio político exprés, como efectivamente se ejecutó.

Las cúpulas de los partidos conservadores del país, que controlan cómodamente el Congreso, formarían parte del complot, pues les preocupaba la mayor atención social del Gobierno de Fernando Lugo, a través de una atención pública gratuita de la salud, las mejoras a nivel de educación, la tarifa social del agua potable, el apoyo a la tercera edad y a la asistencia a las familias más carenciadas a través del programa *Tekoporá* (Buen vivir), entre otros. Estos beneficios sociales a través del Estado, sin ninguna discriminación ni clientelismo, minaban las bases prebendarias de las cúpulas de los partidos conservadores del país –Partido Colorado o ANR, Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), UNACE, Patria Querida y el neoconservador Partido Democrático Popular de Rafael Filizzola– que veían con preocupación las elecciones de 2013 con un Gobierno de Fernando Lugo fortalecido y popular. Así, se complotaron, junto con el imperialismo, las trasnacionales mencionadas, latifundistas y sojeros, para apropiarse ilegítimamente del Gobierno, en base a un verdadero golpe de Estado parlamentario, y pasar a disponer de todo el aparato estatal para utilizarlo como fuente de prebendas y contratación de operadores políticos. El plan golpista indudablemente se aceleró en la medida en que el Gobierno de Fernando Lugo vetó la ampliación de la justicia electoral que preveía unos 50 millones de dólares para operadores políticos de los partidos conservadores del país.

De parte de la cúpula del Partido Colorado, tildado por el Presidente Mujica de Uruguay como “narcoloradismo”, se alentó y apoyó el golpe de Estado parlamentario a fin de destruir la imagen de partido democrático del PLRA que había luchado contra la dictadura de Alfredo Stroessner y que hoy su cúpula lo mancha gravemente con un golpe de Estado que destruye al Estado de derecho. A partir de este Golpe, la cúpula de los liberales es tan antidemocrática como la cúpula de los colorados,

de UNACE (Unión Nacional de Ciudadanos Éticos), Patria Querida y PDP (Partido Democrático Progresista), y están todos en el mismo “charco” o fango del golpismo.

La reacción popular que condena el golpe de Estado –pese al cerco mediático impuesto por los medios de prensa golpistas– así como la solidaridad de todos los pueblos del mundo con el pueblo paraguayo y su legítimo Presidente de la República, Fernando Lugo, asusta a los facciosos. No esperaban una reacción popular tan firme, aunque no multitudinaria, como la que ofrecieron los “luguistas” y, también, sectores democráticos y bases populares de los partidos tradicionales. No se esperaban esta reacción, así como tampoco una reacción tan fuerte de parte de los gobiernos representativos de los pueblos de la región en órganos como el Mercosur y Unasur.

De ahí que, el Gobierno *de facto* esté reflotando viejas prácticas dictatoriales y stronistas, buscando desprestigiar a representantes de Gobiernos que triunfaron democráticamente en sus países, desde Lula, Dilma Rousseff, Cristina Fernández y el Pepe Mujica, así como a representantes del pueblo, como el gobernador de San Pedro, “Paková” Ledesma y a los senadores Sixto Pereira y Carlos Filizzola.

El video que han distribuido los golpistas en torno a supuestas declaraciones del canciller de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, no permite escuchar ninguna declaración y simplemente muestra imágenes de seguridad del Palacio de Gobierno, una acusación verdaderamente irresponsable. A falta de hechos, recurren a la intriga, la mentira y la manipulación, lo cual nos hace temer una vuelta al terror de los tiempos de la dictadura de Stroessner y a la puesta en marcha de una represión generalizada y comandada por el Presidente *de facto*, en complicidad con algunos propietarios de los medios privados de comunicación. Si hasta ahora no se han atrevido avanzar en una escalada represiva, es porque el Paraguay está siendo objeto de un análisis permanente por parte de la comunidad internacional.

Los golpistas dicen que no hubo golpe de Estado porque no corrió sangre. Los hechos dicen que el Presidente Constitucional de la República del Paraguay, Fernando Lugo, aún estando en desacuerdo con el proceder de los parlamentarios golpistas,

acató lo resuelto e instó a la paz. Si no hubo derramamiento de sangre no fue porque los golpistas no estuvieran planificando fríamente el asesinato de miembros del único Gobierno Constitucional, así como de manifestantes pacíficos (según la información fidedigna de la que se disponía), sino porque el Presidente Fernando Lugo salió pacíficamente del Palacio de López –que es adonde debe volver para que retorne el Estado de derecho– e instó a todos a mantener la calma. Se concretó así un claro éxito del Gobierno Constitucional de Fernando Lugo, de no dar ninguna excusa para que exista un baño de sangre, a lo que estaban dispuestos los golpistas, tal como denunciamos en su momento responsablemente. Ante la imposibilidad de culpar a Fernando Lugo de cualquier hecho violento el día del Golpe y ante el temor de perder las elecciones de 2013, quieren ahora inventar una supuesta intromisión en asuntos internos de países como Venezuela y Ecuador, que en ningún momento se produjo y ha sido corroborado por todos los cancilleres presentes en el Palacio de López el día del golpe de Estado parlamentario.

Al mismo tiempo, los golpistas, en su vano intento de disgregar a las fuerzas democráticas, han iniciado un masivo despido de trabajadores públicos contrarios al Golpe (no de los afiliados liberales alineados al golpismo, que ingresaron en el mismo momento a funciones públicas), en una clara violación del principio de la igualdad ante la ley y las garantías de no discriminación por razones ideológicas. También han despedido a periodistas de los medios públicos de comunicación, restringieron programas y continúan amenazando a los pocos periodistas que aún no fueron despedidos.

En el caso de Curuguaty mantienen la orden de detención contra sesenta y dos campesinos, por el solo hecho de estar anotados en la búsqueda de tierra en el sitio de la masacre, con la acusación de homicidio doloso (que tiene pena carcelaria de veinticinco años) sin presentar ninguna prueba al respecto, en clara violación del principio constitucional de la presunción de la inocencia. Incluso, mantienen presos a campesinos que claramente no estaban en la ocupación desalojada y que, en algunos casos, apenas trataron de evitar el asesinato (ejecución sumaria) de campesinos heridos de bala en el piso, o que llevaron auxilio a los detenidos en hospitales. El campesino pasó a ser el “enemi-

go” de la oligarquía terrateniente que domina el Poder Judicial, el Congreso y ahora también del Poder Ejecutivo golpista, sin ninguna garantía constitucional, y es perseguido como tal, por ser un campesino que lucha por una tierra propia. Se criminaliza, así, la lucha social.

Los golpistas no sólo quieren concretar suculentos negocios para sojeros, terratenientes, transnacionales agroexportadoras, como Cargill y Monsanto, y para Río Tinto Alcan, empobreciendo al pueblo todo, sino que pretenden criminalizar la lucha social y política de todos los que están a favor del pueblo. Hoy se denigra a los “zurdos”, así como ayer Stroessner perseguía a los “comunistas”. Los actuales golpistas son tan stronistas –autoritarios– como el dictador Alfredo Stroessner.

¿Cuáles son las perspectivas? Difíciles. Los escenarios son de lucha del pueblo paraguayo por recuperar su democracia perdida, luego de haberla recuperado difícilmente luego de treinta y cuatro años de dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989) y de diecinueve años de difícil “transición” a la democracia, de gobiernos corruptos, manejados por stronistas hasta 2008. La transición pacífica a un Gobierno claramente democrático el 15 de agosto de 2008, del gobierno de un partido al de otros partidos, por primera vez en doscientos años de historia, ha sido irresponsablemente cortada por los golpistas, a quienes no les interesa el futuro institucional del Paraguay, sino sus ganancias a corto plazo como lacayos del imperialismo, las transnacionales, los terratenientes y los grandes sojeros.

El proceso que se ha iniciado el 22 de junio de 2012 con el golpe de Estado parlamentario es muy parecido al que se inició el 4 de mayo de 1954, con el golpe de Estado militar del Alfredo Stroessner. Éste se comprometió inmediatamente a llamar a elecciones y a respetar la Constitución. Siempre celebró elecciones y siempre las ganó. Era la “democracia sin comunismo” (en realidad, la “democracia sin democracia”: la dictadura) que fue apoyada –incluso con expertos en tortura– por el imperialismo con todos los medios.

Hoy los golpistas cuentan también con el respaldo irrestricto del imperialismo y del nuevo actor colectivo clave internacional: las transnacionales Río Tinto Alcan, Monsanto y Cargill, cada una de ellas con un presupuesto superior al de todo el Paraguay.

¿Podrá el pueblo paraguayo recuperar la democracia e integrarse a América Latina? No lo sabemos. Sabemos, sí, que la tarea no será fácil. Que es mucho lo que tenemos que hacer. Llegar con información real, crear conciencia y movilizar son las tareas fundamentales para que, más temprano que tarde, el Paraguay se vuelva a sumar al proceso democrático e integracionista de América Latina. Los próximos meses serán decisivos, no sólo para la democracia en el Paraguay, sino en toda América del Sur y para la efectiva integración de sus pueblos.

LOS GOLPES

Algunas consideraciones sobre la reciente ruptura del orden democrático

Ticio Escobar

DE GOLPE Y PORRAZO

El 22 de junio de 2012 un golpe de Estado derrocó al Presidente paraguayo Fernando Lugo, ganador de las elecciones generales de 2008. Treinta y nueve parlamentarios, aliados *ad hoc* para destituir al Presidente, se sirvieron de la figura constitucional del juicio político y en un tiempo prodigiosamente breve invocaron el cumplimiento del proceso correspondiente, depusieron al Presidente y nombraron en su remplazo al vicepresidente, Federico Franco.

Es difícil comprender este juicio exprés sin considerar el escenario histórico donde ocurre. Antes de entrar a analizar otros aspectos del Golpe conviene exponer de manera sucinta algunos componentes que diagraman aquella escena. Desde el punto de vista jurídico-normativo cabe señalar que la Constitución Nacional, promulgada en 1992, actualmente vigente, instala un desequilibrio importante entre los poderes del Estado: el temor a que se repitieran los excesos de la entonces recién derrocada dictadura de Stroessner llevó a incrementar las atribuciones del Parlamento en detrimento del Ejecutivo. Esta asimetría se vio crispada por dos situaciones interdependientes.

La primera tiene que ver con el déficit de hegemonía que, de manera casi crónica, afecta el campo político paraguayo: el Partido Colorado, identificado con la dictadura militar de Alfredo Stroessner (1954-1989), fue, a nivel nacional, el último proceso de constitución de poder en clave hegemónica. La caída

de Stroessner fractura ese proceso –basado, por cierto, en el autoritarismo, la represión y la corrupción– y disemina las fuerzas de modo tal que éstas no pueden rearticularse a nivel de partidos políticos ni de instituciones sectoriales. No existe, por lo tanto, un juego de posiciones hegemónicas/contrahegemónicas, subalternas, en sentido gramsciano. Ni existen ejes definidos de oposición: los actores de la escena política se mueven en un espacio líquido y fluctuante, incapaz de sostener posturas mínimamente estables como para sostener procesos claros de negociación, consenso, alianza o confrontación.

La segunda situación tiene que ver con la inminencia de las próximas elecciones generales, que ocurre en un contexto desconcertado por la citada ausencia de fuerzas hegemónicas. Ninguno de los actores, el Partido Colorado, el Liberal, UNACE, Patria Querida y el Frente Guasú,¹ llega entero a las elecciones y, muy posiblemente, ninguno pueda triunfar solo. El Golpe fue, en parte, efecto de esta imposibilidad de construir acuerdos internos básicos y, consecuentemente, alianzas interpartidarias pero, a su vez, terminó exacerbando esa misma imposibilidad e instalando un clima caótico nueve meses antes de las elecciones.

Dividido, a su vez, por desacuerdos internos y cerrada la vía a toda alianza electoral interpartidaria (resulta inviable concertar con golpistas), el Frente Guasú aparece, en lo inmediato, como el más perjudicado. El golpe de Estado produjo una conmoción que alteró los tiempos de la agenda frentista, desorrientó a muchos dirigentes y militantes, que se encontraron súbitamente en una posición opositora para la cual no estaban preparados,

1. El Frente Guasú se encuentra integrado por veinte partidos y movimientos de izquierda. En la ambigua coyuntura actual paraguaya, el término “izquierda” cubre, con elasticidad, el incierto y variado campo de las posiciones progresistas. El constante empleo de dicho término –marca tanto una reivindicación como señala una denuncia– resulta nuevo en la historia política del Paraguay, en cuyo transcurso, muy poca gente se atrevía a identificarse públicamente como de izquierda o de derecha. A partir del reciente Golpe, esta distinción, que podría resultar fructífera para un debate históricamente postergado, se convierte en un antagonismo radical y simplificado entre “zurdos” y “fachos”, entre golpistas y antigolpistas.

y generó desacuerdos en torno al rol de Lugo en ese nuevo escenario: sin duda, el liderazgo de Fernando Lugo constituye un factor decisivo de cohesión, pero los alcances de su conducción no se encuentran definidos.

A pesar de estos factores adversos, las fuerzas de la oposición (hasta ahora, el Frente Guasú constituye a nivel partidario la única postura opositora al Gobierno de Franco) tienen posibilidades de contar con la adhesión de grandes sectores populares que no sólo se oponen a la ruptura del orden constitucional, sino a la fervorosa causa neoliberal y ultraconservadora del franquismo. El Gobierno usurpador invoca la soberanía nacional como figura defensiva ante la condena internacional, pero abre con entusiasmo el país a los intereses corporativos transnacionales, en detrimento de las conquistas sociales, la participación ciudadana, la integridad del territorio, la protección del medioambiente y la defensa de los recursos naturales del país.

GOLPE BAJO

A la larga, el partido más perjudicado podría resultar el Liberal. No resulta fantasioso suponer otro Golpe detrás del Golpe. Un Golpe asentado por los colorados a los liberales. (Para simplificar, me refiero a ambos partidos como si estuvieran configurados de manera homogénea, dejando de lado el hecho de que uno y otro se encuentran profundamente escindidos.) Sin descartar los otros motivos expuestos en este artículo, mediante el Golpe los colorados le hicieron la cama a los liberales. Utilizo esta expresión en su doble sentido de “facilitar el terreno” y “tender una trampa”. Por una parte, los colorados entregan el poder a los liberales, que cumplen, así, el anhelo histórico, tanto tiempo postergado, de paladejar, aun fugazmente, las esquivas mieles del poder y de emplear al máximo los recursos del Estado para fines electorales. Por otra parte, esta generosa concesión bien puede constituir un presente griego. En primer lugar, rompe definitivamente la alianza de los liberales con los frentistas de izquierda y deja a unos y otros en desventaja en vísperas de la gran contienda. En segundo lugar, arriesga al Partido Liberal a un desastroso (fin de) gobierno. Despreciado

internacionalmente, repudiado por una parte importante de la ciudadanía, inexperto (y especialmente torpe) en el manejo de la cosa pública, obnubilado por el inmediatismo y expuesto a la pronta ruptura del consorcio cómplice (los colorados y los otros partidos menores se volverán opositores apenas se definan las candidaturas y arranque la puja electoral), el Partido Liberal cuenta con muy pocas chances de un aterrizaje digno en el escaso tiempo de que dispone.

Aunque Franco tenga las mejores intenciones y capacidades para desarrollar una buena gestión, y aunque se apresure en inaugurar obras ajenas y se esmerezca en construir una imagen mediática omnipresente y pulcra, el presidente provisional no tendrá tiempo de plantear, desarrollar y concluir políticas públicas que justifiquen el derrocamiento del gobierno anterior. Tampoco podrá beneficiarse demasiado con los frutos de las políticas iniciadas a partir de 2008: el desmantelamiento del aparato del Estado y el despido masivo de especialistas planificadores y gestores (sustituidos, en su mayoría, por operadores políticos), dejarán truncados muchos programas y perdidos importantes recursos estatales en ellos invertidos.

Si los liberales no logran sortear estos riesgos, quedarán marcados con el estigma de haber interrumpido el orden público y el prestigio internacional del país para devolver el poder a los colorados y abortar, así, una conquista histórica en cuya consecución ellos mismos habían jugado un papel fundamental. Esta situación comprometería gravemente el futuro del partido: difícilmente la ciudadanía crítica, así como gran parte de las bases liberales, olviden esta falla al difícil proceso de la transición democrática en el Paraguay.

GOLPE TRAS GOLPE

Ya se sabe que las causas del Golpe son mucho más complejas e involucran poderosos intereses económicos, vinculados transaccionalmente y ejercidos a través del Congreso y los medios de comunicación (los “miedos de comunicación” en el decir de Eduardo Galeano). Estas ligazones, de por sí turbias, se ensombrecen aún más por el oscurantismo de las élites económicas

locales y de la clase política que traduce sus intereses: la paranoíta de las vetustas dirigencias partidarias, así como los prejuicios de ciertos sectores agroempresariales, invocan el temor a los fantasmas de la Guerra Fría para estigmatizar cualquier movimiento interpretado como una amenaza a sus intereses. Es la condena de la diferencia, pilar del pensamiento stronista.

Tras el Golpe han reaparecido otros golpes: términos descalificatorios usados por la dictadura; epítetos que ya habían sido dados de baja por el nuevo orden global (“marxista”, “comunista”, “zurdo”, “legionario”) e, incluso, han surgido apelativos nuevos (“bolivariano”, “izquierdista del siglo XXI”). Aquel temor, retardatario y provinciano, por un lado produce maniqueísmos que polarizan las posiciones diferentes y posponen necesarios debates públicos; por otro, estorba la consolidación de plataformas regionales de desarrollo, provechosos para el país y, obviamente, para los grandes negocios empresariales. La humillante posición internacional del nuevo Gobierno paraguayo ilustra de manera extrema esta situación: aunque las sanciones al país son solamente políticas, es indudable que la lógica del poder estatal condiciona fuertemente todo tipo de vínculo con los demás países. En este contexto, resulta ridículo responsabilizar a Lugo de esta situación: las sanciones están previstas de manera normativa, independientemente de la voluntad de cualquier Presidente. Por otra parte, si se hace responsable a Lugo de la condena de tantos países, se le estaría atribuyendo poderes excepcionales: una gran capacidad de posicionar internacionalmente su Gobierno, aptitud incompatible con el cargo de mala gestión estatal planteado por los golpistas.

GOLPE DE GRACIA

Aun considerados todos los factores recién señalados no termina de comprenderse por qué se decidió echar por la borda el proceso democrático contando con un Gobierno estable (económica e institucionalmente) y a menos de diez meses de las elecciones generales. El Golpe indigna a la ciudadanía, traumatiza la escena preelectoral, impone alianzas indeseables y altera el mapa de las posiciones políticas: patea el tablero democrático en

un momento en que cada jugada requiere un ambiente propicio y una garantía de equilibrio institucional. ¿Por qué, entonces, se eligió este momento? Es importante recordar que el Golpe parlamentario cumple, calculando *grosso modo*, el vigésimo quinto intento de entablar un juicio político al Presidente Lugo; marca el remate de una larga conspiración iniciada posiblemente desde antes de que él asumiera la presidencia. Dado que la gran popularidad de Lugo no se tradujo en una posición sustentable en el Parlamento, bastaba con que cerrasen los números para iniciar un juicio político, anunciado desde distintas bancadas del Congreso en un sonsonete que terminó por volverse fanfarronada rutinaria del insípido discurso parlamentario (y vicepresidencial). El Presidente Lugo comenta que un dirigente liberal le dijo que “el juicio político no depende de letras, sino de números”. No dependía de la ley, la Constitución ni los principios jurídicos del derecho, sino de la cantidad de votos de los parlamentarios.

De pronto, cuadraron los números. Socavado por la ineptitud, el clientelismo y la corrupción, el Congreso paraguayo se encontraba en su punto más alto de desprestigio: apenas un mes antes de que diera el Golpe, indignadas manifestaciones ciudadanas desviaron el intento de una jugarreta de los diputados y, poco después, hicieron huir por la puerta trasera del Congreso a los senadores. Los primeros se ganaron el mote de “dipuchorros” y, los otros, el no menos deshonroso de “senarratas”.

Pero en ese momento las cifras cuadran. La matanza de Curuguaty, tragedia confusa, nunca aclarada, sirvió de arbitrajo excusa para, unida a otras inciertas causas de imputación, iniciar el juicio político, que fue fulminante. “En un solo día, el Parlamento estableció el procedimiento –único en el mundo– para el juicio político (esta figura constitucional no estaba reglamentada); acusó a Lugo, a quien concedió dos horas para presentar su defensa; llamó autos para resolver, los notificó; dictó sentencia definitiva, la notificó; declaró firme y ejecutoriada la sentencia; nombró nuevo Presidente, quien aceptó, juró y fue declarado Presidente Constitucional de la República” (Vargas Talavera, 2012: 27).

Esta celeridad no sólo trataba de evitar las reacciones ciudadanas e internacionales, sino que obedecía al temor de que se deshiciera la alianza de los complotados: una connivencia

aleatoriedad, amenazada en su estabilidad por los vientos caprichosos que mueven los intereses dispares. Pero, aunque en ese instante haya acontecido la esperada constelación de posiciones favorables al Golpe, ¿por qué no pudo esperarse unos meses y cautelar las formalidades legales? ¿por qué correr *en ese momento* un riesgo que comprometía la misma dinámica de las elecciones próximas? Probablemente esa *crasa* irresponsabilidad histórica se justificaba por una necesidad de índole didáctica: la de imponer una lección exemplar. Un modelo de gobierno orientado a un cambio de la vieja estructura socioeconómica del Paraguay constituye un mal precedente: debe ser derrocado. Dentro del esquema retardatario, la sola idea de transformación del Estado era (es) identificada inmediatamente con oscuras intenciones de conformar un bloque boliviarano-chavista-castrista: el llamado “eje del mal”, que incluye, por cierto, también a Rafael Correa y a Evo Morales y, últimamente, a todos los países que conforman el Mercosur y la Unasur. Aunque fuera un día antes de que terminase su mandato, Lugo debía ser derrocado para que la lección quedase clara: en el Paraguay no se admitirá un gobierno que tan siquiera inicie un movimiento de apertura a los intereses mayoritarios.

GOLPE A GOLPE

Desde el primer momento, gran parte de la ciudadanía se mantuvo alerta ante el Golpe. Una multitud importante aguardaba el veredicto –conocido ya de antemano– de los parlamentarios. Los medios de comunicación intimidaban anunciando la presencia de francotiradores (cualquier asociación con nombres propios es casual), con masacres, con desbordes. Atemorizada, mucha gente se retiró, otra tanta permaneció y fue reprimida luego de sus protestas contra la sentencia golpista. Las concentraciones frente a la TV Pública duraron días e incluyeron festivales, performances y disertaciones (programa *Micrófono abierto*); hubo manifestaciones en todo el país, las redes sociales se convirtieron en medios constantes de inflamados debates, cada dos semanas se realiza en la Escalinata de Antequera un festival contestatario llamado *Golpe a golpe, canto a canto*. Se

ha constituido una organización civil denominada Paraguay Resiste, que promueve la realización de conferencias, campañas de denuncia, seminarios y foros.

Ciertas acciones culturales (el pensamiento, la música, la poesía, el teatro) no producen por sí mismas cambios radicales. La resistencia cultural no podrá restaurar el orden público quebrantado ni resolver sus consecuencias graves. Pero es seguro que las fuerzas de la imaginación y la crítica, de la creatividad, la poesía, constituyen reservas de sentido social, reaseguros contra la barbarie. Muchos jóvenes que votaron por primera vez, como mucha gente que sólo desde la caída de la dictadura pudo incidir con su voto, se sienten estafados en su libre arbitrio electoral, hayan o no elegido a Lugo; aceptasen o no, luego, su gestión. Es que –como sostiene Milda Rivarola en este mismo libro– el golpe de Estado ha hecho trizas el contrato social pactado por la sociedad paraguaya tras la caída de Stroessner. “Por eso el estupor, de allí el espanto colectivo [...] el Golpe parlamentario rompió [...] el principio esencial de toda República, el más clásico, según el cual la soberanía residía en el pueblo y no más en monarcas ni jefes de tribus [...]. Es así como la élite conservadora paraguaya se apresuró en rehabilitar las cláusulas del contrato social anterior, el stronista”.

Muchos de esos jóvenes o, en general, de esa ciudadanía defraudada, carecen de canales instituidos a través de los cuales elaborar la melancolía de la pérdida y encauzar los bríos de la indignación. Pero cuentan con núcleos resistentes del imaginario colectivo, capaces de puntuar otros derroteros, de hacer avizorar caminos que no conduzcan regresivamente al modelo dictatorial. En medio de esta crisis, el canto renovado, la poesía y la pasión justiciera pueden ayudar a entrever signos anticipadores y soñar, como lo hacen los guaraníes, otros modelos posibles.

IDEOLOGÍA Y CULTURA

EL PRESENTE DEL PASADO Apuntes para un porvenir político

Ana Inés Couchonnal Cancio

Tratar el retorno del pasado sin nostalgia y con la energía de lo venidero: ¿no es ésta la guerra aplicada del deseo?

Jorge Alemán

PRESENTE

El 22 de junio de 2012 el Presidente electo Fernando Lugo fue destituido por el Congreso paraguayo en un Golpe cuya pertinencia “institucional” pone en evidencia la incongruencia e inestabilidad de la arquitectura jurídica de la democracia paraguaya resultante de un optimismo en el mejor de los casos *demasiado* ingenuo, de la reforma constitucional de 1992 que viene admitiendo límites de estrecho carácter electoral para una democracia con amplias carencias sociales que resguardan tanto la proporción 2,5 a 85% que refleja la distribución de la tierra en el Paraguay, como los absurdos índices de desigualdad, y de paso, la representativa composición del actual Parlamento nacional.¹

Este final de juego resulta un duro obstáculo para el tímido pero potencial arco político progresista en el Paraguay, que por primera vez desde el derrocamiento de Stroessner por parte de su consuegro y socio en 1989, y con quizás una (¿otra?) excepción en 1991 con la elección de un intendente independiente de

1. El “juicio político” fue admitido y llevado a cabo con un total de 76 a favor, 1 en contra y 3 ausencias, en Diputados; más 39 votos a favor, 4 en contra y 5 ausencias en Senadores.

los dos partidos tradicionales (que no logró continuidad a pesar de los aciertos en la gestión), podía empezar a pensar en un desarrollo político nuevo, con la carga que este adjetivo puede tener en un país en el que la *tradición* de hacer política se remonta sin más y con ínfimos matices, nos atrevemos a decir, a finales del siglo XIX con la creación de los mismos dos partidos que desde entonces, alter(c)(n)an el poder.

De hecho, Lugo surge en 2008 como una opción de consenso en la coyuntura de crisis interna del Partido Colorado ligada al agotamiento de un Estado proveedor de prebendas políticas y a la consecuente división de su masa partidaria. La base de este consenso tiene sin embargo, mídala el lector, la entereza de las convicciones del actual Presidente, por aquel entonces candidato a vicepresidente en representación del Partido Liberal, el otro actor sempiterno, junto al Partido Colorado, en el guión de un tragicómico *western guaraní* con las figuras repetidas de, en todos los casos y según el gusto, el malo y el feo, además de algunos extras advenedizos.

En este escenario, el golpe de Estado señala a nivel interno lo compacto de la clase política y dirigente en la defensa de sus intereses económicos y su racionalidad casi feudal respecto del manejo de la cosa pública y la institucionalidad; y en la confusión, la absoluta hegemonía de la práctica política habitual para cooptar conciencias y discursos e incluirlos en su proyecto. Señala también en segunda instancia, la recurrente desarticulación política resultante de la eficiencia estructural consolidada durante los largos años de la dictadura y sus extensiones en la “transición”, que impiden a las organizaciones y movimientos sociales, particularmente campesinos, convertir sus reivindicaciones sociales en logros políticos perdurables que puedan permear la estructura de los partidos Colorado y Liberal dejando de hacerles el juego electoral, un juego que ha consolidado un modelo agroexportador excluyente y dependiente del ensamble transnacional con el monopolio de la soja y las semillas transgénicas y sus extendidas consecuencias en el marco de una estructura latifundio-minifundio de tenencia de la tierra. Desde otro ángulo, consideramos importante tener en cuenta, dada la necesidad de construir liderazgos alternativos responsables, que la pasmosa plausibilidad del golpe de Estado incluye también la

torpeza o incluso un cierto *plus de inocencia* que no resulta aceptable, por parte de quien ejercía el Ejecutivo para hacer frente a las artimañas de la estructura política a la que se enfrentaba, en resguardo, tanto del capital político que la ciudadanía le cediera, como de los logros alcanzados bajo su gestión en varios niveles.

A nivel externo, el golpe de Estado puede entenderse como un intento por parte de intereses ajenos al desarrollo democrático regional, de desestabilizar al bloque instalando mecanismos “novedosos”, aunque no tanto, de injerencia en los asuntos nacionales de los países latinoamericanos, aprovechando la amplia y reconocida experiencia en este tipo de arreglo de la clase dirigente paraguaya, tal como lo indican las inmediatas concesiones a empresas transnacionales apuradas por la incipiente gestión de Franco.

De hecho, en el análisis del último golpe de Estado en el Paraguay, resulta de fundamental importancia la potencialidad política adjunta al contexto regional actual, con el desarrollo particular de las democracias vecinas, lo que configuraba una posibilidad concreta de articulación política más allá del marco habitual en el Paraguay, cosa que la hábil y comprometida política exterior del Gobierno de Lugo no dejó de aprovechar y que es, tal como se comprueba en los documentos resultantes del Golpe, uno de los puntos que, articulando la lectura del todo, se asocia al reclamo de una “inseguridad” constante, que trasluce lo que no puede ser sino la inseguridad respecto del mantenimiento de las estructuras que benefician a la clase dirigente, corrupta, oligárquica, terrateniente, tradicional y en este punto lastimosamente *típica*, del Paraguay.

El reconocimiento del peso político del contexto regional en la definición de estrategias comunes de desarrollo se hizo evidente en el despliegue, ante la postura expresada por el Mercosur, de un discurso agazapado: el del lugar del Paraguay en la Guerra contra la Triple Alianza, condensado en un concepto cuyo peso ideológico obtura la discusión que lo funda: “Paraguay soberano”.²

2. Es decir, dónde reside la soberanía y las formas políticas de su construcción y pertinencia. Bajo el lema “Paraguay soberano” se engloba la serie de reacciones conservadoras que tuvieron lugar tras el Golpe, a través de una campaña quasi publicitaria con distintos soportes (*e-mail*, Facebook,

PASADO PRESENTE

Memoria de cucaracha de archivo. Trescientos millones de años más vieja que el homo sapiens. Memoria del pez, de la rana, del loro limpiándose siempre el pico del mismo lado. Lo cual no quiere decir que sean inteligentes. Todo lo contrario. ¿Puedes certificar de memorioso al gato escaldado que huye hasta del agua fría? No, sino que es un gato miedoso. La escaldadura le ha entrado en la memoria. La memoria no recuerda el miedo. Se ha transformado en miedo ella misma.

Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*

Más allá de la astucia propagandística puesta en marcha para justificar el Golpe, resulta interesante indagar brevemente en la vigencia obsoleta del marco ideológico que regula la participación política en el Paraguay y explica una parte de las reacciones y el eco que el golpe de Estado encontró en el seno de la sociedad paraguaya: la cuestión de la identidad nacional vehiculizada por el relato histórico con un núcleo central en la Guerra contra la Triple Alianza.³ Para ilustrar la vigencia *ideológica* de este discurso hemos decidido apelar a un texto que circuló en Internet

televisión, radio, campañas gráficas, etc.) en las que se rechazaban las sanciones institucionales de los países vecinos ante el Golpe reivindicando la soberanía nacional como si se tratara de una reedición de la Guerra contra la Triple Alianza, que sostuvo el Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay entre 1864 y 1870.

3. En el Paraguay, el relato histórico tiene, desde inicios del siglo XX, un lugar central en la configuración de la identidad nacional y en la inscripción de las características que definen el imaginario de lo nacional vinculado a la política como forma de gobierno. Para Luc Capdevila, la pregnancia de este relato está vinculado a la reconstrucción de una identidad nacional puesta en suspenso desde el final de la Guerra contra la Triple Alianza, debido a la literal desarticulación de los principios que cimentaban la base de la identidad nacional (Capdevila, 2009). Ahondando en esta perspectiva hemos propuesto en otro lugar (Couchonnal, 2010) que la vigencia no cuestionada de este paradigma histórico a lo largo del desarrollo político y social del Paraguay desde la posguerra tiene que ver con una operación ideológica que obtura el potencial político de la historización como dinámica identitaria inclusiva y no excluyente.

y causó “gran revuelo en las redes sociales”⁴ ya que pensamos que el mismo condensa y refleja de manera tragicómica la actualidad que tiene la operación político-historiográfica nacional, así como su amplia aceptación social. De cualquier manera, un vistazo a la prensa o a las declaraciones de parlamentarios y políticos permitirían la misma lectura, dando cuenta de la vigencia de su contenido.

En primer lugar, a pesar de estar dirigido al Presidente venezolano Hugo Chávez, el texto reivindica su carácter apolítico, carácter que se identifica como afín al pueblo, más allá del Gobierno y distanciado de las instancias internacionales: “Estas letras no tienen el propósito pretencioso de tentar influenciar ningún Gobierno, organización de estados, ni mucho menos, sí tengo la intención de tocar la conciencia del pueblo latinoamericano”; a continuación se apela a la tragedia vivida por el pueblo paraguayo a causa de la Guerra contra la Triple Alianza, enumerando la pasada grandeza de “un país pequeño con un pueblo gigante”; esta situación de desventaja es reactualizada en la amenaza chavista, identificada como una “Guerra Fría desatada en todo nuestro continente por el autodeclarado sucesor de Bolívar”. A continuación el Golpe contra Lugo es homologado a una victoria contra Chávez y de paso contra el contexto internacional complotado en contra del pueblo latinoamericano: “Y te aseguro, hermano, que es el comienzo del fin del sufrimiento de muchos pueblos latinoamericanos, especialmente el del paciente pueblo venezolano”.

A continuación el texto retorna al contexto nacional explicitando su marco ideológico, denunciando a los campesinos como agentes financiados por el Gobierno y reivindicando a los colonos brasileños: “¿Sabías que los carperos o invasores violentos de tierra del Paraguay estaban financiados directamente por el gobierno Paraguayo? ¿Sabe Dilma que una de las acusaciones del juicio político es por las invasiones de Ñacunday que son tierras en su mayoría de los 400.000 laboriosos colonos brasileros?”, y

4. “La Guerra Fría en América Latina” (26 de junio de 2012 a las 23:51). Las citas son textuales, puede consultarse el texto completo en: <www.theclinic.cl/2012/06/27/la-polemica-carta-abierta-de-un-paraguayo-a-chavez>. Hemos puesto a circular en Internet una respuesta a esta carta con el título: “A propósito de la carta abierta ‘La Guerra Fría en América Latina’”.

denunciando la “injerencia y manoseo del Gobierno venezolano”. Seguidamente la carta reconoce lo apresurado del juicio, sólo para justificarlo: “Lo que pasó en estos días en Paraguay fue muy triste, en lo personal mi posición fue que el proceso debía ser mejor llevado con tiempos más razonables, pero sabías que nuestra Constitución no reglamenta el juicio político? ¿Sabías que puede hacerse en seis horas o en seis meses? Definitivamente tenemos que corregir este error, ¿pero sabías que los votos en diputados fueron de 79 a favor del juicio y 1 (uno) en contra y en senadores 39 a favor y 4 en contra? ¿Hubiese el tiempo cambiado el resultado final?”.

Como cierre, el autor renueva el reclamo por la desventajosa posición del Paraguay culpando a la historia y a los gobiernos de los demás países de una nueva guerra ofensiva: “Esta vez liderados por el Gobierno ‘democrático’ de Venezuela, esta vez podemos sufrir una guerra comercial de estrangulamiento, pero quiero decirte que esta vez la guerra no la vamos a perder, el Paraguay tendrá su redención adeudada por los pueblos de América Latina ante aquel exterminio de 1870”, intimando entonces a Chávez a “despertar al gigante” reivindicando una historia de “valentía y grandeza”, ya que tal como lo expresa el himno nacional: “La raza paraguaya es vencer o morir, además JAMÁS, JAMÁS SE PUEDE VENCER A UN PUEBLO QUE NO SE RINDE!!!”.

Los puntos centrales de esta “carta abierta” dirigida al Presidente Chávez articulan una serie de mecanismos que fundan una ideología nacionalista *paradójicamente* funcional a los sempiternos intereses norteamericanos en la región (Winer, 2012) y resumen así el espíritu de más de ciento diez años de una historia que tuvo un punto cúlmene durante la dictadura stronista, con la inoculación de un miedo irracional al comunismo, hoy en día transformado en *chavismo*, e igualado inmediatamente con cualquier tipo de reivindicación social, por más inscripta que la misma pueda estar en las necesidades de un desarrollo “liberal” del país. Esta demonización de la protesta social implica otra operación, el borramiento de los actores sociales y sus demandas, en particular del actor campesino, eje fundamental de las reivindicaciones sociales, y del colectivo de jóvenes, surgido en los últimos años, así como la justificación

de su exclusión de los derechos ciudadanos, junto con la consolidación de una cultura pro EE.UU. que viene a ocupar el lugar del héroe bueno y mejor vecino en rescate de este sufrido país a merced del demonio regional. Este discurso es sostenido en operaciones de prensa con la consiguiente hegemonía de la mediocridad del análisis y debate político, sujetos ambos a los paradigmas ideológicos instalados vía la repetición de una historia sacrosanta, basada en héroes míticos y por lo tanto ajena al presente y a la sociedad desmemoriada a la que dio lugar en su desarrollo.

Sólo el reconocimiento de un marco ideológico bien resguardado permitiría desanudar la madeja que permite vincular la alianza conservadora representada por Mitre, el Emperador del Brasil y Flores, con –hoy en día– Chávez, salvo que alguno de los dos polos cambie radicalmente de signo en el mismo discurso de la condena, y difícilmente pueda esclarecerse cómo es que el proyecto bolivariano está a cargo ahora de la Guerra Fría, lo cual deja al descubierto el desconocimiento absoluto del acontecimiento que se convoca así como la ausencia de historicidad de lo que se presenta como un reclamo histórico actual. Sin embargo, el texto de este internauta se inscribe perfectamente en la tradición del discurso patriótico y grandilocuente de la institución histórica nacional en sus máximas expresiones,⁵ que

5. La historiografía nacionalista abreva en discursos que fundan una raza paraguaya ahistórica y mitificada basada principalmente en la reivindicación grandilocuente de un pasado mestizo y glorioso perdido en la Guerra contra la Triple Alianza y desde entonces entronizado como añoranza, y alejado mediante la repetición del mito, de sus posibilidades políticas y concretas de articulación en el presente. Todos los textos de historia nacional reproducen básicamente el mismo esquema. Para muestra basta un botón: “la figura gigantesca del Mariscal López. Esa figura es como el nudo de nuestra historia, principio y fin de nuestra epopeya, clave de nuestro pasado, cumbre y cima, aurora y ocaso, resplandor de luz meridiana, tristeza crepuscular, encarnación de todas nuestras grandezas morales y símbolo vivo de todos nuestros dolores [...] en sus entrañas brama el fuego de su amor desmesurado a nuestra tierra y en su alta frente pensativa parece que bullen los anhelos de nuestra raza” (O’Leary, 1982: 151). Y también, varias décadas más tarde, y de la mano de quien puede considerarse uno de los mejores historiadores paraguayos “la paz se hacía ofreciendo los guaraníes sus doncellas y aceptándolas los españoles. Las indias se prestaban gustosas a este trato, ya que, según Alvar Núñez, de costumbre no son escasas de sus

retorna a la hipótesis de conspiración vecinal como única manera de justificar las ajustadísimas cuentas del presente y sin poder incluir en el análisis una mirada más allá de la identificación con el lugar de la víctima, que perpetúa a los victimarios, y deja entrever además la eficiencia y el arraigo ideológico de cierta frase stronista que, pegada a los vidrios de muchos más autos de los que hubieran sido deseables, circula en todo el país como un mal augurio: “1954-1989: era feliz y no lo sabía”.⁶

PARA CONCLUIR: PORVENIR FUTURO

La presencia del texto subversivo exige una revisión del pasado que explique su presencia y en consecuencia una teoría de la memoria que permita mover las “piedras” enquistadas en las fuentes históricas y en la tradición oral, lugares comunes repetidos a través del tiempo, anquilosamiento de las palabras de quien escribe y dice yo, memoria previa a la escritura.

Nora Bouvet

En el breve recorrido anterior urge indicar, en el enredo, un lugar de articulación política que pueda sobreponerse a la tradición (que acaso pesa como un muerto) en la construcción de identidades nacionales dinámicas que recuperen para sí los elementos expoliados por una clase dirigente sin conciencia que no sea de lucro, y que pone en el exterior la culpa que define su pertenencia.

personas y tienen por gran afrenta negarlo a nadie que se lo pida y dicen que para que se lo dieron si no para aquello. Y, como además eran bellas, tan bellas, que se diferenciaban de las lejanas esposas y novias europeas, sólo en que andaban desnudas, gustó a delicias celestiales aquella singular manera de conquistar una tierra. Los clérigos cerraron los ojos, las armas fueron puestas sobre el pavés, y bajo la dirección y con el ejemplo de Irala se inicio en el Paraguay la más extraordinaria campaña de captación recíproca de dos razas por el camino del amor libre y sin trabas. La poligamia fue la ley constitutiva del primer Paraguay” (Cardozo, 1959: 64). Sin mencionar aquí los excesos edulcorados de las loas a la dictadura por parte de varios historiadores (González, 1986).

102 6. 1954-1989 es el periodo en el que Stroessner ocupó el poder en el Paraguay.

El escenario inaugurado en 2008 dio visibilidad privilegiada en la escena política a las organizaciones campesinas, las cuales si bien siempre tuvieron peso, debieron adecuarse cada vez a la previa estructura de los partidos tradicionales. Al mismo tiempo, una parte de la mayoritaria población joven del Paraguay, ya anteriormente probada (aunque sobre pasada), en la reivindicación social, encontró en el Gobierno de Lugo la posibilidad de entrever una vía de salida y un respiro ante el agobio conservador de una sociedad que se resiste al cambio, lo que se reflejó, ante la barbaridad del Golpe, en el surgimiento de formas novedosas de organización y en el uso de los distintos soportes para elaborar formas creativas de expresión política, y sobre todo en la aparición del interior del país como un escenario viable más allá de la hegemonía asuncena.

Es de esperar que a nivel interno, los sectores progresistas logren desprenderse de las prácticas políticas tradicionales que los subsumen y dejen de hacer depender el futuro de una estrategia de acceso en presente al poder que procrastina los ideales iniciales al infinito; y se esmeren en afianzar una postura comprometida y novedosa desde la base incluyendo *radicalmente* a los sectores postergados y sus demandas, y articulando políticas y fuerzas regionales. Asimismo, sería deseable que el contexto regional pueda a su vez acompañar el fortalecimiento de estos nuevos sectores y de toda forma nueva de participación, fomentando una construcción política regional novedosa, integradora y superadora de la exclusión como mecanismo corriente de la política, teniendo en cuenta la diversidad de actores y escenarios ausentes de una historia que no los nombra.

Finalmente, en el ejercicio de la postura analítica, parece importante retomar una reflexión de R. Barthes sobre el alcance del texto para inscribirlo en el horizonte de una rehistorización entendida como un movimiento que habilite el pasado para expandir las posibilidades en el presente y hacia el futuro:

La intervención social de un texto [...] no se mide ni por la popularidad de su audiencia ni por la fidelidad del reflejo económico y social que se inscribe en él o que proyecta para uso de algunos sociólogos ávidos de recogerlo, sino por la violencia que le permite superar las leyes que una sociedad, una

ideología, una filosofía se otorgan para ser acordes consigo mismas, en un hermoso movimiento de inteligibilidad histórica. Este exceso tiene un nombre: la escritura (Barthes, 1997: 17).

GOLPE O NO GOLPE ¿Es ésa la cuestión?

Ignacio Telesca

Lo acontecido el pasado 22 de junio de 2012 en Paraguay ha concitado la atención no sólo de los gobiernos de la región sino también del mundo académico para tratar de comprender cómo conceptualizar y comprender lo sucedido.

¿Fue o no fue un golpe de Estado? La pregunta no es baladí. De su respuesta depende la suspensión del país de los organismos internacionales, del corte de las colaboraciones bilaterales y de un sinfín de consecuencias. Hasta la escritura final de este texto, 31 de julio, Unasur había suspendido al Paraguay, la OEA aún no se había posicionado y los gobiernos europeos escatimaban su reconocimiento al punto que la misma España de Rajoy había decidido excluir al Paraguay de la XXII Cumbre Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno que se llevará a cabo en Cádiz en noviembre de este 2012.

Sin embargo, no es nuestra intención debatir aquí sobre la existencia o no de un golpe de Estado. Damos por sentado que sí ocurrió y hasta que se encuentre el respectivo nombre creemos que hablar de un “golpe de Estado parlamentario” da cuenta suficiente de lo ocurrido. Pero lo que más llama nuestra atención es lo que se despertó en la sociedad paraguaya tras el Golpe del 22 de junio. Lo que motiva nuestra reflexión es el comprender qué sucedió entre esa multitudinaria y hermanada celebración del Bicentenario del 14 y 15 de mayo de 2011 y el golpe de Estado de junio del año siguiente.

Una constatación primera es la división de la sociedad entre los partidarios del Golpe y los que se oponen al mismo, muy bien representada en los *slogans* de “Paraguay soberano” para los primeros y “Paraguay resiste” para los segundos. Este tipo

de divisiones por supuesto no es nuevo en la sociedad, desde el más trivial a nivel deportivo Cerro-Olimpia hasta el más visceral francista/lopista-antifrancista/antilopista. Sin embargo, lo que llama la atención es el grado de violencia verbal y el imaginario conceptual que se desempolva, el cual se pensaba ya dirimido y enterrado junto con la dictadura stronista. Un claro ejemplo puede encontrarse en los diversos editoriales del diario de mayor circulación en el Paraguay, *ABC Color*. El 11 de julio, a raíz de la división del Partido Colorado (Asociación Nacional Republicana) como consecuencia de las expresiones del Presidente uruguayo, José Mujica, ese diario, en una columna titulada “Estupidez”, no tenía ningún reparo en formular: “El Partido Colorado unido y consolidado sería actualmente una muralla insalvable para la izquierda luguista bolivariana castrista y marxista”. El 15 de julio otro texto editorial del mismo periódico se titulaba “Los legionarios del siglo XXI”, haciendo referencia a los que combatieron junto con los ejércitos aliados durante la Guerra contra la Triple Alianza y equiparándolos con los que ahora se oponían al Golpe. David Velázquez, en un poste en su cuenta de Facebook, llamaba la atención sobre la gran similitud con los discursos del dictador Stroessner. Traía a colación precisamente el Mensaje de Alfredo Stroessner al Congreso Nacional del 1º de abril de 1981 del que pueden extraerse los siguientes párrafos:

Nosotros ganamos el voto del pueblo en elecciones libres, mediante la limpidez de nuestro ideario político y mediante nuestro apasionado trabajo por el bien nacional. Es indigna y vergonzosa la conducta de ciertos malos paraguayos que, sabedores de que jamás lograrán el voto de la ciudadanía porque persiguen planes antinacionales y antipopulares van al exterior a buscar apoyo con difamaciones a su propia Patria. Así fueron, así son y así serán los legionarios: siempre en conjura contra los superiores intereses del pueblo paraguayo. [...]

Para seguir siendo libres y por el bien de la Patria, seguimos practicando una democracia sin comunismo. O sea democracia sin mentiras, sin falacias, sin crímenes, sin atropellos a las libertades públicas ni a la soberanía nacional.

Vemos repetirse entonces conceptos claves como los de 106 “legionario”, “comunismo” y “soberanía” que gozan hoy de

una renovada vigencia y legitimidad. Quien de una manera quizás ingenua, pero precisa, lo expresó claramente fue Paulina Montanaro, nieta del represor Sabino Augusto Montanaro Ciarleti, ministro de Justicia y Trabajo primero (1963-1967), luego ministro del Interior (1967-1989) del régimen stronista, quien en un su cuenta de Facebook posteó:

Ahora que el bolchismo ha sido derrotado tu mayor legado es haber formado una conciencia pública que no cede ante los comunistas y bolches que quieren oprimir con la garra de la ideología radical a nuestro querido Paraguay!! Tres veces salud!!!
Te amo S.A.M.C.

Dejando de lado las hurras, sobre lo que quiero llamar la atención es lo de la formación de la “conciencia pública” paraguaya. Una conciencia que pareciera sigue intacta en un amplio sector de la población, sin distinción de edad y generación. Huelga recordar que el nieto de Stroessner, tras cambiarse el orden de sus apellidos y hacer campaña con un cuadro de su abuelo, hoy es miembro del Senado paraguayo.

Lo que este golpe de Estado deja al descubierto es precisamente esta realidad: el discurso de la dictadura no ha desaparecido, ni tampoco sus técnicas y artilugios. No es que esta constatación nos agarre de improviso. Todos sabemos que a pesar de contar con el Archivo del Terror, el más importante en la región, a pesar de tener entre las manos los ocho volúmenes publicados por la Comisión de Verdad y Justicia, el torturador sigue caminando en la misma vereda con el torturado.

En este mes que transcurrió del Golpe se han realizado diversos análisis políticos explicando las razones del Golpe, los intereses políticos y económicos detrás del mismo y un preciso *racconto*, realizado por Milda Rivarola (en este mismo volumen), sobre la rescisión del contrato social en las últimas dos décadas.

Como historiador lo que más me llama la atención es el uso y abuso que se realiza de la historia, el mismo que se realizara durante la dictadura stronista. Una vez más la Guerra contra la Triple Alianza entra en escena como el núcleo desde el cual entender el presente. No es la figura del Mariscal López (del cual Stroessner se sentía continuador) la que acapara los focos de la prensa sino, por un lado, el paralelismo entre la Triple Alianza

de 1864-1870 y los actuales miembros del Mercosur; y por otro, la figura de los legionarios que lucharon conjuntamente con las fuerzas de la Triple Alianza con los que hoy se oponen al Golpe y apoyan las sanciones que pueda provenir del exterior.¹

Una vez más, la lectura del pasado, y por ende la configuración del presente, se articula alrededor de la guerra. Si a fines del siglo XIX y principios del XX, de la mano de Juan E. O’Leary, la tragedia de 1870 sirvió para una conformación particular de la identidad del re-naciente Paraguay; si tras la Guerra del Chaco, ambas contendidas se utilizaron para justificar gobiernos autoritarios tomando como modelo el de Carlos Antonio López (1844-1862), hoy se la utiliza para justificar un golpe de Estado.

No es la historia lo que interesa, es el uso mitológico de la guerra. Pareciera que nada hubiese ocurrido entre 1870 y 2012. En ese sentido, la dictadura stronista tenía una lectura un tanto más lógica, de una continuidad de grandes hombres, desde el Dr. Francia, los dos López, Bernardino Caballero para recalcar en Stroessner, el segundo reconstructor.² Para la historiografía oficial stronista, dicho gobierno representaba la “tercera época histórica nacional” y su objetivo era “reatar el hilo de la historia” tras el interregno del Partido Liberal en el poder (1904-1936).

La dictadura stronista ha dejado bastantes lacras que aún siguen vigentes, una de ellas es la concepción de la historia. No se trata de una lucha de interpretaciones, sino de una concepción historiográfica anclada en los grandes hombres, convertidos en héroes, transformados en mitos. Instauró esta manera de mirar el pasado y logró que la disputa fuera siempre alrededor de la persona y así la sociedad se dividió entre francistas y antifranquistas, entre lopistas y antilopistas; en otras palabras: entre los

1. *ABC Color* desde la cumbre del Mercosur en Mendoza añade cada día a su edición impresa en el borde inferior de su portada la frase extraída del tratado secreto de la Triple Alianza de 1865: “No siendo la guerra contra el pueblo paraguayo sino contra su gobiernos”; y a su lado, la expresión de Cristina Fernández de Kirchner en dicho encuentro: “Es posición de la República Argentina no tomar ningún tipo de decisión de carácter económico que perjudique al pueblo paraguayo”.

2. Hoy asistimos a un uso vulgar de los acontecimientos, y de una manera parcial y abusiva. Si bien tienen claro quiénes son la nueva Triple Alianza y los nuevos legionarios, no se sabe quién hace las veces de Mariscal López, por ejemplo.

verdaderos paraguayos y los apátridas, legionarios, y a renglón seguido, marxistas, comunistas, terroristas y ateos.

Esa misma concepción historiográfica fue incorporada a los textos escolares, tanto de la escuela primaria como secundaria, y por supuesto por los medios de comunicación stronistas como el programa radial *La voz del coloradismo* o el diario *Patria*.

Cada 1º de Marzo, fecha en que el Mariscal López fue asesinado en Cerro Corá, declarado día nacional de los héroes, y feriado, los medios de comunicación no escatiman espacio para celebrar dicho pasado heroico y es el primer acto escolar que se celebra en las instituciones de enseñanza. Historiografía heroica que aún hoy perdura en la mayoría de los cultores de la historia, sean estos historiadores de profesión o de afición. Incluso a la hora de confeccionar nuevos libros de lectura para cubrir el área de Ciencias Sociales, por más que se incluyan en algunas editoriales temas nuevos (para nuestra historiografía) como el rol de la mujer, historia obrera o de los afrodescendientes, se debe seguir los lineamientos curriculares donde prima dicha concepción heroica de la historia.³

La manera de mirar hacia atrás no es ingenua ni gratuita y en circunstancias como la del golpe de Estado del 22 de junio salen a relucir todas sus consecuencias. Esta manera de leer la historia ha servido como fundamento ideológico de legitimación de dicho Golpe. La lucha por la historia entonces es la lucha por el presente; o dicho de otra manera: el presente también se lucha en la historia.

No son tema de discusión en las redes sociales ni en los medios las causales del supuesto juicio político a Fernando Lugo (ese libelo acusatorio, que abre este libro, por otro lado, es imposible de defender con argumentos mínimamente racionales), ni tampoco si es constitucional o no; toda la carga recae ahora en los malos vecinos (la nueva Triple Alianza más uno) que se entrometen en las cuestiones internas del país y los opositores al Golpe son en consecuencia “legionarios”, “zurdos”, “vende-patrias”. La reflexión no existe, es una mera traspolación ana-

3. Sin dejar de señalar que las obras que incorporan problemáticas nuevas por lo general responden a editoriales como Santillana o En Alianza, cuyo poder de llegada es limitado.

crónica de conceptos. Estos calificativos alcanzan para denigrar y deslegitimar.

Que haya ocurrido un golpe de Estado dado por las facciones partidarias del Parlamento no deja de ser un retroceso en el lento caminar democrático; que el argumento legitimador haya sido el mismo utilizado durante la dictadura de Stroessner es una comprobación de que lo afirmado por Alfredo Boccia Paz en su *Diccionario usual del stronismo* –refiriéndose al discurso de Andrés Rodríguez ese 3 de febrero de 1989– mantiene plena vigencia: Rodríguez puso “fin al gobierno de Stroessner pero de ninguna manera al stronismo” (Boccia Paz, 2004: 209).

No sólo se retrocedió democráticamente, nos damos cuenta, comprobamos que la dictadura aún no se ha ido.

ABC DE UN GOLPE

Gerardo Halpern

Es prácticamente imposible analizar y sintetizar “la situación” de un país en escasas líneas.¹ Más difícil es hacerlo cuando poco o nada es lo que se sabe o se debate sobre el país en cuestión, pues se vuelve necesario reponer tanta información (y, peor aún, reponer tanto debate ausente) que las notas al pie terminan dominando el texto. Sin embargo, el género, el espacio y la velocidad no justifican la desconsideración de ciertos elementos fundamentales que hacen a los procesos políticos de un Estado y de una sociedad. Muchas de esas ausencias hablan más de “miradas” que de “rutinas”, de “ideologías” que de “restricciones”.

Éste es el marco en el que propongo leer estas pocas, incipientes y opinables reflexiones. El país es, por supuesto, Paraguay; el motivo, el golpe de Estado del 22 junio de 2012. Mi interés, evitar cierto facilismo espectacular y arriesgarme a la incómoda propuesta de la reflexión carente de rimbombantes conclusiones.

Paraguay, como cualquier otro, es un país complejo, heterogéneo y conflictivo. Su presente es menos lineal que lo que algunos pretenden. Y si bien el mercado informativo exige veloces intervenciones, es deseable detener el *show* (al menos hacer el intento), para dar mayor densidad al proceso en el que se produjo el Golpe que derrocó a Lugo. Bajo los siguientes

1. El presente texto no se hubiera podido escribir sin la ejemplar lucha que los compañeros de Ápe, Ysyry, Movimiento 138 y Collectif vienen desarrollado desde hace tiempo y que atraviesan muchas de las reflexiones que aquí propongo. A ellos les debo las virtudes que el lector pueda encontrar en él. Como es de rigor, los errores son pura responsabilidad mía. Quiero agradecer a Magui López por haber compartido algunas de las urgentes mesas que se fueron produciendo en Buenos Aires desde el espantoso 22 de junio de 2012.

subtítulos trataré de plantear ejes que –creo– son centrales en el abordaje del proceso actual de Paraguay. Sé que hay más. Pero, ante el riesgo del silencio expectante del imposible texto total, prefiero expresar algunos temas clave. El desafío de una agenda regional; la discursividad hegemónica acerca de una amenaza bolivariana y las negadas complejidades socioculturales tratan de dar cuenta de un conjunto de problemas que no pueden dejar de estar sobre la mesa de debate acerca de un proceso democrático y progresista en Paraguay.

(A)GENDAS

Desde hace varias semanas, Paraguay fue puesto en la agenda mediática (y, previsible y velozmente, retirado de ella), lo que podría resultar significativo si no fuera por las decepcionantes razones que han motivado esta aparición y las homogéneas lecturas que lo han sesgado.

Históricamente, el ingreso de Paraguay en buena parte de la prensa local, salvando las ya clásicas honrosas excepciones, ha estado atravesado por la estereotipación, la homogeneidad y la falta de rigor propia del desinterés que antecede a una noticia: ausencia de análisis, de historización, de opiniones y de pluralidad de voces simplifican la información, en el mejor de los casos, a una visión moralista y, en la mayoría, a un desconocimiento mayúsculo sobre el objeto de referencia.

El tratamiento mediático del golpe de Estado no escapa a estas regularidades o, mejor dicho, incorpora otras no menos preocupantes. La caracterización del *golpe de Estado* bajo la ambigua figura de *crisis política* permite dimensionar el rumbo de algunas miradas e instala la duda de que el Golpe haya sido efectivamente un Golpe. Esta operación se ha verificado dentro y fuera de Paraguay y persiste en los medios que han legitimado uno de los trámites parlamentarios más patéticos protagonizado por la vergonzosa casta política de Paraguay.

La desigualdad (poco más del 2% de la población concentra más del 80% del producto social); la criminalización de la población organizada y politizada; la laxitud jurídica de un país atravesado por sesenta años gobernados por un nacionalismo

berreta que justifica esa desigualdad con un chauvinismo patrioteril; la complicidad de ese nacionalismo con los crímenes impunes de la dictadura de Stroessner –incluyendo la apropiación y reparto de las tierras a favor de los personeros del régimen– y del Plan Cóndor; la debilidad de un Presidente que, carente de diputados y senadores que respondieran a su espacio político fue amenazado desde su misma asunción con la destitución; el vínculo de los capitales locales y transnacionales (no sólo norteamericanos) con la corrupta casta política; los intereses económicos –y la expresión simbólica y jurídica– de esa casta como parte de la clase dominante paraguaya y su relación con los grupos dominantes en Argentina y en Brasil son factores centrales del golpe de Estado. De ese Golpe que algunos pretenden disfrazar de no Golpe.

Pero así como esos factores son fundamentales para explicar el Golpe, el proceso político actual del Paraguay muestra también la emergencia de una resistencia cultural y política novedosa que lejos está de dar por suturado este proceso.

La construcción de espacios plurales de expresión en un país que ha sufrido una concentración informativa como pocos en el mundo, hecho que contribuye a comprender y significar por qué la novel TV Pública (con apenas algunos meses de existencia) se constituyó inicialmente en un punto de referencia central de la resistencia asuncena y que hoy continúa por diversos medios (aunque la agenda se haya retirado hacia otras noticias); la reivindicación de los intentos de la gestión de Lugo por producir *ciudadanía* en un país que durante más de seis décadas montó un Estado dentro del Estado, es decir, montó la prebenda como condición de acceso a derechos básicos, entre ellos el trabajo; la irrupción político-cultural como pocas veces se había visto, desarrollando una movilización social que desnaturaliza el Golpe y alternativiza el monopolio informativo y el folklorismo telúrico; la movilización campesina y los cortes de rutas en diversos puntos del país; los ingeniosos “escraches” que se le realizan cotidianamente a los funcionarios (incluso, a los que decidieron continuar en sus cargos aun habiendo sido designados por la gestión derrocada), denunciados y molestados dentro y fuera del país, forman parte de una escena pública que resiente el relato de la normalidad y la pasividad. Estos emer-

gentes enuncian donde se intenta callar; denuncian donde se intenta naturalizar; politizan donde se intenta estetizar: enunciar “Golpe” es denunciarlo. Y denunciarlo es politizarlo.

Desde mucho antes de junio este tipo de irrupciones ha configurado la esfera pública del Paraguay. Desde el campo y la ciudad; desde adentro y desde afuera de las fronteras. El Paraguay que llevó a la victoria electoral de Lugo en 2008 es un *Paraguay transicional* en el que se ha evidenciado una conflictividad que pone en discusión la misma historia del país y la lógica del poder que la ha estructurado. En definitiva, ha puesto en la arena pública una batalla política, económica y, por cierto, cultural. Esa batalla, transición de la dictadura a la democracia, supone procesos sumamente complejos y fragmentarios que se perfilan como desafíos ineludibles para el progresismo del Paraguay.

Estos elementos, ausentes en la tematización mediática, recorren las especificidades de este golpe de Estado y sus derivaciones y forman parte de las ausencias que, veloces por clasificar, pretenden codificar el indeterminable territorio de la lucha social. Que sea la sorpresa sobre el golpe de Estado lo que condujo la mirada hacia Paraguay evidencia, como efecto no buscado, cuán poco se sabe de otros territorios, de procesos sociales, de sistemas políticos, de represiones, de representaciones legitimistas, de anquilosamientos, de las debilidades para transformarlos y de las emergentes resistencias democratizadoras. En cierto modo, un fuerte desconocimiento histórico y contemporáneo regional –que recorre a los estados latinoamericanos más allá de las coyunturas en las que fue puesto en cuestión– pareciera sobrevivir a los avances del Mercosur, a la Unasur y a las relaciones bilaterales actuales. Reconocerlo permitiría, cuanto menos, preguntarse cuáles son los desafíos para los pasajes del silencio a la comprensión. La construcción de una agenda regional (política, histórica, académica) habilitaría reponer ciertas complejidades allí donde las espectacularizadas simplificaciones resultan funcionales para determinadas interpretaciones de la historia, de la coyuntura y de las relaciones sociales. Es decir, permitiría denunciar las operaciones de tematización (no sólo mediática) y sus implicaciones reduccionistas.

Así, además de dimensionar con mayores elementos qué ocurre en Paraguay, se podría interpretar más certeramente

algunas claves que se ponen en juego en este Golpe. Se podría ver más nítidamente la densidad histórica y política del enfrentamiento cultural que se abre y que hace a la primera reflexión que me interesa proponer.

(B)OLIVARIANOS INVASORES

En continuidad con su endeble transición a la democracia –que, sin ser original, en mi opinión recién se inicia en 2008 y hoy está al borde del abismo–, con el Golpe y sus formas de simbolización se evidencia *una escritura de la historia y del presente del Paraguay*: los sectores que vuelven a montar el stronista aislamiento (simbólico) victimizante en tensión contra quienes –aún con enormes debilidades– han procurado una articulación (política) progresista regional. El texto hegemónico del Paraguay ha combinado, histórica y armónicamente, la enajenación transnacional con el “aislamiento” discursivo. Es decir, articuló una clase social que ha gobernado el país con una impronta simbólica nacionalista en simultáneo con su apropiación, privatización y extranjerización de los recursos del país (Glauser, 2009). Esa construcción ha tenido su más clara expresión en el régimen stronista (1954-1989), aunque la caída del dictador no implicaría la reversión de esa matriz (Palau, 2011).

De hecho, el Partido Colorado nunca abandonó las riendas del Estado, ni siquiera cuando fue derrotado por Lugo en las elecciones nacionales de 2008. Las contradicciones y debilidades de la Alianza Patriótica para el Cambio (cuya implosión fuera promovida desde su Ala Derecha, encarnada en el vicepresidente liberal Federico Franco) permitían que, incluso en su propia crisis, el actor central de la política paraguaya siguiera siendo el ANR-PC.

Dominio del Parlamento mediante, las fuerzas tradicionales nunca dejaron de controlar los espacios políticos, jurídicos y económicos del país (López, 2010). Al punto que “prestar” el Palacio de López durante un lustro, al Partido Colorado no le resultó –al menos por ahora– mayormente gravoso. El relato chauvinista-stronista-colorado ha sido fundante y estructurante de las representaciones que Paraguay ha construido sobre su “na-

ción” (Soler, 2008). El enemigo externo permanente, la lectura de la Guerra contra la Triple Alianza (1865-1870), la del Chaco (1932-1935) y la interpretación monocorde, lineal y chauvinista de ambas han permitido a una clase oligárquica legitimar la desigualdad de la que ha sido su principal beneficiaria y sostenerla desde un determinismo que, ciento cuarenta años después, sigue siendo el recurso explicativo para uno de los países más desiguales del mundo.

Desigualdad, plutocracia, narcotráfico, pobreza, paramilitarismo, latifundio, agroexportación, sojización, agrotóxicos, descampesinización; represión; expulsión poblacional, etc., son subsumidos bajo un relato que ubica en la amenaza exterior y en los grupos progresistas, las causas, las consecuencias y su inamovible determinación. Todo lo que ocurre en Paraguay es culpa de Argentina, Brasil y los *legionarios* de hoy. Si fuera posible incorporar a Venezuela en la Guerra de 1865 se lo haría con fruición: desde el día en que Lugo llegó al Palacio de López, fue acusado de chavismo, síntesis de la amenaza que ataca al Paraguay: la externa, la roja.

La invocación constante de *la decimonónica guerra* desmarca a los beneficiarios del siglo XX y XXI (vueltos invisibles) bajo la alfombra de los Estados de ayer (vueltos a-históricos). Ese marco permite la demonización del “factor regional”, elemento que en los días posteriores al golpe de Estado fue recurrentemente actualizado y habilitó la referencia al imperialismo porteño, al brasileño y a la irrupción apátrida (o vendepatria) de los *legionarios* (ayer castristas, hoy chavistas).

Esa trama se inscribe y se vuelve inteligible en el histórico nacionalismo, nuevamente amenazado por el poder del enemigo invasor y por los “malos paraguayos” que jaquean la soberanía y la independencia del país. Esa soberanía y esa independencia defendidas por la dictadura que logró desterrar (y aun resiste) la amenaza comunista que intentara (y hoy, encubierta desde Caracas, vuelve a intentar) invadir y continuar la Guerra Fría en Paraguay. Esa soberanía e independencia que sostuvo la dictadura más larga del siglo XX en América Latina y proclamó ser la “Democracia sin comunismo”, con sus cientos de torturados y desaparecidos; sus miles de exiliados y sus millones de hectáreas malhabidas.

Síntesis de ese nacionalismo hegemónico es la opinión de Víctor Pavón, publicada en el influyente periódico *ABC Color* el 23 de julio de este año. Allí, el decano de UniNorte “analizaba” que la suspensión a Paraguay del Mercosur

muestra que persiste en la actualidad el intento de los malos gobiernos, en este caso los actuales que representan o mejor dicho mal representan a los intereses de los brasileños y los argentinos. La suspensión no ha sido otra cosa que la reiteración de las antiguas pretensiones de convertirnos en una provincia fundada en los execrables fundamentos del colonialismo que alguna vez imperó en el Paraguay, y que hoy algunos compatriotas pretenden reeditarla, siendo acertado el calificativo de “legionarios” para identificar a aquellos paraguayos que se dicen patriotas pero están dispuestos a vender la patria a los intereses extranjeros con tal de lograr sus propósitos políticos coyunturales.

Esta demonización político-regionalista no es un elemento sorprendente en la coyuntura ni en la historia paraguaya. De hecho, ha sido una constante en la arena política local. Y no es casual que el derrocado Presidente se haya visto impedido de designar a los embajadores en Argentina, Uruguay y Brasil. En los dos primeros casos, el Senado se lo impidió durante dos años; en Brasil directamente durante todo su mandato. Ello limitó la posibilidad de avanzar en políticas regionales articuladas, debatidas y polemizadas.

La oposición pretendió mantener su estratégico aislamiento allí donde el ex obispo procuró construir vínculos estratégicos (aun con las conflictividades inherentes a la compleja y desigual relación entre los socios del Mercosur). De hecho, el libelo acusatorio esgrimió como fundamento de su *mal desempeño* la promoción del protocolo de Ushuaia II, un protocolo de protección democrática del Mercosur al cual el Parlamento paraguayo consideraba –anticipadamente, pues ni siquiera lo trató– violatorio de su soberanía y su independencia.

En cierto modo, el aislacionismo de los sectores tradicionales reivindicó una posición antirregional, sobre todo por los riesgos que ese espacio podía implicar para los históricos privilegios sobre los cuales las clases dirigentes han sostenido su poder. Y no se trata aquí de suponer que el Mercosur o la Unasur sean la panacea de

nada (como pudo creer cierta ingenuidad progresista *a posteriori* del Golpe). Pero sí que la negativa de las clases dominantes paraguayas a estas instancias –y, en consecuencia, a definir políticas en relación con esos tratados– ha respondido principalmente a su forma de continuación de un tipo de desarrollo local peculiar. Por ello, Mercosur (como cualquier otra referencia política) no significa lo mismo en cada lugar ni en cada sector social ni en cada momento histórico. En el marco político institucional del Paraguay, “región” implicaba “democratización” (con sus límites, indudablemente, de los cuales no hablaré en este breve texto). Y no tanto por “la positiva”, sino más bien por “la negativa”. “Región” se convirtió en una limitación a determinadas lógicas del país que, así como encontraba amplios sectores favorables a su transformación, encontraba a otros tantos dispuestos a pelear por sostener sus históricos beneficios.

Quienes llevaron a cabo el Golpe sabían que Paraguay sería suspendido del bloque. Sin embargo, dicha suspensión no necesariamente era perjudicial para sus intereses. El aislacionismo nunca fue impedimento para que la oligarquía paraguaya condujera los destinos (y la riqueza, obviamente) del país. El andamiaje simbólico de esa hegemonía, a su vez, le posibilita a esa misma clase victimizarse desde el chauvinismo alimentado –entre otros– por sus principales y homogéneos medios de comunicación.

Por todo ello, la sencillez con la que algunos grupos celebraban la –lógica y legítima– suspensión de Paraguay del bloque apuraban mediáticamente sus conclusiones sin reflexionar acerca de los costos que dicha decisión podría traer. Y no lo digo porque suponga que debería haberse hecho otra cosa. No. Sino porque calibrar el análisis exige generar respuestas “previsoras” ante la interpelación que los sectores progresistas del Paraguay reciben en calidad de “antipatrias”. Estigma de fuerte raigambre en Paraguay y con importantes usinas de expresión.

(C)OMPLEJIDADES

Evidentemente, no considero que haya una sola lectura,
118 aunque sostengo que sin una interpretación histórico-cultural se

corre el riesgo de plantear un determinismo que limita el análisis de la situacionalidad en la que el golpe de Estado ha sido posible. Su dimensión económica ha sido ampliamente denunciada (aunque haya estado ausente en los grandes medios); intereses vinculados a la utilización de agrotóxicos no autorizados y resistidos por la gestión de Lugo; presión de grandes corporaciones que pretenden acceder a los importantes recursos acuíferos del país; la estratégica ubicación geopolítica y la implantación de bases militares norteamericanas en el territorio; agronegocios de grandes productores y exportadores de soja (posiblemente, Paraguay sea el país de mayor producción de soja por habitante del mundo). Sin embargo, esa dimensión se sostiene en una permanente criminalización de quienes resisten la estructura productiva y de propiedad del país. La represión alentada por los terratenientes –latifundistas con fuerzas armadas propias capaces de masacrar a un puñado de campesinos sin tierra– y reclamada por la casta parlamentaria constituye una especificidad local que debe ser analizada, puesto que evidencia la persistencia de determinadas formas administrativas de la *cuestión social* en Paraguay. Es decir, evidencia cómo el Poder regula o administra la conflictividad, sea por la tierra o por el producto social.

En ese marco debe observarse que el campesino paraguayo ha sido un sujeto históricamente estigmatizado. Su habla en guaraní ha sido analogada con el “atraso” (en simultáneo a su celebración nacionalista). Su organización ha sido criminalizada y reprimida (a la vez que celebrada desde el folklorismo telúrico despolitizador). Su mistificación ha sido aquella de la domesticidad hegemónica: elogiar su fuerza, resaltar su destreza para el trabajo, esgrimir su virilidad y poetizar su devoción por “la” mujer (la tierra y la patria). Sobreexplotación y machismo conviven como disciplinadores sociales que criminalizan cualquier cuestionamiento a ese emplazamiento.

Es decir, el campesino paraguayo expresa un lugar social fuertemente marcado por las élites como *lugar fronterizo*: en tanto sujeto domesticado es reivindicado como una esencialidad cercana a la tierra, a la naturaleza; en tanto sujeto movilizado, es estigmatizado y criminalizado. En la actual coyuntura, su denominación como “carpero” (estigmatización que, por más que se vuelva emblema, no deja de condicionar su lugar de habla)

antecede su señalamiento como “usurpador”. Las tierras malhabidas dejan de ser una apropiación ilegal e ilegítima del poder cuando quien disputa la tierra es construido como *invasor*. Esta operación oculta las formas de clasificación (y sus consecuencias políticas) de los actores en conflicto. El papel de la oligarquía local en estas elaboraciones ha sido central, puesto que permitió delimitar la legitimidad de los actores sociales.

El campesino, el sujeto de la loma, el expulsado de la tierra, en tanto emblema nacional, debe soportar las inclemencias de su misión. Su fuerza y su amor lo permiten. Glorificado este campesino, se condena su organización y su lucha. Aquí ya no se trata del imperialismo norteamericano, ni de la Triple Alianza. Se trata de las formas locales de ejercicio de la dominación que atraviesa el relato político y cultural del Paraguay.

El reclamo de mayor represión contra los campesinos se inscribe en esta deshumanización del campesino, en su erosión como sujeto político. Lo que diputados y senadores reclamaban a Lugo era la eliminación del *sujeto político campesino*, no del campesino que ha de seguir siendo celebrado por los discursos nacionalistas y chauvinistas colorados.

En lo que hace a la estructura burocrática, el Gobierno de Lugo pretendió construir andamiajes para la modernización de la gestión pública. Democratizar el Estado, propender a su transparencia, realizar concursos abiertos, generar, en fin, la dimensión de *lo público como derecho de la ciudadanía*. Es decir, producir una igualdad por fuera del discrecional poder de los tradicionales dueños del Paraguay. Ello supuso el riesgoso debilitamiento de quienes, siendo el Estado dentro del Estado, han sido los propietarios de los derechos de los paraguayos.

La independencia y la soberanía de los dueños de los recursos materiales y simbólicos implicaron, tras el Golpe, el despido de quienes se identificaron con los cambios que se intentaron promover. Más de un millar de trabajadores han sido echados, amedrentando, a la vez, a sus compañeros que, en una estructura productiva como la señalada, carecen de alternativas para su propia reproducción.

La judicialización de la protesta social, la criminalización de los dirigentes campesinos y el chauvinismo que describe cada paso de la gestión de Federico Franco han pretendido acallar,

reprimir y ocultar la movilización social que se ha generado en Paraguay y que insiste por escribir otro relato del Paraguay. Un relato del presente que jaquea el texto histórico monocorde y el futuro conservador de una clase social que, a fuerza de golpes y monopolios, pretende conservar sus privilegios y el control de una población que, movilizada, politizada, creativa y activa ha empezado a ponerla en discusión.

PARAGUAY O LA “DEMOCRACIA” QUE NOS PROPONEN

Ricardo Aronskind

En un artículo publicado en octubre de 2007 en la revista *Foreign Affairs* por la entonces precandidata demócrata a la presidencia de los EE.UU., Hillary Clinton, ésta criticaba ásperamente al presidente George Bush, “por haber olvidado a los vecinos del Sur”. La actual jefa de la diplomacia estadounidense señalaba que “la tragedia de los últimos seis años es que la administración Bush ha derrochado el respeto y la confianza de nuestros más estrechos aliados y amigos” en América Latina, proponiendo que EE.UU. volviera a tener una “participación intensa” en la región. Clinton expresaba su preocupación porque en nuestra región “se había frenado el desarrollo democrático y la apertura económica”.

Sin embargo, 2007 era un muy buen año para nuestra región: en materia económica se había recuperado el crecimiento luego del extenso período de aperturas y ajustes neoliberales, se avanzaba en la integración regional, una serie de países tenían coincidencias positivas en materia de mejoramiento de los estándares de vida de las mayorías y en encarar proyectos productivos y de infraestructura de manera conjunta. La región parecía recuperar la confianza en sí misma y gozaba de una autonomía política en el escenario internacional difícil de recordar en su historia precedente. En materia democrática, partidos y movimientos de raigambre popular habían logrado acceder a los gobiernos, y ensayaban fórmulas distributivas y democratizadoras de la vida social que eran muy mal vistas por las élites económicas, mientras proclamaban la aspiración de construir un modelo económico-social propio, diferente al de los lineamientos establecidos desde el “Norte”.

Parece evidente que lo que para Clinton era “preocupante”, para los sudamericanos era un momento de progreso y de esperanza. Lamentablemente, dado que es el país más poderoso del planeta, EE.UU., parece tener una definición de democracia, de libertad, y de progreso económico contrapuesta a la que la mayoría de nuestra región sostiene.

Para los sectores dominantes en la potencia del Norte, ser democrático en Sudamérica es ser adherente –incondicional– a EE.UU. Ser un país libre es que la libertad de empresa –aun cuando no funcionen los mercados, aun cuando gobiernen los monopolios– sea la que organice la vida social; y el progreso económico se identifica con el grado de apertura de las economías latinoamericanas a los intereses y necesidades de las corporaciones estadounidenses.

Por lo tanto, la dirección que han tomado en la última década los procesos políticos y sociales en América del Sur no es satisfactoria para Washington.

El rechazo al proyecto de una zona de libre comercio en toda América (ALCA), la resolución eficaz de varios conflictos regionales por intervenciones decididas localmente, el mayor grado de intercambio con otras regiones y potencias están en la dirección contraria a lo que EE.UU. desea para esta región. Adicionalmente, la pérdida de poder relativo de sus más estrechos aliados, las burguesías sudamericanas resignadas al subdesarrollo y la dependencia, ha sido un elemento de “debilitamiento” de la influencia norteamericana en la región. La sinergia que se ha creado entre diversos gobiernos sudamericanos, de muy diversas características, pero aspirantes a construir un espacio más independiente y autodeterminado, es un dato central que choca contra la definición de “amigo-vasallo” que manejan los norteamericanos.

Es bastante previsible que dada la búsqueda de “libertad económica” y de “desarrollo democrático” según su particular definición, la diplomacia norteamericana vea positivamente la remoción de los gobiernos que no favorecen tal “desarrollo democrático” –y que por lo tanto son “antidemocráticos”– así como el debilitamiento de esa sinergia que debilita su influencia –y su capacidad de promover sus negocios (o sea, la “libertad económica”)– en la región.

Nada mejor, desde esa visión del Norte, que una región desmembrada, atomizada e integrada comercial e ideológicamente a la gran potencia norteamericana. Basta, para nosotros, contemplar los tristísimos resultados de los países que sí dieron ese paso hacia la democracia y la libertad económica (Méjico y Centroamérica) para ver qué cosa no se debe hacer si se persigue genuinamente la democracia, la libertad y el progreso social.

LA DERECHA LATINOAMERICANA

Así como los gobiernos progresistas de nuestra región, a pesar de ser muy diferentes y responder a realidades nacionales muy diversas, los sectores retrógrados de América del Sur también comparten una serie de valores que los caracterizan. Todos ellos carecen de proyectos nacionales autónomos. Están dispuestos, en ese sentido, a aceptar toda demanda que les sea planteada desde los países centrales. No gustan de la democracia, en tanto los derechos de elección y las libertades democráticas abran las puertas a gobiernos de genuina orientación popular. Están plenamente subordinados ideológicamente a las corrientes provenientes de los centros y no son capaces de formular un pensamiento propio ni reconocer intereses específicos propios. Dependen políticamente, en gran medida, de su propio poder económico y de los medios de comunicación que les responden, para sostener su influencia política. Económicamente, están asociados, como socios menores, o están insertos, dependientemente, en el sistema económico global, articulado en torno a las multinacionales de los países centrales. No conciben, ni aceptan, otro destino para sus países que los resquicios que dejen las potencias dominantes.

Por supuesto que se trata de los socios “naturales” de los intereses norteamericanos en la región, y de otros eventuales intereses, como por ejemplo el del aluminio canadiense. Y por supuesto que para las derechas latinoamericanas, la “participación intensa” de los EE.UU. en los asuntos internos de nuestros países es relevante para conservar su poder social y político. Para esta derecha, la aparición de proyectos políticos que abran rumbo alternativos en lo social, ideológico, cultural, económico, es

una pesadilla que se debe terminar lo más rápidamente posible. Han fallado en derribar los gobiernos de Venezuela, Ecuador, Argentina y Bolivia. Han triunfado en Honduras y en Paraguay. El manifiesto desinterés norteamericano por actuar seriamente para inviabilizar los golpes triunfantes, y el confuso posicionamiento –cuando no el apoyo– frente a los golpes fracasados, muestra la convergencia de intereses entre ese país y los sectores más retrógrados de América Latina. La lamentable actuación de la OEA en el caso paraguayo, donde EE.UU. juega junto a varios Estados dependientes, como Canadá y México, es otra prueba del boicot de la potencia del Norte a sancionar efectivamente a sus aliados naturales en nuestra región.

LOS LASTRES DE AMÉRICA DEL SUR

Cuando se habla de nuestra región estamos acostumbrados a escuchar una serie de atributos que supuestamente la harían rica y la dotarían de un gran futuro: la cuenca amazónica y su enorme biodiversidad, el acuífero guaraní y su reserva extraordinaria de agua potable, los variados minerales –tradicionales y raros– que abundan en la región andina, la vasta dotación de recursos energéticos, el potencial enorme en materia de producción alimentaria, etc. Pero esa riqueza y ese futuro sólo existirán en la medida que la región pueda apropiarse de sus recursos y utilizarlos en forma inteligente. No parece haber otra forma política compatible con aprovechar ese potencial que la de gobiernos soberanos, con visión estratégica, y que respondan a las mayorías nacionales. El cambio de poder a nivel global que se está verificando en las últimas décadas, y que se ha acelerado a partir de la crisis global de 2008, pone aún en mayor tensión la competencia entre las diversas potencias por –precisamente– las riquezas naturales “disponibles” en nuestra región. No cabe duda que cualquier potencia extrarregional estará complacida en tratar con gobiernos “amigables”, y no con gobiernos soberanos. América del Sur llegó al siglo XXI con una serie de graves lastres históricos: desunión política, las mayores inequidades distributivas del planeta, lazos comerciales totalmente orientados hacia otras regiones, sectores importantes de sus aparatos productivos

extranjerizados, bajas capacidades científicas y tecnológicas, escaso desarrollo industrial, Estados débiles e ineficaces en materia de promoción del desarrollo y... clases dirigentes totalmente estériles en materia de impulsos emprendedores, pero enormemente funcionales a la continuidad del atraso y a los negocios de las corporaciones extranjeras.

Pero no son solamente los datos económicos y sociológicos. En el terreno político, debemos enfrentar debilidades internas, como lo que significa la existencia de la base militar norteamericana en Paraguay (Mariscal Estigarribia), el intento reciente de abrir una base norteamericana de "ayuda para emergencias" en el Chaco, Argentina, la intención del Presidente Tabaré Vázquez de Uruguay de pedir ayuda a EE.UU. ante un eventual conflicto con Argentina, o las declaraciones anti Mercosur del derrotado candidato presidencial de la derecha brasileña José Serra. Son sólo algunos ejemplos, pero muy significativos, de que el rumbo autonomista no termina de asentarse en nuestra región.

Dadas estas características, no es fácil enfrentar el escenario global desde una postura sólida que atienda a nuestros problemas y a nuestras necesidades. Lo menos que podemos decir es que "el mundo" no se ocupará de que tomemos el destino en nuestras manos. Lo que debemos saber, también, es que "el mundo" opera a favor de sus propios intereses, dentro de nuestra geografía, a través de los actores locales, especialmente aquellos asociados a una estrategia satelital.

EL DESTINO DE UNO Y EL DESTINO DE TODOS

Las primeras medidas adoptadas por el nuevo régimen paraguayo confirman las peores expectativas: hostilidad hacia el Mercosur, amenazas de establecer un tratado de libre comercio con EE.UU., remoción de los escasos medios de comunicación alternativos al dominio absoluto de la derecha paraguaya, aprobación del uso de soja transgénica, declaraciones estilo "Guerra Fría" contra Venezuela, etc. Toda una exhibición de "desarrollo democrático" y de "libre comercio", en términos de la titular del Departamento de Estado de los EE.UU.

En Paraguay es casi grosera la convergencia entre los sectores retrógrados y reaccionarios locales y la visión norteamericana de una América de Sur “libre”. Es un avance en el desmembramiento político regional y en el reforzamiento del poder de las minorías oligárquicas, de los políticos corruptos y de las diversas mafias que infectan y debilitan la sociedad sudamericana.

El Golpe en Paraguay ha encendido una luz de alerta en toda la región: quienes entienden lo que se juega en cada uno de estos golpes antidemocráticos y antipopulares saben que así es como se lograron muy importantes sinergias autonomizantes, que le dieron más libertad y fuerza a cada uno de los gobiernos progresistas para avanzar y consolidar logros –en un mundo que va exactamente en la dirección opuesta–, también pueden producirse sinergias golpistas, tendientes a restituir el poder a los sectores que protagonizaron las recientes décadas de subdesarrollo, miseria y entrega en la región, bajo los auspicios de los organismos financieros internacionales, las multinacionales y los gobiernos de los países centrales.

La reversión de la postración liberal que se logró en nuestros países en los 2000 muestra que a pesar de la enorme constelación de fuerzas que enfrentan las mayorías nacionales sudamericanas hay márgenes de acción para disputar con los intereses antinacionales que se asientan en la región.

El fortalecimiento de las diversas fuerzas sociales, de las múltiples formas de organización política, cultural, sindical que han florecido en las últimas décadas parece ser el mayor reaseguro para neutralizar la vocación antidemocrática de las élites locales. Debe pensarse con mucha atención en el significado económico y político que tiene el hecho de que la tierra paraguaya sea acaparada no sólo por terratenientes locales, sino también brasileños y en menor medida argentinos. Esa estructura es una de las columnas centrales del golpismo paraguayo. Eso significa que la lucha por la democratización paraguaya es también social, de dimensión sudamericana.

Paraguay nos muestra que el persistente virus del golpismo no ha sido erradicado de nuestra región, simplemente porque es una enfermedad útil y necesaria para un orden global que requiere una región postrada y dependiente, y para un orden social que añora el salvajismo del siglo XIX. Porque las dere-

chas latinoamericanas no se cansan de reafirmar su vocación antinacional y antipopular, y de ofrecerse como administradores de semicolonias formalmente independientes. La ideología de la globalización, formulada en los centros, les proporciona la coartada perfecta: a ellos les toca administrar para sí esta parte del “mercado mundial”, en el cual han desaparecido las fronteras, las ideologías, y los intereses. Y el golpismo no termina de desaparecer porque hay factores internacionales dispuestos a tener *participaciones intensas* en la conformación de gobiernos *amigos* en nuestra región. Como lo han señalado lúcidamente diversos autores críticos, mucho más costoso y complejo sería, para un imperio moderno, tener que hacerse cargo directamente de la gestión de vastos territorios y realidades políticas y sociales sumamente complejas. Ser un imperio moderno implica, entre otras cosas, apoyar a los “más estrechos aliados y amigos”, cuando estos deciden destituir a un Presidente democrático en dos horas. Y favorecer la disolución en el tiempo de la indignación democrática, cuando no oscurecer mediáticamente las razones de tal operación. Desmembrar la región, y abortar un proceso de democratización social con tan bajo costo, no es una apuesta desdeñable para un imperio acosado por la crisis económica, la competencia global, y la incapacidad para transformar su gigantesco poder militar en habilidades para hacer ingeniería “democrática” a escala planetaria.

Es fundamental entender esta lógica política para pensar alternativas realistas. Las relaciones de fuerzas locales entre las mayorías democráticas y las minorías golpistas son fundamentales y las sinergias regionales siguen siendo un factor relevante para reforzar cada uno de los procesos locales de base popular. Esos son los instrumentos que tenemos a mano, cruciales para que el golpismo no tenga espacio en la región.

La respuesta al Golpe en Paraguay, además de la solidaridad más amplia con el pueblo paraguayo es, en cada país, avanzar en la construcción de sociedades más autónomas e integradas regionalmente, con Estados inteligentes capaces de liderar las transformaciones que las mayorías necesitan, y fortalecer activa y concretamente la construcción del proyecto sudamericano, que es el techo común para que los sueños en estas tierras sean posibles.

CONTEXTOS

PARAGUAY, EL ESLABÓN MÁS DÉBIL DEL MERCOSUR

Emir Sader

Paraguay desde el comienzo fue el eslabón más débil del Mercosur. Del punto de vista político, por la potente hegemonía del Partido Colorado y por la dictadura stronista. Pero también por su retraso económico, con una economía basada centralmente en la exportación de soja y de energía.

Cuando Fernando Lugo logró comandar la protesta social en contra de la hegemonía colorada y se lanzó a la presidencia del país, no muchos, en la misma izquierda, creyeron que eso era posible. Lugo se había proyectado como el más grande líder de masas del Paraguay, mediante inmensas marchas populares, especialmente de la población campesina, saltando de ahí a la candidatura, a la presidencia del país.

Los movimientos sociales no creían que una victoria electoral sobre el Partido Colorado fuera posible e incluso acusaban a Lugo a causa de la alianza con el Partido Liberal. Lugo organizaba un amplio frente con todas las fuerzas anticoloradas y, en la medida en que los movimientos sociales no participaban de la campaña electoral, él quedaba todavía más dependiente de los liberales. Cuando finalmente los movimientos sociales decidieron participar del proceso electoral, además de llegar a último momento a la campaña, lo hicieron divididos y esto generó que, aun con un caudal importante de votos, sólo se lograran elegir dos parlamentarios.

Así, a pesar de la victoria lograda por Lugo, su gobierno fue limitado por la falta de mayoría en el Congreso y por la frágil alianza que había articulado con el Partido Liberal. El entonces vicepresidente pertenecía a la derecha de ese partido, fuerza que, aun apoyando al Gobierno, se oponía a varias de sus ini-

ciativas, sobretodo a la de mayor trascendencia en un país como Paraguay: la reforma agraria.

De esta manera, Lugo pudo avanzar poco en las reformas que se proponía hasta que, al final, cuando el Partido Liberal en su conjunto le quitó apoyo, fue tumbado por un Golpe blanco del Parlamento.

Ese acto cambió la situación del país, y no sólo porque frenó la continuidad del Gobierno de Lugo, sino también porque le otorgó al mismo Lugo una chance de dar un vuelco a la situación electoral, que por otra parte le era muy desfavorable antes del Golpe (en alianza con los liberales, había perdido las elecciones en Asunción, que ganó el Partido Colorado), y le permitió volver a hacer lo que mejor sabe hacer: articular movilización popular en contra de la alianza entre colorados y liberales (que lo tumbó).

El proceso paraguayo aún está abierto, en función de lo que pase en el campo popular y en función del eventual liderazgo de Lugo. Habría que unificar y movilizar a las capas populares, esas que en su gran mayoría se oponen al Gobierno golpista, con vistas a volver a triunfar en las próximas elecciones. Esta vez en mejores condiciones para superar al neoliberalismo en Paraguay y sumarse plenamente al campo de los gobiernos progresistas de América Latina.

IMPRESIONES PORTEÑAS

Martín Rodríguez

Ya no existe el Paraguay.

Guido Spano

La República del Paraguay acaba de sufrir un revés político previsible. Cayó su “tardía” experiencia política acoplada con los cantos de sirena de izquierda que sonaban en sus fronteras. El título de esta caída de Lugo abarca los lugares comunes del periodismo: sobre todo el trilladísimo “crónica de un Golpe anunciado”. Y lo “anunciado” tiene sabor Colorado, aunque, claro, el eco del Partido Liberal también. Otro, pretencioso y pedante, dirá: “Paraguay reencontró su destino sudamericano”. Porque Paraguay parece cargar la marca endémica de un país imposible, inviable, destinado a peregrinar como testimonio vivo de *lo que fue* hace dos siglos; construcción o destrucción de la que es tributaria tanto su propia clase política como –quisiéramos decirlo bien– su propia mitología trágica.

La cima cultural construida acerca de su pasado glorioso, vista de cerca en las narraciones revisionistas, parece concluir en una línea bíblica que cuenta la historia de un país que una vez tuvo todo, fue libre y pagó por eso. Y ahora, ahí sigue, a los tumbos, bilingüe, habitado por los zombis de ese “pasado glorioso”. Zombis buscadores de tesoros escondidos, según el *mito* y la *verdad obrera* de miles de paraguayos que cavaron y cavaron en busca de lo que enterraron hace siglo y medio las familias fugitivas.

Paraguay, tal vez, es el país de todo el continente sudamericano donde más presente está la historia, por lo menos de modo vigente en sus marcas de atraso y abandono. Su disección en el siglo XIX más la dictadura que dominó la segunda mitad

del siglo XX, quizás ayudaron a modelar un carácter o una filosofía a los ojos siempre forasteros, que son *los ojos de todos nosotros*, donde ese pasado continúa. Donde las marcas se reproducen. Un presente demasiado histórico.

El proceso político de estos años en Sudamérica significó, por fin, un vínculo preciso entre tradiciones populares e izquierda política. En Argentina, Uruguay y Brasil hay gobiernos de izquierda del modo más actualizado y moderno: por ejemplo, en el caso argentino, la *izquierda peronista*. En esas corrientes se desarrolla una sensibilidad especial hacia Paraguay, que adquiere la forma de un *mea culpa* arrastrado a lo largo de los siglos, donde se cargan las responsabilidades de la gran guerra y sus consecuencias, que incluyen lo que Brasil llama “sigilo eterno”, es decir, tratados de paz entre vencedores y vencidos con beneficios a los vencedores que sería mejor mantener bajo llave. Pero el esfuerzo literario que mantuvo el nivel de la *ofensa histórica* al rojo vivo solidificó esa percepción culposa, siempre deliberada, siempre enunciada, pero que jamás constituyó una fuerza capaz de instituir alguna reparación histórica concreta, económica.

Collman es un paraguayo que llegó al país con el escape de su familia vinculada al Partido Liberal, en los primeros años del stronismo. Había nacido en Villarrica, pero al poco tiempo se internaron en el monte para esconderse –siempre según su relato– hasta que vinieron todos a la Argentina. Y esa historia empieza con la instalación familiar en la villa histórica del barrio de Retiro, la 31. Dice: “vivíamos en el monte hasta que nos fuimos”. Así recuerda esa infancia. Era *el niño paraguayo de la selva* hasta que se vinieron a la Argentina, más precisamente a Buenos Aires, y rápidamente se hicieron carne de las necesidades de una rama productiva: la construcción. Ahí, en la evocación de esa infancia silvestre, en la vida familiar del monte, se mezcla, aparece, el recuerdo de su bisabuela que había vivido la guerra.

“Golpeaba el bastón”, dice. Y era el llamado: corrían todos a sentarse a su alrededor. Bajaban de los árboles a sentarse y oírla. Y a medida que hablaba, Collman recuerda, se le caían las lágrimas a la bisabuela. Collman insiste con el detalle de que golpeaba con el bastón el piso. “Ése era el llamado.” La anciana despertaba, como si hubiera soñado mucho, y soñado

mucho para rescatar un fragmento de su memoria. Y una vez que tenía ese fragmento entre las manos, lo traía a la vida y necesitaba depositarlo en sus nietos y bisnietos. Y uno se imagina que todos dejaban de hacer lo que estaban haciendo: tomando la leche, carneando un buey, calentando pan, juntando leña, silbando arriba de un árbol desde el que se ve la luna, y a uno –¡imaginemos!– al que pusieron en la copa del árbol más alto a mirar que no venga el Ejército, hasta ése es capaz de abandonar la guardia... Pum. Golpe de bastón en tierra. Pum. Empieza la llegada. Pum. Soltar lo que tenés. Pum. Ruido de una cuchara sopera que cae contra un plato de loza rescatado de la antigua casa abandonada. Todo según Collman. Pum. Tambor hace la tierra. Pum. Pum. Ya están todos. Pum. Empieza a contar. Y llora. Y ahí está la guerra. La Guerra contra la Triple Alianza. El mariscal y su huida hacia adelante seguido por todos, y, al final, seguido por los niños, niños hechos hombres en el teatro de la guerra.

Collman así ordena su recuerdo y su vínculo directo a través de su abuela. Él tiene, a su modo, su propio mito de la guerra. Una ventaja.

Collman, ese mediodía del invierno de 2005, me dice: “Están robando unos pendejos barderos del pasaje H. Entran a las casas de madrugada, casi mañana. Está todo el mundo asustado. Yo no. A la mañana bien temprano dejo la puerta abierta, pongo la pava y los espero”.

Collman ese día me busca en la parada del premetro. Lo saludo y al hacerlo siento que hay algo en su costado, a la altura de las costillas, del lado derecho, que sospecho un arma. Tiene una camisa blanca solamente. Una camisa blanca que brilla de todo lo que la satura la luz del sol del mediodía, y por eso lo distingo a la altura de la plaza del barrio Ramón Carrillo, a cincuenta metros de la parada, desde el vagón del premetro, lo veo. Collman insistió en buscarme. Es una bandera blanca su camisa. Le digo que no hacía falta. Yo llevo cuatro años trabajando en la Comuna 8, en el Centro de Gestión y Participación (CGP) de Lugano y Soldati. Y ya conozco bastante el barrio Ramón Carrillo. Caminamos hasta su casa. Al llegar, desensilla. ¿Qué se saca del costado? Un cuchillo. “Los bolivianos son los

tontos que se dejan robar". Los robos son selectivos, según él. A los bolivianos. "Hasta que se confundan y le quieran robar a un paraguayo".

Nota mental: la Guerra contra la Triple Alianza vive más en la derecha paraguaya, en el conservadurismo paraguayo, en el núcleo duro del coloradismo, en el mito stronista, en todos los que pueden mirar con resentimiento abierto a esos tres países. Esa es la ventaja comparativa con cualquier izquierda, siempre con su visión más continental. Paraguay tiene en su disco rígido la pregunta de la región: ¿para qué sirve la región? La historia revisionista hecha leña al fuego en esa memoria porque reza incansablemente: "Paraguay sufrió un genocidio, mataron a sus hombres, la hundieron, era la primera experiencia de Estado de bienestar, populismo, ferrocarriles, fábricas de pólvora". Y así, la lista enlaza un pasado mítico en estado de *sueño eterno*. Casi la historia de un país inventado. El Mercosur, esa afable expresión de deseos, es una forma de nombrar —a los ojos paraguayos— un engendro de otras *triples alianzas* de la paz que perduran como conspiración burocrática contra el país condenado a no salir al mar. Y para esa cultura eternizada Lugo también fue un forastero.

Mito: Stroessner, ¡se baña en sangre de niños!

País de superhombres. Mito del Mariscal. Mito del superhombre. Siglo XIX: Mariscal López. Siglo XX: Alfredo Stroessner. Un gran hombre, gigante, un pisador de cabezas, un dictador que es "uno solo". "Un país que no sale al mar crece para adentro", dice el hechizo de su geografía. Y Paraguay, al revés de Bolivia, no tiene la cima andina y mesiánica desde donde construir la metafísica de la atracción del siglo XXI para turistas y científicos, sino los ríos, la selva, la expansión sojera, las tribus menonitas, la lengua guaraní hablada por colonos alemanes. Mito no colectivo: cada paraguayo es uno. Es uno que concentra a todo Paraguay. Así funciona: individualiza. Paraguay es un hombre. "Yo nunca tuve patrón", me dice Collman. "Nunca quise tener patrón. Yo hago las casas. Consigo todo". Y lo dice

en nombre del país en el que alguna vez mataron a todos los hombres. Paraguay: canto de un país de segunda marca.

Cualquier paraguayito sumado como mano de obra a la industria de la construcción, con su vivienda periférica, junto a su hijo en la cola de la asistencia de la salita del barrio es un super-hombre, es un David, blanquísmo, sometido a la saturación de la luz solar... En esa cola eterna del centro de salud número 24 es una estatua de sal, es granítico, a cierta altura de la madrugada y de la espera está hecho de todas las babosas y gusanos, miles, pero llega la hora, llega su número, y la cola que empezó a las 4 de la mañana se eleva sobre el aire, se eleva y estalla, cae en nombre de los millones de paraguayos muertos que construyeron casas, parroquias y puentes en el Gran Buenos Aires y la ciudad, “¡Acá está mi número!”, grita, y viene a llevarse la ampolla para el nebulizador. Collman me enumera las bondades del centro de salud 24 como un cubano lo haría en 1964 del Estado socialista que le acaba de extraer un cáncer gratis.

Camisa blanca semiabierta, desde el premetro esta vez puedo ver que el sol hace brillo en el mango de plata del cuchillo que trae... Collman me espera. Y ahora no es el barrio Ramón Carrillo, el que fundó Carlos Saúl Menem en villa Soldati, ahora nos internamos no sé exactamente adónde. Pero guía Collman. Subimos a un árbol y esperamos, y saltamos de árbol en árbol, esperamos el llamado de la abuela, su golpe de bastón de madera de quebracho contra el piso de tierra, golpe que es como el temblor fabuloso que hace la tierra para sacarse cosas de encima, para los ojos de esa vieja que junta a los monitos, a sus nietos y bisnietos para que la vean... Espiamos desde arriba de los árboles y no bajamos. Collman me hace *sshhh*, con el dedo en sus labios, y sonríe porque ve *al chico que fue* mirando flamear rota la bandera liberal en el país colorado. Collman: camisa blanca y cuchillo al pie del premetro. ¿Por qué en cada paraguayo vemos todo el Paraguay? ¿Por qué de cada paraguayo conocido queremos extraer las esquirlas de viejo mito revisionista? ¿Por qué queremos que Paraguay nos diga tantas cosas, esa arca aban-

donada en agua estanca? Guarania¹ para López *for ever*. ¿Qué queremos de Paraguay? ¿Que se quede ahí, como memoria del continente? ¿Que no evolucione? ¿Que no pueda salir nunca de ese lugar narrado, de ese subdesarrollo subsidiario del mito de la lengua de Galeano? ¿Para dónde da un salto? Un país espe-luznante, sí. Bajémoslo del árbol. Paraguay. Paraguay. Paraguay. Pum. Su nombre contra la tierra. Que bajen los demás países de su limbo, de su pedestal, y lo miren a los ojos y digan la verdad: qué hicieron hasta ahora por vos. Perón inauguró ese ciclo de devoluciones simbólicas hasta que terminó en la *cañonera*...

Collman habla en guaraní y ya no lo sigo. Va la quinta cerveza. Y lo que empezó en castellano rioplatense limpio, con el correr de las horas, ya, cuando el alcohol nada en sangre, es definitivo: guaraní puro. *Yopará*. Todos los chicos de los árboles chillan al mismo tiempo. Nadie despierta a la vieja que ronca dentro de la sangre. Hay alcohol, comimos. Dejemos que hable y que diga lo que quiera cada uno en esta nueva tierra que compartimos, acá, en el culo del mundo, en el barrio Ramón Carrillo, pasaje G. Los vecinos ponen a *Lalo y los descalzos* a grito pelado. Somos hermanos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABC *Color* (Asunción del Paraguay), “Franco da instrucciones para negociar con Río Tinto”, disponible en línea: <www.abc.com.py>.
- ABREBAYA, Sebastián (04/07/2012), “Nuevas formas de golpismo en la región”, *Página/12*, disponible en línea: <www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-197840-2012-07-04.html>.
- ALEMÁN, Jorge (2012), *Soledad: Común. Políticas en Lacan*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- ANDERSON, Benedict (2011), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ANGENOT, Marc (2010), *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ANSALDI, Waldo y Giordano, Verónica (2012), *América Latina. La construcción del orden*, 2 tt., Buenos Aires, Ariel.
- BARTHES, Roland (1997), *Sade, Fourier, Loyola*, Madrid, Cátedra.
- BOCCIA Paz, Alfredo (2004), *Diccionario usual del stronismo*, Asunción, Servilibro.
- BOUVET, Nora E. (2009), *Estética del plagio y crítica política de la cultura en Yo el supremo*, Asunción, ServiLibro.
- CAPDEVILA, Luc (2010), *Una guerra total. Paraguay 1864-1870: ensayo de historia del tiempo presente*, Buenos Aires, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica.
- CARDOZO, Efraím (1959), *El Paraguay colonial, las raíces de la nacionalidad*, Asunción-Buenos Aires, Ediciones Niza.
- COUCHONNAL, Ana (2011), “La historia como medio decir. Duelo y subjetividad política en el Paraguay”, *Estudios paraguayos*, vol. XXVIII, nº 1 y 2, pp. 307-321.

- DELICH, Francisco (1981), “Estructura agraria y hegemonía en el despotismo republicano paraguayo”, en *Estudio Rurales* (Bogotá), vol. 4, nº 3, pp. 239-255.
- DELICH, Francisco (1983), “La construcción social de legitimidad política en procesos de transición a la democracia”, en *Crítica y Utopía* (Buenos Aires), nº 9, pp. 31-42.
- FASSI, Mariana C. (2010), “Fernando Lugo y el modelo del agronegocio en Paraguay”, en *Observatorio Latinoamericano* (Buenos Aires), nº 3, *Dossier Paraguay*, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales, UBA, pp. 112-117. Disponible en línea: <<http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/observatorio-latinoamericano>>.
- FORMENTO, Liliana Isabel (2003), *El Paraguay campesino. Una vieja historia de resistencia, adaptación y funcionalidad*, Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- GLAUSER, Marcos (2009), *Extranjerización del territorio paraguayo*, Asunción, BASE Investigaciones Sociales.
- GONZÁLEZ, Natalicio (1986), *El Paraguay Eterno*, Asunción, Cuadernos Republicanos.
- ITRIAGO, Deborah (2012), “Justicia tributaria para la población campesina paraguaya” (mimeo).
- KLEIN, Naomi (2011), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Buenos Aires, Paidós.
- LACLAU, Ernesto (2006), *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LATERZA, G. (1989), “Legitimidad y legalidad en el nuevo contexto paraguayo”, en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción del Paraguay), a. 26, nº 76 (setiembre-diciembre), pp. 143-158.
- LARA Castro, Jorge (1985), “Paraguay: luchas sociales y nacimiento del movimiento campesino”, en Pablo González Casanova, *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, México DF, Siglo XXI Editores, vol. III, pp. 208-253.
- LÓPEZ, Magdalena (2010), “La democracia en Paraguay. Un breve repaso sobre los partidos políticos tradicionales, el sistema electoral y el triunfo de Fernando Lugo Méndez”, en *Enfoques* (Universidad Central de Chile), vol. VIII, nº 13, Santiago, Chile.
- NICKSON, Andrew (2008), “Una oportunidad para Paraguay. Los desafíos de Fernando Lugo”, en *Nueva Sociedad*, nº 216 (julio-agosto),

- pp. 4-16. También disponible en línea: <www.nuso.org/upload/articulos/3529_1.pdf>.
- MELIA, Bartomeu (2012), “Un golpe teñido de color verde”, disponible en línea: <www.lacapital.com.ar/ed_senales/2012/7/edicion_181/contenidos/noticia_5151.html>.
- O'LEARY, Juan E. (1920 [1982]), *Prosa polémica*, Asunción, Napa.
- PALAU, Tomás (2011), “El marco expulsivo de la migración paraguaya. Migración interna y migración externa”, en Gerardo Halpern, *Migrantes. Perspectivas (críticas) en torno a los procesos migratorios del Paraguay*, Asunción, Ápe Paraguay.
- PARAGUAY-COMISIÓN de Verdad y Justicia (2008), *Informe final*, t. 4, Asunción.
- PAVÓN, Víctor (23/07/2012), “Escandalosa arbitrariedad en el Mercosur”, *ABC Color* (Asunción del Paraguay), disponible en línea: <www.abc.com.py>.
- RIVAROLA, Domingo M. (comp., 1982), *Estado, campesinos y modernización agrícola*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos.
- ROITMAN, Marcos (2005), *Las razones de la democracia en América Latina*, México, Siglo XXI.
- SOLER, Lorena (2007), “La familia paraguaya. Transformaciones del Estado y la Nación, de López a Stroessner”, en Waldo Ansaldi (dir.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 435-465. Incluido también en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción del Paraguay), a. 44, n° 129/130 (mayo-diciembre), 2007, pp. 81-109.
- SOLER, Lorena (2008), *Régimen político y legitimidad. La construcción del orden stronista (1954-1989)* [tesis de maestría], Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires-Montevideo, Imago Mundi-Centro de Formación para la Integración Regional (CEFIR), en prensa.
- SOLER, Lorena (2009), “Dominación política y legitimidad. El stronismo en el contexto de América Latina”, *Norapolis* (Asunción del Paraguay), n° 4.
- TORRES González, Gustavo (2010), “El paramilitarismo y la utilización del miedo en Paraguay”, en *Observatorio Latinoamericano* (Buenos Aires), n° 3, *Dossier Paraguay*, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Facultad de Ciencias Sociales, UBA, pp. 118-122. Disponible en línea: <<http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/observatorio-latinoamericano>>.

- ÚLTIMA Hora (Asunción del Paraguay) (16/07/2009), “Franco dice que está ‘listo para gobernar’”, <www.ultimahora.com/notas/238112-franco-dice-que--est%C3%A1-listo-para-gobernar>.
- VARGAS Talavera, Manuel (08/08/2012), “Juicio político a velocidad supersónica”, *Última Hora* (Asunción del Paraguay), p. 27.
- VERÓN, Eliseo (1988), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, México, Gedisa.
- WINER, Sonia (2012), *De la Doctrina de Seguridad Nacional a la Doctrina de inseguridad Mundial: políticas públicas de seguridad y Defensa en Paraguay (2001-2011)* [tesis doctoral], Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

LOS AUTORES

WALDO ANSALDI

Licenciado y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), aunque su campo de trabajo, en docencia e investigación, es la sociología histórica de América Latina. Es investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, que dirigió entre 2009 y 2011. Actualmente, es director de la Maestría en Estudios Sociales Latinoamericanos en dicha Facultad.

RICARDO ARONSKIND

Licenciado en Economía y Magíster en Relaciones Internacionales. Investigador y docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento y la Universidad de Buenos Aires. Autor de *Riesgo País. La jerga financiera como mecanismo de poder* (2007) y *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino* (2008).

RICARDO CANESE

Parlamentario del Mercosur. Secretario General del Frente Guasú.² Ex coordinador de la Comisión de Entes Binacionales Hidroeléctricos. Participó en las negociaciones sobre Itaipú con el Brasil durante el Gobierno de Fernando Lugo, donde se obtuvo un avance importante en la recuperación de la soberanía hidroeléctrica del Paraguay (Acuerdo Lula-Lugo, 25/07/2009).

2. Frente Grande.

ROCCO CARBONE

Italiano y migrante. Dottore in Lingue e Letterature Straniere por la Università degli Studi della Calabria (Cosenza). Doctor en Filosofía por la Universität Zürich (Suiza). Profesor de la Universidad Nacional de General Sarmiento e investigador del CONICET (Argentina). Publicó ocho libros sobre literatura y procesos socioculturales latinoamericanos y un centenar de artículos en revistas especializadas.

ANA INÉS COUCHONNAL CANCIO

Licenciada en Sociología por la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción y Magíster en Teoría Política por Edinburgh University (Reino Unido). Es becaria doctoral del CONICET (Argentina). Investiga la constitución del sujeto político en el proceso de conformación de la nación paraguaya.

TICIO ESCOBAR

Curador, profesor, crítico de arte y promotor cultural. Director del Museo de Arte Indígena, Centro de Artes Visuales, Asunción. Autor de la Ley Nacional de Cultura de Paraguay. Ex ministro de Cultura de Paraguay. Ha escrito una decena libros sobre arte y cultura del Paraguay y América Latina.

ROSSANA GÓMEZ

Licenciada en Comunicación por la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción. Magíster en Comunicación por la Universidad Javeriana de Bogotá (Colombia). Trabajó como comunicadora en diversas organizaciones sociales y medios de comunicación de Paraguay y en proyectos sociales en la ciudad de Bogotá.

GERARDO HALPERN

Licenciado en Ciencias de la Comunicación y Doctor en Antropología. Investigador CONICET (Argentina) y de la Universidad de Buenos Aires. Entre otros, es autor de *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina* (2009) y compilador de *Migrantes. Perspectivas (críticas) en torno a los procesos migratorios del Paraguay* (2011).

MILDA RIVAROLA

Socióloga e historiadora, publicó *Obreros, utopías y revoluciones* (1993), *La contestación al orden liberal* (1994), *Vagos, pobres y soldados* (1994); *Transición desde las memorias* (2009), *Letras de sangre* (2012), y participó de obras colectivas como *Crónica histórica ilustrada del Paraguay*, *Cultura política, sociedad civil y participación ciudadana*, *Otras historias de la Independencia*, etc.

JOSÉ CARLOS RODRÍGUEZ

Sociólogo y psicólogo. Doctor y miembro del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT [Paraguay]). Estudió en la Universidad Católica de Asunción y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Fue coordinador del Informe final [*Anive Oiko*] de la Comisión de Verdad y Justicia sobre las violaciones de Derechos Humanos en el Paraguay.

MARTÍN RODRÍGUEZ

Periodista, escritor y poeta. Creador del blog *Revolución Tinta Limón*. Tiene diversos libros publicados, entre ellos *Maternidad Sardá* (primer premio Fondo de las Artes [Argentina], 2003) y *Paraguay*, de próxima aparición. Actualmente colabora con *Le monde diplomatique* y *Miradas al Sur*.

EMIR SADER

Licenciado en Filosofía por la Universidad de San Pablo, Magíster en Filosofía y Doctor en Ciencias Políticas por la misma universidad. En la actualidad, es profesor en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, coordinador del Laboratorio de Políticas Públicas y secretario ejecutivo de Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

LORENA SOLER

Licenciada en Sociología, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Doctora en Ciencias Sociales (todas las instancias por la Universidad de Buenos Aires). Es docente en Historia Social Latinoamérica en la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad. Becaria posdoctoral de CONICET (Argentina) con sede en el del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe.

IGNACIO TELESCA

Doctor en Historia por la Universidad Torcuato di Tella. Licenciado y Magíster en Modern History, University of Oxford (Reino Unido). Investigador del CONICET (Argentina). Entre otros, publicó, *Tras los expulsos. Cambios demográficos y territoriales en el Paraguay después de la expulsión de los jesuitas* (2009) y fue coordinador de *Historia del Paraguay* (2010).



SE TERMINÓ DE IMPRI-
MIR EN BONUS PRINT,
SAN JUAN 2964, CABA,
EN SEPTIEMBRE DE 2012.